

BARBARA CARTLAND

La bella fugitiva III



Decepcionado porque su prometida lo traicionó con otro hombre, el Marqués de Elvington jura odiar a todas las mujeres. Triste y desesperado, decide abandonar Inglaterra. Pero sus planes son alterados cuando una espesa neblina lo obliga a permanecer en Dover.

Acude a una posada para intentar ahogar sus problemas en alcohol y allí encuentra a Ola Milford, una joven que ansía con desesperación escapar a Francia. Debido a que es tan joven y se halla obviamente en problemas, él acepta llevarla en su yate a Calais. Desde ese momento, el Marqués de Elvington se involucra en una fantástica aventura, más allá de lo que hubiera podido imaginar jamás... y descubre un amor que nunca soñó que pudiera existir...



Barbara Cartland

La bella fugitiva 2

Bantam - 127

ePub r1.0

jala 10.04.16

Título original: *Ola and the Sea Wolf*

Barbara Cartland, 1980

Traducción: Paloma Amor

Ilustraciones: Francis Marshall

Editor digital: jala

ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Capítulo 1

1831

El salón-bar de «Las Tres Campanas» estaba muy tranquilo y silencioso, lo cual era algo inusitado.

Cercano a la Bahía de Dover, casi siempre estaba lleno de marineros y de tripulantes que se detenían a reparar y abastecer sus barcos.

La espesa neblina parecía penetrar hasta aquel recinto de techo bajo, y sólo el crujido de los leños que ardían en la chimenea parecía aliviar un poco el ambiente sombrío del lugar.

El hostelero de «Las Tres Campanas» mantenía la mirada fija en la puerta, con la esperanza de que se abriera. De vez en cuando, sin embargo, sus ojos se desviaban hacia su único parroquiano, sentado frente al fuego, con las piernas estiradas.

No se había movido desde hacía rato. Al fin, extendió la mano para servirse otra copa de la botella que tenía a su lado.

Esto hizo que el propietario se sintiera inquieto. No temía que ese caballero fuera a embriagarse. Pero la botella que estaba bebiendo con el mejor coñac francés, era la única de su clase que había en la posada.

Fue vendida por un marinero a quien él se la había comprado a bajo costo, considerando la calidad de su contenido. Era una bebida muy fina, de una calidad muy pocas veces exigida por la clientela de «Las Tres Campanas».

Miró al caballero y se preguntó quién podría ser.

Sin duda se trataba de un hombre de buena posición social y con un aire

autoritario que obligó al dueño a recibirlo efusivamente a su llegada.

Aunque el caballero no era nada comunicativo, quizá sería el propietario de uno de los yates anclados en la bahía.

El parroquiano se llevó la copa a los labios y en el momento de hacerlo, se abrió la puerta exterior y alguien entró en la habitación.

Ante la sorpresa del propietario, era una mujer. O más bien, como él comprobó al fijarse en ella, una dama.

Llevaba una capa adornada con costosa piel, aunque había un rasgón en la tela y sus manos temblorosas sostenían una valija.

Por un momento se quedó de pie, mirando a su alrededor, conturbada. Cuando el hostelero escuchó por fin su voz y le dio las buenas noches, ella se volvió a mirarlo con sus grandes ojos muy asustados.

—Hubo... un... accidente —habló con voz trémula—. Afuera... un poco adelante del camino. Vi... estas... luces. Y vine... a pedir auxilio.

—Enviaré a alguien para ayudar, señorita —dijo el propietario—. Tenga la bondad de pasar y sentarse junto al fuego, mientras mi mozo averigua qué ha sucedido... —Volvió la cabeza, al decir eso y se acercó a una puerta situada al fondo del salón—. ¡Joe! ¿Estás ahí?

—Sí, amo —contestó una voz del interior.

—Ve afuera y ve si puedes ayudar en algo. Aquí hay una dama que dice que hubo un accidente.

—Iré ahora mismo.

El posadero dio la vuelta al mostrador para seguir a la dama quien se movía con lentitud, hacia la chimenea.

Arrimó un sillón para ella, y lo colocó frente al que ocupaba el caballero.

—Estoy seguro, señorita, que deseará beber algo después de lo que debe haber sido una experiencia muy desagradable.

—Hay mucha... neblina.

—Sí, lo sé. Ha estado así todo el día, señorita. ¿Qué desea tomar? Tenemos cuanta bebida pudiera apetecer.

—¿Sería... posible que me sirvieran... una taza de té?

El posadero titubeó. Estaba pensando que el té fuerte que tomaba su esposa no debía ser del gusto de alguien tan elegante como aquella joven dama parecía ser.

Entonces, sin moverse, el caballero que estaba del otro lado de la chimenea comentó:

—Si ha participado en un accidente, será mejor que tome una copa de brandy. Este que estoy bebiendo es bastante aceptable. La dama lo miró y después de un momento contestó:

—Es muy... amable de parte suya, señor... pero yo... preferiría té o café.

—Yo no se lo recomendaría en un lugar como éste —dijo el gentil hombre en tono de menosprecio.

Como si ella sintiera que el caballero estaba siendo innecesariamente descortés con el dueño de la posada, la dama se apresuró a decir:

—Tal vez un poco de... Madeira sería mejor para mí... pero sólo media copa, por favor.

—Se lo traeré enseguida —contestó el posadero. Complacido de que la recién llegada hubiera hecho su elección, se dirigió al mostrador.

La dama se percató de que el caballero que estaba sentado frente a ella la observaba con ojos entrecerrados.

Tuvo la impresión de que aquel individuo era una persona desagradable. Como se sentía un poco turbada, puso en el suelo la valija de cuero que llevaba y se ocupó en quitarse los guantes.

El posadero volvió con la copita de Madeira.

—Es una bebida de buena calidad, señorita —expresó—. Espero que le guste.

—Estoy segura de que me gustará —contestó ella—. Y muchas gracias. Perdón... —agregó en tono apremiante, después de tomar la copa de las manos del hostelero—. ¿Podría usted decirme cuándo saldrá un barco... para Francia?

—Ésa es una pregunta que no puedo contestar, señorita. Todo permanece estático en la bahía. En realidad, estaba diciendo hace unos momentos que ésta es la peor neblina registrada en veinte años.

—Entonces... ¿habrá uno que salga... tal vez... muy temprano por la mañana? —Esta vez no había la menor duda de la ansiedad de su voz.

El posadero movió la cabeza de un lado a otro.

—Depende, señorita. Si sopla el viento en la noche, el Britannia debe llegar aquí de Calais y hará el viaje de regreso mañana por la tarde.

La dama lanzó un leve grito de horror.

—¿Hasta en la tarde? Pero... ¡debe haber algún barco que salga por la mañana!

—Todos están varados al otro lado del Canal —contestó el posadero.

—Pe... Pero yo necesito irme... tengo que salir de aquí... lo más pronto posible... —Como el posadero no dijera nada, agregó con desesperación—. ¿Sería posible que me llevara algún pescador en su barco? Tengo entendido que salen muy temprano a pescar.

—No cuando hace un tiempo como el de ahora, señorita. Y, de cualquier modo, ellos pescan sólo en la orilla de la costa.

La información preocupó de manera evidente a la dama. El hombre notó que había en su rostro una expresión de agonía.

—Le diré lo que voy a hacer, señorita —dijo el propietario, en un esfuerzo por tranquilizarla—. Cuando Joe vuelva para informarle sobre el accidente, lo enviaré al muelle a preguntar al capitán del puerto si a él se le ocurre alguna manera de ayudarla.

Los ojos de la joven parecieron hacerse más brillantes.

—Es muy bondadoso de parte suya. Por favor, diga a Joe que con mucho gusto recompensaré sus servicios.

—Gracias, señorita. El debe volver aquí pronto. Ignoro qué pueda entretenerlo tanto.

Se alejó al decir aquello, para abrir la puerta exterior. Al hacerlo, la neblina pareció entrar revoloteando en el salón, como una nube gris.

La puerta se cerró tras él y la dama se reclinó en su silla y cerró los ojos.

Sentía que estaba a punto de desmayarse por el horror de todo lo sucedido. Entonces una voz procedente del otro lado de la chimenea habló en tono agudo:

—¡Beba ese Madeira!

Ella hizo un esfuerzo, pero no logró contestar. Sintió que una oscuridad parecida a la neblina descendía sobre ella. A pesar de que estaba muy cerca del fuego, sintió mucho frío.

Alguien le puso una mano atrás de la cabeza, le acercó una copa a los labios y casi a pesar de sí misma, ella sorbió un trágó. Sintió que un líquido muy fuerte descendía por su garganta y se extendía por su cuerpo. Casi

instantáneamente la oscuridad se esfumó y le fue más fácil respirar.

—Otro trago de brandy —ordenó una voz aguda.

Aunque ella hubiera querido protestar, obedeció porque en aquel momento no se sentía capaz de discutir.

El segundo sorbo fue aún más efectivo que el primero. La joven abrió los ojos y encontró al caballero inclinado sobre ella.

Al verlo con más claridad advirtió que era, de hecho, un hombre excesivamente apuesto, con una sombra en sus ojos y un cinismo en las líneas profundamente marcadas de su rostro.

El la habría, pensó ella, convencido de beber más brandy, pero logró levantar las manos en un gesto de protesta.

—Por favor —suplicó ella—. Ya estoy... bien ahora... y no podría... beber... más.

Como si él comprendiera que decía la verdad, el caballero se movió y se quedó de pie, dando la espalda al fuego. Era tan alto, notó la dama, que su cabeza casi tocaba las pesadas vigas, tomadas de algún barco, que sostenían el techo.

El no dijo nada y después de un momento la joven murmuró con voz nerviosa:

—Muchas gracias por... ser... tan bondadoso. El... accidente... me asustó mucho.

—Quien iba conduciendo el carruaje debe ser un irresponsable, para haberse lanzado al camino con este tiempo.

—Yo... tuve la culpa.

En el momento en que decía eso, la puerta se abrió y el dueño de la posada volvió a entrar.

Miró hacia la dama, pero no habló. Sostuvo abierta la puerta y un momento después entraron dos hombres llevando en brazos a un hombre inconsciente.

Había sangre en su rostro por una herida abierta en la frente y su ropa estaba cubierta de lodo, como si hubiera caído violentamente en el sucio suelo del camino.

—Acomódenlo en la mejor habitación, Joe —estaba diciendo el posadero a los hombres—. Después intenta conseguir al doctor. Lo encontrarás en «La

Corona y el Ancla». Suele estar ahí a esta hora.

—Muy bien, amo —contestó Joe.

El hostelero cerró la puerta exterior y los siguió. Pudo oírse su voz que advertía a los hombres que tuvieran cuidado, mientras subían por la escalera que conducía al primer piso.

Al ver al hombre herido, la dama se incorporó de un salto y quedó mirando el cuerpo inerte, hasta que se perdió de vista. Ahora, casi como si hablara consigo misma, murmuró:

—¡Tiene que haber... un barco!

El caballero, quien estaba de pie frente al fuego, se volvió para mirarla y comprendió que ella se había olvidado de su presencia. —¿Es su esposo de quien intenta escapar?— preguntó. —¿O su tutor?

Habló en tono sarcástico y comprendió que lo más probable era que hubiera acertado en la segunda suposición. El hombre que había resultado herido debía tener más de cuarenta años; mientras que la mujer que se encontraba a su lado no tendría más de dieciocho. Era casi una chiquilla.

Ella volvió la cabeza al escuchar su voz y él pudo verla con más claridad, a la luz del fuego. Notó que su rostro ovalado era muy atractivo y que las pestañas que bordeaban sus ojos eran largas y oscuras.

Era un rostro impresionante; sin embargo, no había admiración en los ojos del caballero cuando continuó en tono mordaz:

—Debe ser una cosa o la otra, sin duda alguna.

Antes de contestar, ella se dejó caer en el sillón.

—No es... ninguna de las dos cosas... Es un hombre que me... secuestró y necesito... ¡escapar de él!

—¿La secuestró? No hay ningún problema. Puede usted alquilar una diligencia que la conduzca de regreso a su casa.

La joven movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Eso es... imposible!

—¿Qué tal si me explica la situación? No se lo pregunto por curiosidad ociosa, sino que tal vez yo podría... aunque no me estoy comprometiendo... ayudarla.

La expresión de la dama se alteró en el acto.

—¡Oh! ¿Podría... usted... ayudarme...? ¿De veras? ¿Quiere decir que

podría encontrarme un barco... o tal vez?... —Ella titubeó un momento. Entonces, como si la hubiera impresionado la forma de vestir del caballero, terminó la frase diciendo—: tal vez... tenga usted... un barco propio.

—Le he preguntado —contestó el caballero—, ¿por qué está huyendo y de quién?

La dama contuvo la respiración antes de contestar:

—De mi... madrastra.

El caballero enarcó las cejas. Era una respuesta inesperada. —Antes de continuar, debíamos presentarnos— dijo. —Yo soy el Marqués de Elvington...

La chica lanzó un leve grito y dijo:

—Yo he oído hablar de usted. Es muy famoso y, desde luego, tiene un yate. ¡Por eso está aquí! Oh, por favor... por favor... lléveme a Francia. ¡Tengo que huir... y pronto!

—¿Del hombre que está arriba, que la secuestró?

—Sí... yo nunca imaginé... nunca soñé... ni por un momento... que se iba a portar de ese modo...

Las palabras parecieron fallarle. Ella hizo una especie de gesto desesperado con las manos, que resultaba patético.

—Estoy esperando a que me diga usted su nombre.

—Soy... Ola Milford. Mi padre era Lord Milford y vivimos cerca de Canterbury.

—Me parece haber oído el nombre —observó el marqués.

—Papá no iba con frecuencia a Londres. Prefería vivir en el campo y no estuvo bien de salud en los dos últimos años previos a su muerte.

—¿Es de su madrastra de quien está huyendo?

—Sí... no puedo seguir con ella por más... tiempo. ¡Es... imposible!

—¿Por qué?

—¡Me odia! ¡Hace mi vida miserable! Es mi tutora, pero se niega a darme el dinero que papá me heredó. Es mío, pero no podré administrarlo hasta que... tenga veintiún arios... o me... case.

—Esto no debe ser difícil para usted —comentó el marqués con cinismo.

—¡Usted no comprende! —Protestó Ola Milford—. Mi madrastra, que se casó con mi padre hace tres años, cuando él se sentía muy desventurado por

la muerte de mi madre, está... celosa de mí.

Dijo esto último indecisa, como si se sintiera incómoda de confesar la verdad. Después, continuó diciendo:

—Ella me repite una y otra vez que desea deshacerse de mí, pero al mismo tiempo, me prohíbe salir. Y si un caballero llega a la casa, no me deja hablar con él. La realidad es que ella desea casarse otra vez.

—Pero usted debe tener otros familiares con los cuales poder vivir.

—He pensado en eso, pero cuando lo sugerí, mi madrastra se negó a considerarlo siquiera, porque pensó que me llevaría mi fortuna conmigo... — Lanzó un profundo suspiro—. El dinero es la causa de todo el problema, tanto para mi madrastra como para mi... primo... que está arriba.

Miró hacia arriba y el marqués se dio cuenta de que se estremecía un poco.

—¿Su primo? —preguntó él—. ¿Cómo intervino él en el asunto?

—Yo estaba desesperada... por la forma en que mi madrastra me estaba... tratando. No sabe usted lo que es vivir con alguien que nos odia.

—Me lo imagino —contestó el marqués—. ¡Continúe!

—Decidí que sólo podía optar por una de dos cosas. Puedo volver al convento, cercano a París, donde fui educada, y convertirme en monja. O bien, puedo convertirme, como mi madrastra ha sugerido tantas veces, en una cocotte.

El marqués se mostró visiblemente asombrado.

¿Una qué? —preguntó—. ¿Sabe lo que está diciendo?

—No sé con... exactitud lo que ese oficio entraña —admitió Ola—, pero ella ha dicho no una vez, sino docenas de veces: ¡Con ese cabello tuyo debías convertirte en una cocotte... no creo que sirvas para otra cosa!

Como si quisiera demostrar lo que estaba diciendo, se hizo hacia atrás la capucha que llevaba puesta.

De pronto pareció como si las llamas del fuego se hubieran transferido a la silla que había frente al marqués. Éste conoció a muchas mujeres pelirrojas, pero jamás a ninguna que tuviera un color tan intenso, ni tan hermoso, como el de la muchacha sentada frente a él.

Debido a que su cabello había estado cubierto por la capucha forrada de piel desde hacía varias horas, se mantenía adherido a su cabeza. Pero cuando

se desató la capa a la altura del cuello y pasó los dedos por su cabellera, ésta pareció cobrar vida. Captó y reflejó la luz. Su intenso color hizo que su piel se viera asombrosamente blanca.

«No es de sorprender», pensó él, «que cualquier mujer, sobre todo una madrastra, haya querido deshacerse de una rival en potencia, cuyo aspecto no es sólo fuera de lo común, sino espectacular».

El marqués comprendió que Ola esperaba algún comentario y dijo con sequedad:

—No le recomiendo ninguna de esas dos soluciones. Debe pensar en alguna otra alternativa.

—He pensado mucho —contestó Ola—, pero ¿qué puedo hacer si mi madrastra se niega a darme dinero y no me permite vivir con nadie, sino con ella?

—Por supuesto, es una situación difícil.

—¡Claro que lo es! No intento hacer ninguna tontería. Quiero estar con las monjas y discutir mi futuro con la Madre Superiora que ha sido siempre muy buena conmigo... —Se detuvo antes de añadir—: Tal vez me decida a tomar los hábitos. Eso sería preferible a ser tratada como lo he sido en los últimos años.

—Me sorprende que sea usted tan débil de corazón.

Como si el marqués la hubiera ofendido, no sólo con sus palabras, sino con el tono despectivo de su voz, Ola se incorporó en su silla.

—Es muy fácil hablar cuando no se han vivido experiencias amargas —dijo—. Usted no tiene idea de lo que es ser abofeteada, y hasta golpeada de vez en cuando, si había un fuste al alcance de la mano de mi madrastra —contuvo el aliento antes de agregar—: Los sirvientes no pueden obedecer mis indicaciones, ni darme de comer si ella ordena que no lo hagan. Cuando hay visitantes, me manda a mí dormitorio y si se trata de amigos de mamá, me encierra bajo llave para que no pueda hablar con ellos.

Lanzó un profundo suspiro.

—He tratado de rebelarme, de desafiarla en los últimos dos años, y todo ha sido inútil. La única esperanza para mantenerme cuerda es huir.

—Ha decidido irse a Francia —observó el marqués—. ¿Y qué me dice de su acompañante?

Vio cómo Ola apretaba los labios antes de contestar en un tono distinto:

—¡Se portó de una forma despreciable y traidora! ¡Nunca pensé que un hombre pudiera ser tan ruin!

—¿Qué hizo?

—El es mi primo, pero yo siempre pensé que, a pesar de su edad, era un hombre bondadoso. Cuando vino a hospedarse con nosotros, porque creo que mi madrastra tenía interés en él, le dejé una nota en su dormitorio, suplicándole que me viera a solas. Aceptó. Me hizo una leve señal afirmativa con la cabeza cuando bajó a cenar y como fui enviada a la cama temprano, para que mi madrastra pudiera conversar a solas con él, yo logré saltar de mi balcón al suyo, que estaba en la puerta contigua. Fue una hazaña peligrosa, pero lo logré.

—¿No se sorprendió él?

—Creo que sabía que iría a buscarlo, pero ignoraba que por las noches me encerraban bajo llave... —Como el marqués la viera sorprendido, Ola explicó—. Ella lo hacía para que no pudiera yo saber qué hacía cuando se hospedaban amigos suyos en la casa. ¡Como si a mí me importara!...

—Supongo que, con ese cabello suyo, debe usted ser exageradamente emotiva, de cualquier modo —comentó el marqués.

—Una referencia más a mi cabello, de usted o de cualquiera otra persona, y me lo corto o me lo tiño... —repuso Ola con brusquedad.

Parecía una pequeña tigresa escupiendo fuego y casi a pesar de sí mismo, el marqués se echó a reír.

—Le pido disculpas, señorita Milford. Continúe con lo que me estaba diciendo.

—Le dije a Giles... así se llama mi primo... cuál era mi predicamento y, para mi gran felicidad, me ofreció llevarme a París y me dejaría con las monjas en el convento.

—¡Y usted le creyó!

—Le hice jurar que no me traicionaría, ni le diría a mí madrastra cuanto pensaba hacer. Después de eso, se mostró muy accesible a todos los arreglos.

—¿Y qué sucedió, entonces?

—El salió de mi casa ayer, pero en lugar de ir hacia Londres, como había dicho a mi madrastra que lo haría, se hospedó cerca de nuestra casa, en una

posada... —Ola lanzó un suspiro—. Tuve que confiar en él.

—¿Qué pasó después?

—Salí de la casa al amanecer. Soborné a uno de los jardineros, quien siempre había sido muy leal a mi papá, para que viniera a la casa, a recoger el baúl que tenía listo en mi dormitorio. Fue más fácil de lo que esperaba —añadió con una breve sonrisa en los labios— porque cuando le abrí la casa para dejarlo entrar, no había nadie por ahí.

—¿No hay veladores, ni lacayos nocturnos? —preguntó el marqués.

—Todos estaban del otro lado de la casa.

—Así que usted se fugó llevándose su ropa. ¿Qué mujer no piensa en su apariencia, aun en la situación más desesperada?

—Ya le he dicho que no tenía dinero. Sería muy tonto de mi parte gastar en ropa el dinero que puedo obtener vendiendo las joyas de mi madre.

—¿Trae usted joyas?

—Supongo que fue indiscreto de mi parte mencionarlas, cuando intento viajar sola; pero son todo cuanto poseo para no morir de hambre.

—¡Le prometo que no se las voy a robar! —murmuró el marqués divertido.

—Ya lo sé. Pero fui lo bastante tonta como para confiar en Giles. Y ahora, nunca volveré a confiar en un hombre otra vez... nunca... jamás... ¡ni siquiera en usted! .

El marqués no pudo menos que sonreír ante la furia que había en la voz de la muchacha. Sus ojos, verdes, relampagueaban a la luz del fuego.

—Me gustaría saber qué hizo su primo Giles para disgustarla tanto.

—El me ayudó a escapar, es verdad. Pero entonces, a la mitad del camino hacia Dover... me informó que... intentaba... ¡casarse conmigo!

El marqués se echó a reír.

—Eso era algo que usted debió haber anticipado, tomando en cuenta que es una mujer rica.

—¡Pero Giles tiene más de cuarenta años! y como siempre ha sido soltero, ¿cómo pude haberme... imaginado siquiera sus intenciones? Giles me dijo: «Me sentiré encantado, cuando nos casemos, de administrar tu fortuna; pero como te considero también muy atractiva, Ola, voy a disfrutar de ser tu esposo».

—¿Qué contestó usted a eso? —preguntó el marqués.

—Le dije que preferiría morir antes que casarme con él y que tan sólo al sugerir tal idea demostraba que era un cerdo traidor, un Judas en quien nunca debí haber confiado.

—¡Fueron palabras fuertes! —rió el marqués.

—A usted le debe parecer gracioso —exclamó Ola—, pero yo, comprendí en ese momento que no sólo tendría que escapar de mi madrastra, sino también de... Había algo en él que me... asustó... no era sólo el hecho de que estaba decidido a apoderarse de mi fortuna... fue la forma en que me miró cuando nos detuvimos a almorzar.

Miró hacia el marqués, a través del tapete que había frente a la chimenea y continuó:

—Supongo que si fuera yo más astuta habría escapado entonces; pero era una posada muy pequeña. No había más parroquianos que nosotros almorzando ahí. Si hubiera intentado huir, Giles me habría alcanzado con facilidad. Y hubiera sido un estorbo más mi joyero —añadió, bajando la mirada hacia la valija de cuero que tenía junto a la silla.

—No la estoy criticando —señaló el marqués con suavidad.

—Originalmente había yo pensado, al llegar aquí, tomar el barco normal que hace el recorrido a Francia —continuó Ola—, pero para escapar de él tengo ahora que alquilar algún tipo de embarcación, para desaparecer lo más pronto posible.

—¿Por qué no se casó él con usted en Inglaterra?

—El pensó en hacerlo, pero tuvo miedo de que le pusieran dificultades porque no tenía la autorización de mi tutora. Pretendía decir que él era mi tutor y si les daba dinero suficiente, los franceses estarían más dispuestos a creerle y a realizar la ceremonia matrimonial, que un sacerdote inglés.

—¡Su primo había pensado todas las cosas con cuidado! —comentó el marqués...

—¡Sólo para su propia conveniencia! ¡Lo detesto! ¡Es una lástima que no se haya... matado en el accidente!

En el momento en que Ola decía eso, se abrió la puerta de la posada y entró Joe. Debió haber salido antes, por otra puerta, porque ahora explicó:

—Lo siento, señora, pero aunque encontré al doctor en «La Corona y el

Ancla» no está en condiciones de atender a nadie esta noche. Le dejé un mensaje con sus amigos para que venga aquí a primera hora de la mañana, en cuanto esté sobrio.

—Gracias Joe —contestó Ola—. Le estoy muy agradecida. Al decir eso, comprendió que Joe estaba esperando la propina que le había prometido. Ella sacó con rapidez un pequeño monedero de un bolsillo interior de su capa.

Antes que pudiera abrirlo, el marqués arrojó una moneda de oro desde su lugar junto a la chimenea, hacia Joe, quien la retuvo en el aire con gran destreza.

—Gracias, señor —dijo con una sonrisa. Iré arriba para ver cómo está el paciente. El amo se iba a quedar con él hasta que volviera yo con el doctor.

Desapareció y Ola miró hacia el marqués.

—¿Podemos irnos ahora... inmediatamente? —preguntó.

—Yo no he dicho todavía que la llevaré conmigo.

—Pero lo hará, ¿verdad?... Por favor... ¡diga que lo hará! Puede dejarme en Calais y yo iré de ahí a París.

—¿Sola?

—No hay nadie más que vaya conmigo, a menos que... Giles se recupere.

La sola idea la hizo levantar la mirada hacia el techo, como si temiera escuchar en cualquier momento su voz a través de él.

—El no debe ir conmigo... está... absolutamente decidido... ¡a que yo me case con él!

—Puede usted, desde luego, contar su historia a los magistrados y pedirles que la devuelvan con su madrastra.

—¿Cómo puede usted sugerir tal cosa, cuando ya le he dicho cuánto me odia ella? —preguntó Ola—. No... voy a París, aunque tenga que comprar un bote y remar yo misma a través del Canal... —Lanzó un suspiro de exasperación antes de añadir—: ¡Oh! ¿Por qué tiene que ser Inglaterra una isla?

El marqués sonrió.

—Es algo que nos sirvió mucho cuando Napoleón trató de invadirnos.

—Eso sucedió hace mucho tiempo. Si no hubiera mar entre nosotros y Francia, podría yo llegar a París a caballo o en una diligencia, aunque creo que son vehículos bastante incómodos.

—No creo que ninguno de esos dos medios sea particularmente agradable —comentó el marqués con sequedad.

—Yo no estoy viajando por placer —replicó Ola—. Usted parece no comprender que estoy tratando de huir de una vida desventurada, y debe ser muy poco sensitivo para no comprender cuánto he sufrido.

—Estoy demasiado ocupado, por el momento, con mi propio sufrimiento —replicó el marqués.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Perdió usted su fortuna en la mesa de juego? ¿O lo traicionaron en cuestión de amores? ¡Eso no es compatible con su reputación, señor marqués!

Ola habló en tono sarcástico y le sorprendió la expresión de furia que contorsionó el rostro del marqués.

—Si no habla usted con mayor cortesía —dijo en tono agudo— la dejaré aquí a que se enfrente sola a sus problemas. Eso, estoy seguro, sería lo más sensato de mi parte.

—Lo siento... por favor, perdóneme... fui descortés y lo sé... no debí haber hablado como lo hice. ¡Por favor... por favor... ayúdeme! ¡Si se niega a hacerlo, me arrojaré a la bahía! No creo que nadie me lo impida... ¡descubrirán mi cadáver flotando en el mar hasta mañana!

Habló de forma dramática y aunque estaba enfadado, el marqués no pudo evitar el echarse a reír. Entonces dijo:

—Acepto sus disculpas, pero en el futuro, ya que está usted a merced mía, le sugiero cuidar su lengua y su imaginación, o ciertamente la abandonaré a su suerte.

—¡Par favor... no haga eso!

—Si fuera yo inteligente eso haría. No es asunto mío con quién se case usted, o no se case. Y tengo la inquietante sospecha de que si actuara yo con un vestigio de sentido común, la enviaría de regreso con su madrastra.

—Pero usted no hará eso —repuso Ola con suavidad.

—No me gusta pensar en cuál sería la alternativa.

—La alternativa —dijo Ola en voz muy baja—, es que me lleve usted a Calais en su... yate. ¡Sin duda alguna esta neblina levantará muy pronto!

Al decir eso, se incorporó, como si intentara ir a la puerta de la posada y asomarse al exterior. En ese momento se oyeron fuertes pisadas que bajaban

por la escalera y un momento más tarde el dueño de la posada entró en el salón.

—Ignoro si pretende pernoctar aquí esta noche, señorita —dijo a Ola—, pero tengo un pequeño dormitorio vacío y podría yo acomodarla, aunque no es tan cómodo como el que he dado al pobre caballero.

Ola miró hacia el marqués.

—Me voy a llevar a la señorita conmigo —dijo él y vio la expresión de dicha que transformó el rostro de Ola.

Por otra parte, el posadero se mostró abiertamente desilusionado.

—¿Y el caballero que está arriba?

—El puede atenderse sólo en cuanto se mejore —contestó el marqués—. Sin embargo, tengo entendido que la señorita traía un baúl con ella en el carruaje. ¿Qué sucedió con él?

—El sirviente que venía en el carruaje, resultó ileso en apariencia —contestó el dueño—, se ha llevado los caballos a una caballeriza que hay del otro lado del camino.

—Entonces mande a su ayudante, Joe, a que recoja el baúl ordenó el marqués. —El puede seguirnos, a esta señorita y a mí, adonde está anclado mi yate en el muelle. A menos de cincuenta metros de aquí—.

—Lo llamaré ahora mismo, señor —contestó el posadero. Se dirigió al pie de la escalera y empezó a gritar a Joe. Ola se volvió hacia el marqués.

—¿Cómo puedo darle las gracias? —preguntó—. ¡Mil... mil gracias! Usted debe ser un ángel que el cielo envió para salvarme.

—Más bien creo que soy un filántropo —contestó el marqués—, o tal vez el brandy que acabo de beber hizo sus efectos.

—No, usted es un buen samaritano —opinó Ola—. Como ya le he dicho, he caído entre verdaderos... pillos.

De nuevo, al pensar en su primo, Ola levantó los ojos al techo.

Cuando el marqués vio la línea de su largo cuello y el movimiento de luz que había en su cabello se dijo que estaba actuando como un tonto.

Se había jurado a sí mismo, al salir de su casa, nunca volver a involucrarse con mujeres, excepto con aquellas que vendían sus favores al mejor postor.

Nunca más y éste era un voto que pensaba cumplir al pie de la letra. No

volvería a cometer la tontería de enamorarse.

Aun el pensar en Sarah lo hacía sentir deseos de cerrar los puños y golpear algo, o a alguien, para aliviar un poco la furia de sus sentimientos.

Y, sin embargo, a pesar de haber recibido una lección que haría a cualquier otro hombre titubear antes de ver o hablar con una mujer que se considerara «una dama», se vio envuelto, casi inadvertidamente, con esta muchacha.

Le resultaba imposible no sentir compasión por ella al verla en el predicamento en que se encontraba.

Por otra parte, ¿cómo sabía él si ella le estaba diciendo la verdad? Podía ser una mentira, como todas las que Sarah le había dicho.

Sintió el impulso de cambiar de opinión y decirle que, después de todo, ella debía encontrar la manera de zanjar sus dificultades. O, más fácil aún, podía decir que iba afuera para ver cómo estaba el tiempo, y desaparecer en la neblina, para no volver jamás.

Eso habría sido prudente y sensato, pero también una canallada y él jamás se había rebajado, en el pasado, a actuar así.

La nobleza, la caballerosidad, el simple decoro... sin importar el cómo se le llamara, sólo había logrado convertirlo en un cínico.

«¡Nunca confíes en una mujer... siempre te traicionan!».

Sonaba como una sentencia escuchada en alguna parte, o como si fuera una convicción nacida de lo más profundo del corazón.

El solo pensar en Sarah lo había hecho sentirse como si su cuerpo estuviera ardiendo, mientras que la furia descendía de tal modo sobre él, que había una capa roja frente a sus ojos.

Hubiera querido maldecirla en voz alta. Sintió impulsos de decirle con toda claridad lo que pensaba de ella, cuando se marchó resuelto a no verla más.

«¡Maldita sea... estoy huyendo!», pensó, mientras conducía su carruaje en dirección a Dover.

Pero algo sensitivo y vulnerable dentro de él mismo rechazó la escena subsecuente, si hubiera dicho a Sarah lo que había visto con sus propios ojos.

Ella habría mentido y suplicado y si se hubiera dado por derrotada, finalmente al ver que no podría convencerlo ya de casarse con ella, se habría

reído de él.

Eso era algo en extremo injusto e insufrible para él.

Por primera vez en su vida, dentro de su exitosa carrera como deportista y como amante, el marqués, el hombre más aclamado en la alta sociedad, había caído víctima del petardo que él mismo encendió.

Se había acostumbrado a ser el conquistador; con la certeza, aunque se aseguraba a él mismo que no era vanidad de su parte, que cualquier mujer hacia la que él se mostrara interesado, gustosa se lanzaría a sus brazos.

Sobre todo, no había mujer en todo el ámbito del país, que no hubiera aprovechado la oportunidad para convertirse en su esposa.

Tan pronto como las veía, notaba la excitación reflejada en sus ojos, revelándole con exactitud cuanto deseaban y lo que estaban implorando al cielo, sin duda alguna.

—Nos casaremos, mi amor —podía escucharse a sí mismo diciendo eso a Sarah—, tan pronto como termine tu luto. No puedo esperar un día más del necesario.

—¡Oh, Boydon! —había exclamado Sarah—. Te amo y te juro que voy a hacerte muy feliz... ¡como tú me has hecho ya la mujer más feliz de la tierra!

Su voz era suave y seductora al decir aquello. Cuando sus ojos azules se clavaron en el marqués, éste había pensado que encontró por fin esa perla rara y valiosa... la mujer perfecta digna de ser su esposa.

De pronto, la noche anterior, todo lo que él planeó, su futuro entero, se había desplomado como castillo de naipes.

Capítulo 2

El marqués despertó cuando oyó que el ancla se elevaba. Unos minutos después el yate empezó a balancearse cuando las velas fueron izadas y el viento las hinchó.

Se dio cuenta de que le dolía la cabeza y tenía seca la boca.

Comprendió que la noche anterior, contra su costumbre, había bebido demasiado.

El brandy fue exquisito en la posada del muelle; después, al volver al yate, se había sentido tan deprimido y furioso con la vida en general, que envió al camarero por una botella de su mejor clarete del cual bebió hasta las primeras horas de la madrugada.

Súbitamente recordó que llevaba a una mujer a bordo con él, y se preguntó si se había vuelto loco.

¿Cómo, después de vivir una experiencia que podía considerarse como una lección, pudo ser tan insensato para enredarse con otra mujer que podría convertirse en una enorme pesadilla?

Y, debido a que era imposible mantener sus pensamientos fijos por mucho tiempo, excepto en la perfidia de Sarah, recordó la razón de su estancia en Dover. Recordó por qué había bebido demasiado y por qué, en pleno frío de marzo, se aventuró a hacer un viaje por mar.

Pudo, asimismo, recordar con toda claridad el momento en que conociera a Sarah.

Había estado tan ocupado en Londres, que no visitó Elvin el invierno

anterior con la frecuencia acostumbrada.

Estuvo mezclado en discusiones y comités respecto al proyecto de una Ley de Reformas y habló sobre otros asuntos, durante varias sesiones en la Cámara de los Loes.

Había encontrado también que el nuevo Rey, Guillermo IV, requería su presencia en el Palacio de Buckingham con mucha frecuencia.

Aunque era halagador ser tan solicitado, significaba que casi nunca disponía de tiempo para divertirse.

Por lo tanto, casi con la sensación de que se estaba fugando de una prisión, salió de Londres hacia Elvin, para gozar unos días de cacería antes que la temporada llegara a su fin.

Disfrutaba de la cacería como pocas veces, cuando al cruzar una sección de terreno irregular, una piedra se clavó en la pata de su caballo.

Como montaba uno de sus mejores animales, el marqués desmontó y dejó que los demás cazadores siguieran adelante. Intentaría sacar la piedra de la pata del caballo o buscar alguien que lo hiciera.

No tenía nada que usar como pinzas, excepto sus dedos. Cuando levantó la pata del animal y examinó lo sucedido, advirtió que la piedra necesitaba ser extraída con gran cuidado para no arrancar la herradura con ella.

Miró a su alrededor y vio que se encontraba aún en su propia finca, y a corta distancia de la casa solariega. Recordó que su administrador le había informado, más o menos un año antes, que había sido rentada a Sir Robert Chesney.

Normalmente el marqués habría visitado a quien era un nuevo inquilino suyo, pero se había olvidado de él. Además, las pocas veces que había estado en Elvin había sido con grupos de invitados y no había tenido tiempo para hacer visitas locales de cortesía.

«Tendré que ofrecerle mis disculpas ahora» se dijo, mientras caminaba hacia la casa solariega, con la brida del caballo en la mano.

Se dirigió directamente a la caballeriza y encontró a un viejo palafrenero a quien explicó su predicamento.

El hombre reconoció al marqués y tocándose la gorra dijo:

—No se preocupe, milord. No tardaré mucho en sacar esa piedra y puede usted reunirse de nuevo con los demás. ¡Oigo a los cazadores que se dirigen

hacia el bosque de Chandle, pero dudo que vayan a encontrar algo ahí!

—Me imagino que la zorra corrió en esa dirección —contestó el marqués.

—Si lo hizo es porque fue muy lista y no la van a encontrar nunca —sonrió el palafrenero.

Tomó la brida del caballo para conducirlo a una casilla vacía. —Mientras usted hace eso— expresó el marqués —ofreceré mis respetos a Sir Robert. ¿Está en casa?

La voz del palafrenero se alteró al contestar:

—Sir Robert murió la semana pasada, milord.

—¡Yo no lo sabía! —exclamó el marqués.

Al decir eso pensó que era un descuido de su administrador no haberle avisado al respecto oportunamente. Habría sido de elemental cortesía enviar una carta de condolencia a la viuda de Sir Robert y flores al funeral.

—Estoy seguro de que milady querrá conocerlo, milord —añadió el palafrenero.

El marqués caminó hacia la puerta del frente. Se sentía incómodo al pensar que tendría que ofrecer una disculpa a Lady Chesney.

Un sirviente lo condujo a través del pequeño vestíbulo hacia lo que el marqués recordaba que era una sala encantadora, situada al fondo de la casa y con vista al rosal.

Si él pensaba que la habitación era preciosa, no lo era menos su ocupante.

Ella se mostró asombrada al verlo, cuando fue anunciado, pero a él le agradó la forma en que lo saludó. Y, por supuesto, le agradó más su apariencia.

Con su vestido negro, que acentuaba lo blanco de su piel, lo dorado de su cabello y el azul de sus ojos, Lady Chesney resultaba en verdad muy atractiva.

Insistió en que él bebiera algo. El marqués se sentó frente a ella y dijo:

—Acaban de comunicarme el deceso de su esposo. Sólo puedo decirle cuánto siento no haberle enviado antes mis condolencias y mi simpatía, pero se las ofrezco ahora con respetuosa sinceridad.

—Es muy bondadoso de parte suya, mí lord —contestó Lady Chesney. Mi esposo tenía ya varios años enfermo. Por esa razón el médico recomendó el aire fresco y la tranquilidad del campo— se detuvo antes de agregar con un

leve sollozo. —Por desgracia... se equivocó.

Ése fue el principio de una relación que se transformó con rapidez en amistad y de amistad en amor.

El marqués, cuando se marchó aquella mañana de la casa, encontró que le era imposible olvidar dos ojos azules que lo habían mirado, primero de forma patética, después con curiosidad y, por último, con franca admiración.

Volvió al día siguiente. Decidió que si no había enviado flores al funeral, cuando menos podía obsequiar a la viuda frutas exóticas y flores de sus propios invernaderos.

Ella se mostró agradecida y, desde luego, declaró que le encantaría conocer Elvin. El marqués se ofreció gustoso a ser su guía y ella lanzó exclamaciones de admiración ante los tesoros que los antepasados del marqués acumularan ahí y las innovaciones que él mismo había hecho en la casa. Para el marqués, la reacción de Lady Chesney resultó muy satisfactoria.

Pasaron seis meses antes que el marqués se convirtiera en lo que había estado deseando desde una semana o dos después de conocerla: en amante de Sarah.

Sin embargo, para lograr esto necesitaba usar todo su ingenio y todo su poder de persuasión.

No era que ella no lo amara.

Sarah había confesado que se enamoró de él a primera vista y que había capturado su corazón, hasta el punto en que ya no le pertenecía a ella.

Pero se mostraba cuidadosa por evitar el menor asomo de escándalo que, según ella decía, podía con facilidad arruinar el amor de ambos.

Lo explicó de una manera que hizo comprender al marqués su sensatez.

—Es tan fascinante, tan apuesto, milord —dijo ella—, y es natural que cuanta mujer lo conoce se enamore de usted. El mundo es un lugar lleno de gente mordaz. Nadie creería que una mujer podría resistir el mágico encanto de usted.

—¡Me está adulando, milady! —repuso el marqués con una sonrisa, pero había disfrutado de las palabras de ella.

—Como usted comprenderá —continuó diciendo Sarah con una voz suave y acariciadora—, no podría ser desleal a la memoria de mi querido Robert permitiendo que la gente hablara de mí, de forma escandalosa, cuando

tiene tan poco tiempo de muerto. Usted puede volver a Londres y olvidarme, y yo tendré que continuar en este pequeño mundo donde la gente habla porque no tiene nada mejor que hacer.

—¿En realidad piensa que podría olvidarla? —preguntó el marqués.

—Espero que no o hará —contestó Sarah—. Pero usted es tan importante en el mundo social, y no le sería difícil hacerlo. En cambio yo soy una pequeña desconocida, quien lo adora porque me ha proporcionado una felicidad increíble.

—Usted sabe que sólo es felicidad cuanto anhelo darle —había dicho el marqués—. Quiero demostrarle lo mucho que la amo. Pero, como dice, es imposible hacerlo aquí en la casa, donde sus sirvientes podrían sospechar algo.

—Son tan bondadosos conmigo —dijo Sarah—. Me cuidan y me miman. Se sentirían escandalizados si pensaran que era usted algo más que un amigo bondadoso para mí.

La situación no parecía tener esperanza de solución, hasta que Sarah fue invitada a hospedarse con algunos amigos, del otro lado del condado, con quienes el marqués tenía una ligera relación.

No fue fácil, pero debido a su resolución, logró de algún modo ser invitado al mismo tiempo que ella.

Fingieron que no se conocían. Por fortuna había bastantes invitados en la casa y sus dormitorios no quedaron muy separados.

Para el marqués, el hacer el amor a una mujer a la que había estado cortejando por seis meses resultó una delicia indescriptible. Lo hizo sentir que había conseguido una victoria después de una batalla extenuante.

El pensaba, además, que estaba enamorado de Sarah como no lo estuvo nunca en su vida.

La única dificultad estribaba en ver cómo podían continuar haciéndose el amor. El marqués estaba seguro de que la experiencia de su unión resultó tan inolvidable para ella como para él.

Hubo otro mes de frustración, durante el cual, a pesar de todas sus súplicas, Sarah se había negado a complacerlo. Ella lo hacía sentir mal al sugerir algo que podía dañar para siempre su reputación.

—Si no puedo venir a tu casa y tú no puedes venir a la mía —había

preguntado él—, ¿qué vamos a hacer?

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando Sarah lo miró y dijo con voz entrecortada:

—¡Oh, Boydon, te amo con tanta desesperación! Pero... «¡Siempre surge ese “pero”!» pensó el marqués más tarde, con irritación.

De pronto, surgió la solución: ¡se casaría con Sarah!

Sabía que tarde o temprano tendría que casarse y tener un heredero, pero no había una necesidad apremiante de ello antes que cumpliera los treinta años.

Lo que era más, él disfrutaba de su soltería y había visto a algunos de sus amigos con esposas que los hacían desdichados. Ellas parecían muy deseables, hasta que llevaban el apellido de ellos y se sentaban en la cabecera de la mesa.

—El matrimonio es un infierno, Elvington —le había dicho Lord Wickham, sólo tres meses después de haberse casado.

—Charlotte es muy hermosa —contestó el marqués.

—Eso creí, hasta que la vi por las mañanas; siempre muy petulante, y por las noches, siempre muy cansada. Voy a decirte otra cosa —continuó diciendo Lord Wickham— no es el aspecto de una mujer lo más importante, sino su inteligencia. ¿Te imaginas lo que significa vivir con una mujer y saber con exactitud lo que ella va a decir, antes de decirlo, durante veinticuatro horas al día?

El marqués no había contestado y su amigo continuó hablando con amargura:

—Tú eres el único de nuestro grupo que ha tenido la inteligencia de permanecer soltero. La esposa de George toma láudano. Y Charles se casó con una verdadera arpía.

—Yo no tengo deseos de encadenarme a ninguna mujer —solía decir el marqués, no sólo a sus amigos, sino a sí mismo también, con firmeza.

Y, sin embargo, pensó, Sarah era diferente; sin duda la mujer ideal en todos aspectos. Era hasta tal punto cuanto un hombre deseaba en una mujer, que no podía correr el riesgo de perderla.

Aunque todavía titubeó un poco antes de decidirse, empezó a considerar a Sarah desde un ángulo distinto. No sólo era una mujer provocativa quien

hacía latir su corazón y aceleraba su pulso cuando estaba cerca de ella, sino alguien en quien podía confiar.

Podría tomar el lugar que ocupara su madre, pensó, como anfitriona en las varias casas que poseía. Lo más importante aún: sería tan aceptable en el Palacio de Buckingham como él mismo.

El sabía que esto era muy diferente de lo que habría sido bajo el monarca anterior.

Jorge IV, hasta el día de su muerte, había preferido que sus cortesanos fueran divertidos e ingeniosos. Debido a que él lo había sido siempre, quería, asimismo, que fueran promiscuos en cuanto a las mujeres.

Aún más, las mujeres admitidas en el círculo real debían ser atractivas para el sexo opuesto y no muy quisquillosas en cuanto a la moral.

Sin embargo, el Palacio de Buckingham tenía ahora una atmósfera muy diferente. El marqués pensaba con frecuencia que ya no parecía el mismo lugar desde que la pequeña Reina Adelaida, conservadora y mojigata, estaba sentada en el trono.

No cabía duda de que ella y su esposo, mucho mayor que ella, eran muy felices juntos, pero aunque el Rey tuvo una juventud alocada y procreó diez hijos ilegítimos con la actriz conocida como «la señora Jordan», se tomó tan respetable que uno de los estadistas de la época había comentado al marqués:

—Cuando entro en el palacio, me parece que estoy entrando a una iglesia y voy a empezar a orar en cualquier momento.

El marqués festejó el comentario, pero si quería seguir ocupando en la corte el sitio privilegiado que ocupaba, su vida debía ser circunspecta en todos sentidos.

Si existiera el menor rumor escandaloso en torno a la nueva marquesa, la Reina Adelaida la excluiría del círculo real.

Aunque observaba ahora a Sarah con ojo crítico, el marqués se sintió más convencido que nunca, que ella sería el prototipo de esposa que necesitaba.

Le representaba un gran esfuerzo controlar sus deseos, pues le resultaban frustradores e irritantes. Sin embargo, no dejaba de admirarla por ceñirse a sus principios y por hacerle comprender, en el nivel mental aunque no pudiera hacerlo en el físico, que eso era realmente necesario.

Sólo cuando le propuso matrimonio y ella declaró con expresión feliz que

todos sus sueños y ambiciones se habían realizado, cedió un poco y, como se dijo el marqués a sí mismo, «bajó el puente levadizo».

—¡Te amo! ¿Cómo puedo esperar meses enteros para que vuelvas a ser mía? —le preguntó el marqués.

—Yo quiero ser tuya también —había murmurado Sarah—. ¡Tengo una idea, mi amor!

—¿Cuál es?

—Mi doncella personal, la cual siempre me vigila con ojos de halcón, se fue hoy a visitar a su madre que está enferma. Sólo hay una anciana pareja en la casa. Ambos están sordos.

—¿Me quieres decir?... —preguntó el marqués y sus ojos brillaron con intensidad al comprender lo que ella estaba proponiendo.

—Si vienes esta noche, vida mía, nadie sabrá que estás aquí y yo podré mantenerme por mucho tiempo en tus brazos, como tanto lo deseo.

El marqués la besó hasta que los dos perdieron el aliento. Entonces Sarah le dijo:

—Ven a mí a través del jardín. Puedes dejar atado tu caballo a un árbol. Yo dejaré abierto el ventanal de la sala, una vez que los sirvientes se hayan ido a acostar.

—¡Mi amor! ¡Mi cielo! —exclamó el marqués.

Cuando más tarde se despidió de ella de manera formal, frente al viejo mayordomo, sus ojos se encontraron, y él comprendió que ambos estaban contando las horas para volverse a reunir.

Pasaron dos noches de felicidad total. Sarah le dijo que su doncella había vuelto y como el marqués no soportaba quedarse solo en su cama de Elvin, dando vueltas, cuando anhelaba estar con Sarah en la suya, decidió volver a Londres.

Tenía muchas cosas que hacer ahí. Estaba sinceramente interesado en la política y las dificultades que planteaba la nueva ley propuesta ocupaban su mente durante el día.

Pero en la noche le resultaba imposible dormir y, como un niño en la escuela, tachaba los días en su calendario, esperando que llegara aquél en que se cumpliría el período de luto de Sarah y pudieran casarse.

El luto terminaría el tres de marzo, pero habían acordado que, por razones

de discreción, dejarían transcurrir un mes más. Para el marqués, el pensar en la fecha final era como ver una pequeña luz de esperanza que brillaba en las tinieblas.

Había comprado ya el anillo de compromiso y varias joyas costosas que le regalaría a su prometida junto con él.

Estaban encerrados bajo llave en un cajón de su escritorio, esperando el momento en que podría dárselos para también decir al mundo que ella iba a convertirse en su esposa.

Su deseo por volver a visitarla lo hizo comprender que debía regresar a Elvin. Aun si no pudiera hacerle el amor, como deseaba, cuando menos podría tenerla en sus brazos, besarla y oír sus frases cariñosas, dichas con su voz suave y musical.

Se preguntaba cuándo podría verla, y en ese instante recibió una carta; el solo reconocer la letra, hizo que su corazón diera un vuelco.

«¡Nunca había estado tan enamorado como lo estoy ahora!» se dijo.

Abrió la carta y leyó:

Hannah, mi doncella, recibió aviso de que su madre murió. Por lo tanto, va a salir ahora mismo para asistir al funeral y tú sabes, mi queridísimo, mi maravilloso Boydon, que eso significa poder estar juntos como tanto lo deseamos ambos.

¡Yo sé que vas a estar contando las horas, hasta el momento en que podamos tocar las alas del éxtasis! Ven como siempre mañana, a través del jardín, a las nueve y media. Los sirvientes se acuestan temprano y yo estaré esperando... ansiosa, tus brazos que habrán de rodearme.

Te ama

Sarah.

El marqués leyó y volvió a leer la nota. Pensó que ninguna mujer podía ser tan amorosa, adorable y sensitiva, como Sarah. Sería una perfecta Marquesa de Elvington.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —dijo en voz alta—. ¡Y mañana la veré!

Entonces volvió a leer la carta.

Decía que su doncella iba a salir hoy mismo. En tal caso, ¿por qué esperar hasta el día siguiente si podían verse esa misma noche?

Consultó su reloj.

Se había levantado temprano y la carta lo aguardaba ya en la mesa del desayuno.

Calculó que si salía de Londres durante la hora siguiente, llegaría a Elvington a las ocho de la noche.

Una vez que hubiera cenado, cruzaría a caballo el parque y los campos, y estaría en la casa solariega como a las diez de la noche.

El ventanal permanecería cerrado, pero los sirvientes sin duda ya estarían acostados y Sarah también en su dormitorio, así él podría fácilmente atraer su atención desde el jardín, sin perturbar a nadie más en la casa.

«¡Le daré una sorpresa!» se dijo con una sonrisa y pensó en la alegría y excitación que les produciría a ambos el encuentro.

Sobre todo por inesperado.

Dio la orden de que le prepararan su faetón con el tiro de cuatro caballos más rápido. Pronto se encontraba en camino hacia Elvin.

Su llegada no causó sorpresa a su servidumbre, porque ésta tenía instrucciones de estar siempre dispuesta para recibirlo. Su chef logró preparar una espléndida cena, a pesar de que no había tenido aviso previo sobre su llegada.

El marqués, después de bañarse, cenó con excelente apetito, atendido por su mayordomo y tres lacayos. A las nueve y cuarenta y cinco en punto se dirigió a la puerta del frente, donde le tenían ya listo su caballo más veloz.

Debido a que con frecuencia montaba después de cenar, sus sirvientes no se extrañarían por eso. Por lo tanto, lo habría irritado sobremanera si hubiera sabido que todos en la casa, desde el mayordomo hasta el más joven ayudante de despensa, estaban enterados de que estaba enamorado de la viuda que

vivía en la casa solariega.

—Todo cuanto puedo decir —comentó un lacayo dirigiéndose a otro—, es que ella debe considerarse muy afortunada de haber pescado a su señoría. No hay un caballero igual a él, en todo el mundo deportivo.

—Tienes razón —asintió su compañero—, y supongo que ella no está mal para él. Pero yo nunca me casaría con una viuda. —¿Por qué no?— preguntó su compañero.

—Me gusta ser el primero. El primero en llegar a la meta en una carrera y el primero en llevar a la cama a una mujer.

Se echaron a reír del comentario. Por fortuna para el marqués, quien cruzaba en ese momento el parque que rodeaba la casa, ignoraba que su servidumbre no pensaba que había salido a disfrutar del aire fresco de la noche.

Una vez que se perdió de vista, galopó a toda prisa, porque estaba ansioso por llegar al lado de Sarah. Pensó con espíritu romántico que el ruido de las pisadas del caballo repetía las palabras que prevalecían en su mente:

«¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!».

Al terminar de cruzar el parque, atravesó un bosque, después varios sembradíos, hasta que pudo ver frente a él los arbustos que rodeaban el jardín de la casa solariega.

Sabía con exactitud dónde atar su caballo. Después, caminó con paso seguro por el serpenteante sendero que bordeaban los rododendros y terminaban en la orilla del rosedal, en cuyo centro había un reloj de sol.

Fue entonces cuando observó que las luces estaban encendidas no sólo en la habitación de Sarah, sino también en la sala.

El marqués se quedó atónito.

De pronto se le ocurrió que tal vez Sarah tendría visitas. Quizá eso explicaba por qué le había pedido que fuera al día siguiente y no esa misma noche.

Pero se dijo que ella no podía imaginar que había recibido su carta tan temprano, ni que decidió salir de Londres inmediatamente.

Ella sabía con qué meticulosidad planeaba él todos sus compromisos. De hecho, era una cosa sin precedentes su proceder de esa mañana: enviar mensajes a no menos de cuatro personas, ofreciéndoles mil disculpas por no

poder asistir a las reuniones que tenía planeadas con ellas.

«Cuando se lo diga, ella sabrá cuánto la amo», pensó el marqués.

Ahora, al mirar a través de la oscuridad del jardín hacia la sala iluminada se sintió inseguro.

Lo último que deseaba hacer era entrar inesperadamente si Sarah estaba atendiendo a vecinos que habían ido a visitarla. No obstante, a pesar de que había luces en la sala, todo parecía muy silencioso. Permaneció escuchando con atención, pero no pudo percibir el rumor de voces o risas.

«Tal vez no se ha metido aún a la cama» se dijo. «Es posible que esté sentada leyendo o cosiendo en la sala. Si llamo a la ventana, la abriré».

Dio un paso hacia adelante, para salir de entre los rododendros y al hacerlo vio que la larga ventana tipo francés se mantenía abierta y se veía a una persona de pie recortada contra la luz del fondo.

«Ella me está esperando», se dijo.

Estaban tan identificados uno con el otro, pensó, que ella pudo saber, casi con verdadera clarividencia, que él iba a llegar y había abierto la ventana para recibirlo.

Y una sonrisa feliz se dibujó en los labios del marqués cuando dio otro paso adelante. De pronto, vio que Sarah no estaba sola. Un hombre había aparecido junto a ella y a toda prisa el marqués retrocedió hacia las sombras.

Sarah volvía el rostro hacia el hombre que estaba junto a ella. ¡Al siguiente momento se abandonaba en sus brazos y él la estaba besando!

Por un momento el marqués no pudo dar crédito a cuanto veían sus ojos. Pensó que debía ser producto de su imaginación o parte de una horrible pesadilla.

La luna salió de entre las nubes y él pudo ver con mayor claridad que antes.

Sarah llevaba puesta su negligé azul. El la conocía muy bien. La última vez que la había visto, la llevaba en el momento de abrirle la ventana, como hiciera poco antes, para dejar paso al hombre que ahora la estaba besando.

Aún más, el marqués identificó quién era él.

Se trataba del apuesto hijo menor de un noble que se había convertido en una plaga vecinal para el marqués, desde que heredara Elvin.

Debido a que Elvin y la propiedad de Lord Harrop colindaban, éste

enviaba con frecuencia mensajes al marqués con alguna queja.

La razón de la mayor parte de ellas era que Lord Harrop tenía muy poco dinero y estaba decidido a extraer de su rico vecino cuanta concesión y ayuda para su propia finca fuera posible.

El marqués se daba perfecta cuenta de que los hijos de Lord Harrop, estaban celosos de los caballos que montaba para cazar y los utilizados para participar en las carreras de punto a punto organizadas localmente y que él siempre ganaba.

No era su culpa, pero cruzó por su mente la idea de que Anthony se vengó de él quitándole a la mujer con quien había pensado casarse.

Vio a Anthony besar a Sarah, antes de salir por el ventanal hacia la terraza. El marqués sintió que la sangre se agolpaba en su cabeza.

Sintió deseos de retar al intruso, de golpearlo y tal vez de matarlo.

Mas, no sólo muchos años de autocontrol lo detuvieron, sino también un orgullo que le permitió comprender que había sido objeto de burla no sólo para Sarah, sino para un hombre más joven al cual siempre juzgó demasiado insignificante para considerarlo como posible rival.

Mientras el marqués luchaba consigo mismo, comprendió que Anthony caminaba ya hacia él y en cuestión de segundos se encontrarían frente a frente.

Y, mientras decidía qué iba a hacer, oyó a Sarah decir, en el mismo tono de voz suave y dulce con que le hablaba al marqués:

—¡Anthony, mi amor, tengo algo más que decirte!

Su rival se dio la vuelta y entonces el marqués comprendió que debía escapar.

Retrocedió con rapidez sobre sus pasos y se dirigió adonde estaba su caballo.

Fue solo al montar que vio la cabalgadura de Anthony como a cincuenta metros adelante, junto a los arbustos.

El marqués no perdió tiempo. Se alejó a caballo, con la esperanza de que Anthony no lo hubiera visto.

Al llegar a su propia casa y subir a su habitación, se sintió perturbado por la escena. Al mismo tiempo, había en el fondo de él una furia creciente, que parecía hacerse más intensa con cada minuto que pasaba.

Permitió que su ayuda de cámara lo desvistiera, sin decir nada. Sólo cuando el hombre se marchó, el marqués se preguntó qué iba a hacer.

Comprendió que no debía permanecer en Inglaterra. No quería enfrentarse a Sarah, ni oír sus absurdas explicaciones.

Sabía, también, que se sentía muy humillado por lo que presencié y le llevaría algún tiempo controlarse lo suficiente para poder mostrarse indiferente.

Por el momento estaba furioso y lastimado, herido y celoso, con instintos asesinos y vulnerables a la vez. Estaba invadido de una enorme desventura, sabía que aumentaría con el tiempo, porque perdió algo que pensó era más valioso que cualquier cosa que hubiera poseído antes.

Se preguntó a sí mismo mil veces cómo podía haber sido tan tonto como para dejarse engañar por una mujer cuya falsedad veía ahora con toda claridad.

Se había percatado de que Sarah intentaba casarse con él y que lo decidió así desde el momento de conocerse.

Comprendió su maniobra; logró excitarlo y atraerlo, hasta el punto de hacerlo caer en la trampa y él le había ofrecido lo que ella deseaba desde el primer momento: matrimonio.

El marqués reconoció con franqueza que casi siempre sus idilios eran efímeros.

Una vez que una mujer se entregaba a él, encontraba de pronto cuán monótona le resultaba la repetición de sus relaciones amorosas. Empezaba a preguntarse cómo iba a perseguir a otra belleza y si podría ser más original y cautivadora que la anterior.

Sarah fue demasiado astuta para permitirle sentirse así. Lo había vuelto loco al entregarle sus favores después de un prolongado cortejo y posteriormente retirándose de nuevo.

El marqués se puso tenso al sentirse atrapado en las redes más antiguas que las mujeres tendían con su astucia, desde los tiempos de Adán y Eva. Cada jugada había sido tradicional, casi como si se tratara de una partida de ajedrez; pero él no tuvo el tino suficiente para comprenderlo a tiempo.

Resolvió, en la oscuridad de la noche, no enfrentarse con Sarah, porque sólo la podía acusar de haber sido más astuta que él.

«¡Tengo que irme, tengo que huir!» se dijo y recordó su yate, esperándolo siempre en Dover.

Hacía tres meses que no lo usaba. Y en aquel entonces lo hizo para realizar un corto viaje a través del Canal, con un amigo quien deseaba sostener un duelo sin que nadie en Inglaterra se enterara.

Sabía que el yate, por órdenes suyas, estaba siempre listo para zarpar en el momento en que lo quisiera.

Se levantó antes del amanecer y salió de Elvin cuando las estrellas aún brillaban en el cielo.

* * *

El marqués podía escuchar el rumor de las olas al golpear contra la proa del yate, que avanzaba ya a buena velocidad. Los maderos del casco crujían y las velas hinchadas por el viento zumbaban al ser sacudidas por éste. Comprendió que soplaban un buen viento.

«Cuando menos, no hay nada que nos detenga», se dijo.

El giró instrucciones a su capitán desde la noche anterior. Debía tomarles menos de cinco horas llegar a Calais, donde depositaría en tierra a su pasajera. Después de eso, estaría en libertad de navegar hacia el lugar del mundo que se le antojara.

Se preguntó ahora cómo lograría Ola llegar a París, pero trató de convencerse de que no era asunto de su incumbencia.

Debió haber sido el brandy de la noche anterior lo que le hizo sentir que era su deber de caballero ayudarla a salir de esa terrible situación; esto en caso de que todo, fuera verdad.

Sin duda alguna el hombre que sufrió el accidente por su imprudencia al conducir sus caballos a través de una neblina muy espesa, era ya de edad madura, y la muchacha del cabello rojo intenso era muy joven y bellísima.

Pero tal vez era mentirosa e intrigante, pensó el marqués con desprecio, como lo eran todas las mujeres, a las que maldijo mentalmente una y mil veces.

«Cuando vuelva a Inglaterra, no habrá más Sarahs en mi vida», se prometió. «Ninguna mujer volverá a engañarme».

Se escuchaba a sí mismo pronunciando las palabras amorosas frente a Sarah, que ahora lo hacían ruborizarse de vergüenza.

Aunque él suponía que ella hablaba con verdad, porque hacía notar que sentía esas promesas que los amantes suelen hacerse entre sí, sólo se estuvo mofando de él.

Sin duda alguna, también, debió burlarse de él y ridiculizarlo ante el hombre que realmente amaba, el joven Anthony, quien no tenía un solo penique para ofrecerle. Anthony, tal vez estuvo a su lado, como su amante, en todas esas noches en que él se sentía frustrado y solitario en Elvin, pensando que Sarah no podía estar con él debido a que se preocupaba mucho por su «reputación».

¡Su reputación!

El marqués se echó a reír lleno de amargura.

Eran las palabras que se repetía a sí mismo una y otra vez, mientras guiaba a sus soberbios caballos de Elvin hacia el camino que lo llevaría a Dover.

En la primera posada cambió sus corceles por otros, igualmente finos, que le eran guardados ahí, mes tras mes, sólo para el caso en que llegara a necesitarlos.

Hizo otro cambio más tarde y estos nuevos caballos debieron haberlo llevado hasta Dover antes del oscurecer. Pero entonces se habían encontrado con la espesa neblina. Sólo gracias a que era un conductor extraordinario y conocía el camino como la palma de su mano, logró llegar sin peripecias hasta donde estaba anclado su yate. Una vez a bordo, dijo al capitán que quería partir de inmediato.

—¡Lo siento, milord, pero eso es completamente imposible! —le contestó el capitán.

—¿Se refiere usted a que es imposible navegar con esta neblina?

—Ningún barco puede moverse con este tiempo, milord. No hay viento para mover ni un pañuelo siquiera.

—Bien, saldremos tan pronto como el tiempo lo permita.

—¿Hacia dónde, milord?

Eso era algo que el marqués aún no había considerado. Así que después de un momento contestó:

—Se lo diré después.

—Muy bien, milord. Espero que tengamos a bordo todo lo que su señoría pueda necesitar. Ayer cargamos el barco de suficiente agua dulce. Estamos bien de provisiones.

El marqués asintió con la cabeza, aunque no tenía el menor interés por conocer los detalles del abastecimiento de su equipo. Para él era sólo un vehículo, una especie de alfombra mágica que lo llevaría lejos de Inglaterra y de la infiel Sarah.

Al terminar de cenar; le fue difícil mantenerse a solas con sus pensamientos y caminó a través de la niebla para llegar a las luces de «Las Tres Campanas».

Deseó aprovechar la niebla para escapar de esa otra mujer.

Tenía la desagradable impresión de haber cometido un error fundamental al aceptar llevarse a esa joven pelirroja... ¿cómo se llamaba?... Ola... a Francia.

Si su madrastra le daba alcance y descubría que fue ayudada por el Marqués de Elvington, podía prestarse a diversas interpretaciones lo que sólo había sido un simple acto de caridad.

«¡He sido un tonto otra vez!» se dijo el marqués. «¿Qué diablos me sucede? ¡Debí haberla dejado en la posada!».

En lugar de ser considerado un «buen samaritano», como ella lo llamó, podía ser acusado de tener excesivo interés personal en la muchacha. Si su tutora era tan ambiciosa como Sarah afirmaba, podría exigirle que hiciera reparaciones ofreciéndole matrimonio.

«¡Primero me confinaré en el infierno que hacer eso!» juró el marqués furioso ante la idea.

Entonces se dijo que estaba mostrándose temeroso sin necesidad. Cumpliría con la joven dejándola en Calais, y después se olvidaría de ella.

Cuando Ola se encontrara de nuevo en dificultades, él estaría del otro lado del mundo. Pero hacia dónde intentaba ir... aún no lo decidía.

«Supongo que el Mediterráneo, por esa temporada, sería lo mejor, cuando menos para empezar», pensó.

Recordó que Smollet alabó mucho a Niza y el clima sería deliciosamente primaveral en esos momentos, que brillaría un sol esplendoroso y un mar azul.

«Puedo ir a Niza lo mismo que a cualquier otro lugar», resolvió para sí.

¡El mar sería azul! Eso lo hizo recordar los ojos de Sarah. «Me tiene embrujado... ¡es lo que me pasa!», se dijo. Vinieron a su memoria las diferentes escenas de cómo rodeaba con sus brazos el cuello de Anthony y había levantado la cara de una forma que le era muy familiar y suponía exclusiva.


¿Acaso no le había dicho una y otra vez que lo amaba y que no había amado nunca a nadie más?

Surgió una nube de ira ante sus ojos y una vez más se encontró cerrando los puños con fuerza.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —repitió en voz alta y el sonido de su voz se mezcló con el repentino golpeteo de las velas, cuando el barco se inclinó hacia estribor.

«Vamos a tener una travesía difícil», supuso el marqués.

Capítulo 3

 la estaba tan cansada que no escuchó cómo era levantada el ancla, ni supo cuándo el barco empezó a ser sacudido con fuerza al despegar de la bahía.

En cambio durmió profundamente, hasta que una llamada a su puerta la despertó.

Ola indicó que pasaran, entró un camarero, moviéndose con dificultad, para poner una taza cerrada, muy propia para cuando había mal tiempo en el mar, sobre su mesa de noche.

—Nos espera una travesía difícil, señorita —dijo él—. Le he traído un poco de café. Si usted apetece algo de comer, el cocinero hará todo lo posible por preparárselo, aunque es un poco difícil trabajar en la cocina con este movimiento.

—Café es todo cuanto deseo —contestó Ola—, y muchas gracias.

—Yo que usted me quedaría donde está, señorita, si quiere un buen consejo —comentó el camarero antes de irse—, es fácil para la gente de tierra firme romperse una pierna o un brazo cuando el tiempo está así.

Ola comprendió que estaba mostrándose diplomático al no sugerir que podía marearse, pero ella sentía que el movimiento del barco no le estaba produciendo ningún mal efecto.

Su padre era muy aficionado al mar y cuando era pequeña la llevaba con frecuencia a navegar. Así que tenía su experiencia y por picado que estuviera el mar, ella no se mareaba.

Cuando el camarero se retiró, Ola lamentó no haberle preguntado a qué hora llegarían a Calais.

Tenía la impresión de que si no estaba lista para bajar a tierra en cuanto atracaran, el marqués se irritaría y ella evitaría causarle mayores molestias.

Al abordar el barco la noche anterior, todavía con neblina muy espesa, Ola comprendió, que el marqués se mostraba inconforme con su propia generosidad al haberle ofrecido llevarla a través del Canal.

El había dado instrucciones bruscas a un camarero de instalarla en un camarote y ella pensó que debía considerarse afortunada de que no la hubiera abandonado a su suerte, como había estado a punto de hacer.

Se estremeció ahora al pensar en lo frustrante que habría sido tener que casarse con Giles. Ella nunca pensó en él como hombre hasta el momento en que había revelado sus traidoras intenciones, porque deseaba su cuantiosa fortuna.

«Es un gran error tener tanto dinero», se dijo. «Si papá hubiera tenido un hijo varón, no me encontraría ahora en este predicamento».

Al mismo tiempo, ella comprendió que su padre no había podido escapar de su madrastra, cuando ésta decidió casarse con él.

Ola comprendió muy bien la facilidad con la cual todo había sucedido.

Se hallaba en el convento, en Francia, cuando su madre murió.

No hubo oportunidad de que volviera a tiempo para el funeral. Así que su padre no envió a buscarla, ni le comunicó por carta lo ocurrido. En cambio, él mismo fue a verla, para informarle la terrible noticia de manera cariñosa y gentil.

Ambos lloraron juntos. Después su padre volvió a Inglaterra solo y eso, se dijo Ola posteriormente una y otra vez, representó un error fatal.

Ella debió haberse ido con él, para cuidarlo, pero a ninguno de los dos se le ocurrió que debía interrumpir su educación porque su padre estaba ahora solo.

Fue solo cuando Ola terminó los dos años obligatorios en Francia, tal como había sido planeado por su madre, que regresó a Inglaterra, para descubrir que era demasiado tarde ya.

Su padre se había sentido muy solo, y desventurado, sin nadie con quien hablar de su bienamada esposa.

Su madrastra, vecina de ellos, con el encanto y dulzura de los cuales hacía gala cuando así le convenía, fue ganando su confianza hasta hacerlo sentir que era indispensable para él.

Se casaron tan sólo dos días antes que Ola volviera a casa y ella comprendió, cuando conoció a su madrastra, que la premura había sido deliberada para evitar que la joven alterara los planes de su padre.

A ella le resultó evidente que el principal objetivo de su madrastra era la posición social de convertirse en Lady Milford, y tener un marido adinerado.

El rostro que mostraba a su esposo era muy diferente del que la joven veía en realidad.

Ola supuso que debió conocer antes a la nueva esposa de su padre, mas no la recordaba, y era muy dudoso que su madrastra hubiera prestado atención, en el pasado, a la joven hija de un vecino a quien no veía con frecuencia.

Pero una niña era algo muy diferente a una hijastra con una belleza espectacular, y cuando Lord Milford murió, Ola heredó una gran fortuna cuyo monto excedía en mucho a lo que dejara a su viuda.

Lady Milford se había mostrado celosa de Ola desde un principio, pero ahora estaba envidiosa de su dinero, y su odio por ella explotó casi como la bomba de un anarquista.

Ola sólo describió brevemente al marqués cuánto había sufrido. Fue imposible explicarle la tortura que representó una continua persecución mental. Además, la verdad era que Ola tenía miedo físico a su madrastra.

Como sabía que Lady Milford detestaba su belleza, hasta el punto de que el solo mirarla provocaba su furia, Ola estuvo siempre temerosa de que encontrara alguna forma de dañar su rostro, como algunas veces la amenazaba con hacerlo.

Y, debido a que tenía tanto espíritu como valor, optó por escapar.

Comprendía que no iba a ser fácil, pero a medida que se fue convirtiendo, más y más, en prisionera de la casa donde habitara tan feliz, comprendió que por difícil que le pareciera, necesitaba escapar de ahí.

Giles resultó ser un Judas imperdonable, cuando ella menos lo esperaba. Eso había sido un golpe que habría aniquilado por completo a alguien con menos carácter que ella.

Como un milagro encontró al marqués y ahora, en su yate, estaba a salvo por el momento, sin importar las dificultades futuras.

Después de beber el café con mucho cuidado, temerosa de ensuciar las finas sábanas de lino bordadas con el monograma del marquesado, se quedó recostada contra la almohada y trató de planear lo que haría.

Habló con el marqués de la posibilidad de tomar una diligencia para ir a París, pero recordó que eran vehículos lentos, usados por todo tipo de gente, alguna de ella bastante ruda.

Lo más sensato habría sido alquilar un carruaje especial que la llevara a París, pensó.

Pero eso debía ser muy costoso. Quizá no hubiera suficiente dinero y necesitara vender alguna de sus joyas.

«Debo hablar con el marqués sobre eso», pensó.

Pero cierto pudor la hizo sentir que sería embarazoso hablar de dinero con el hombre que se mostrara tan bondadoso, casi contra su voluntad, y que debía estar deseando librarse de ella lo más pronto posible.

«Debe haber un buen joyero en Calais», se dijo. «Le preguntaré cuánto me daría por uno de los broches de diamantes más pequeños de mamá. Cuando llegue al convento, entregaré el resto de las joyas a la Madre Superiora, quien puede guardármelas, hasta que necesite más dinero».

Le surgió un pensamiento repentino y abrió muy grandes los ojos, que clavó sin ver, pero con una definitiva expresión de desesperada ansiedad, hacia el extremo opuesto del pequeño camarote.

* * *

Fue después de mediodía cuando el marqués bajó de la cubierta hacia donde lo estaba esperando su ayuda de cámara, al fondo de la escalerilla, para ayudarlo a quitarse el impermeable de tela alquitranada.

—Espero que su señoría no se haya mojado —comentó el hombre con expresión solícita.

—No, Gibson —contestó el marqués—. Y es una experiencia muy

emocionante ver cómo «El Lobo de Mar» se mueve impulsado por el viento.

—En verdad que lo es, milord —contestó Gibson—. Yo siempre he dicho que su señoría acertó al seleccionar este tipo de barco, perfecto para sus necesidades.

—Siempre acierto, Gibson —comentó el marqués un poco en broma, pero con la convicción interna de que ésa era la verdad.

Luchó mucho para lograr que los fabricantes de barcos diseñaran un yate tal como él lo quería. Mas observó, siendo muy joven, la forma en que se habían portado durante la guerra las fragatas de la Marina, y juró que si alguna vez tenía oportunidad de construirse un yate, lo haría de acuerdo con los planos de esas embarcaciones.

Cuando fue mayor procuró examinar y navegar en los rápidos bergantines llamados «Clipper». El diseño de su casco iba a servir de modelo para los famosos *clippers* de velas cuadradas que estaban siendo construidos en los astilleros norteamericanos y adoptados por los ingleses paulatinamente.

Lo que el marqués obtuvo a final de cuentas fue un bergantín con la rapidez de una fragata, pero que por fortuna no exigía una tripulación numerosa.

Cuando «El Lobo de Mar» fue botado por fin, causó una gran sensación entre los aficionados a la navegación, y el marqués fue felicitado no sólo por sus amigos, sino por varios destacados funcionarios de la Marina.

Ésta era la primera vez, sin embargo, en que probaba la resistencia de «El Lobo de Mar» contra un mar tan tempestuoso.

Al observar esa mañana cómo saltaba por encima de las olas de una forma impecable, comprendió que todas sus ideas, consideradas revolucionarias, fueron correctas.

Se deslizó con cuidado, pero con la seguridad de un hombre acostumbrado al mar y entró en el salón a tiempo que decía:

—Di a los camareros que estoy listo para una buena comida. ¡Tengo mucha hambre! .

Al terminar de hablar vio que no estaba solo.

En el cómodo salón cuyos muebles fueron diseñados por él mismo, se encontraba la mujer cuya existencia olvidara en las últimas dos horas.

—Buenos días, milord —dijo Ola—. Perdone que no me levante para

saludarlo, pero considero bastante difícil hacer una reverencia con el barco tan inclinado hacia un lado.

—Buenos días... Ola —contestó el marqués. Se había detenido un momento antes de decir su nombre, porque tuvo que pensar un instante para recordarlo.

Se sentó en una silla no lejos de ella y enseguida le preguntó:

—¿Se siente bien? ¿No se ha mareado?

—No, de ninguna manera —contestó—, y si usted me permite hacerlo, me gustaría subir a cubierta después del almuerzo. Nunca había estado en un barco tan veloz como éste.

—¿Me quiere decir que le gusta el mar?

—¡Me encanta! —contestó Ola con sencillez.

—Me alegra escucharla —dijo el marqués—, porque tengo malas noticias para usted.

Ola lo miró con expresión interrogante y él explicó:

—Anoche ordené a mi capitán que se dirigiera a Calais, pero ha estado soplando un viento muy fuerte del noreste, y así no podremos acercarnos a la costa de Francia. Sólo nos queda seguir navegando a lo largo del Canal.

Mientras el marqués hablaba se había estado preguntado cuál sería la reacción de Ola ante la noticia.

Ahora vio que sus ojos verdes se iluminaban y una sonrisa asomaba a sus labios. Imaginó que ella iba a resultar una pasajera indeseada que no renunciaría a la hospitalidad ofrecida por él.

Como si ella captara su pensamiento, dijo:

—Usted fue muy bondadoso, milord, al ofrecerse para llevarme a Francia. Ahora no debe... irritarse si admito mi deleite al saber que no tengo que dejar este precioso yate tan... pronto como había yo... anticipado.

El marqués no supo con certeza cómo sucedió, pero cuando el camarero les llevó la comida, se encontró contando a Ola todo respecto a su yate y las múltiples dificultades que tuvo para que lo construyeran de acuerdo con sus ideas.

—Tuve que luchar centímetro a centímetro —dijo—. Y sólo cuando estuvo terminado dejaron de aducir los constructores que mi diseño era absurdo y el barco se hundiría o se volcaría en la primera tormenta.

—Me alegra mucho ver que no está sucediendo ninguna de las dos cosas en estos momentos —comentó Ola riendo.

—Está usted a salvo —declaró el marqués—. Mi barco es la embarcación más segura que existe. Estoy dispuesto a apostar mi fortuna y mi reputación por él.

Hablaron de barcos y de «El Lobo de Mar», en particular, durante todo el almuerzo. Fue solo cuando terminaron de comer que el marqués expresó:

—Cuando el viento disminuya y podamos dirigirnos hacia la costa francesa, he estado pensando que si nos pasamos de Le Havre, lo cual es muy posible, tal vez pueda llevarla hasta Bordeaux.

—¿Va usted a pasar por la Bahía de Vizcaya? —preguntó Ola.

—Voy hacia el Mediterráneo —contestó el marqués—. He estado pensando en ir a Niza.

Dijo aquello casi como si estuviera hablando consigo mismo. Entonces, al ver la expresión en el rostro de Ola, comprendió que había cometido un error.

No tenía intenciones, en ninguna circunstancia, de llevarla a bordo un minuto más después de tener la ocasión para ponerla en tierra.

—Bordeaux me convendría muy bien, milord —dijo—, si no fuera posible llegar a... Le Havre.

Su respuesta, se dijo el marqués, era una cosa; la esperanza que vio en sus ojos, otra muy distinta.

«Nunca debí haberla traído, para empezar», pensó.

Recordó a Sarah y la forma en que lo forzaba a hacer lo que él no quería hacer. Su odio por las mujeres, hacia todas y cada una de ellas, descendió como una ola enorme sobre él.

—Puedo asegurarle que mi capitán está haciendo lo imposible por llegar a Le Havre —dijo en tono agudo—. Y sería un error que usted subiera a cubierta. Sopla un viento frío y se mojaría.

Se levantó de su asiento al decir eso y sin mirar a Ola, salió del salón.

Ella lanzó un leve suspiro.

Comprendió que sólo conseguiría enfadarlo aún más si discutía sus órdenes.

«Me gustaría saber qué lo mantiene tan alterado», se preguntó y sospechó que debía tratarse de una mujer.

Debido a que el marqués era tan apuesto y rico, sin duda alguna, parecía muy improbable que una mujer de su agrado no se arrojara en sus brazos si eso era lo que él quería.

Y, sin embargo, era factible que, como todos los demás seres humanos, tal vez él deseaba lo inalcanzable, aunque Ola no podía imaginarse qué podría ser.

Si no le permitían subir a la cubierta, cuando menos había numerosos libros en anaqueles que cubrían todo un lado del salón.

Le causó sorpresa que hubiera libros a bordo del yate, porque ella sabía que cuando su padre se embarcaba, estaba siempre demasiado interesado en los acontecimientos de cubierta, para tener tiempo de leer.

A Ola le pareció que el marqués era muy diferente de lo que hubiera esperado de un hombre como él.

Había oído hablar tanto de la escandalosa conducta de los jóvenes aristócratas de Londres, que se había imaginado que el marqués pasaría la vida buscando placeres y diversiones.

Recordó haber leído sobre él en los Informes Parlamentarios, además de ver mencionado su nombre con frecuencia en las páginas deportivas de los periódicos.

«Es evidente que es un hombre con diversos intereses», pensó y decidió que los discutiría con él a la hora de la cena, si continuaba a bordo para entonces.

La sola idea de que pronto abandonaría el yate la hizo pensar nuevamente en los temores y preocupaciones que la habían abrumado en su camarote, hasta que no soportó pensar más en ellos.

«Me las arreglaré como pueda», se dijo, tratando de tranquilizarse. «Después de todo, no es la primera vez que voy a viajar por el extranjero... aunque será la primera que lo haga sola».

Sabía que sería muy diferente de como viajara en otras ocasiones. Cuando sus padres la llevaron al convento, se hospedaron en el gran castillo de unos amigos suyos. Hicieron del viaje una aventura que Ola nunca olvidaría.

Cuando volvió a Inglaterra, con otras dos muchachas que eran también inglesas, fueron acompañadas por dos monjas y un «correo» que se había encargado de contratarles habitaciones y cuidar del movimiento de su

equipaje.

«Ahora estaré sola», pensó y no pudo evitar el estremecerse y sentirse un tanto temerosa.

Estaba convencida de que era más inteligente alquilar un carruaje especial. Aun así, tendría que hospedarse en posadas durante el trayecto, y sin duda juzgarían inusitado que una dama tan joven estuviera viajando sola.

Un recuerdo acudió a su memoria que era por demás inquietante.

Cuando volvía a Inglaterra con las monjas se detuvieron en una posada en el camino principal entre París y Calais. No era muy grande, ni tan agradable como las otras en las que también se habían detenido, pero como las monjas le explicaron, era la más aceptable de los contornos.

Cuando llegaron descubrieron que les faltaba una habitación y mientras el posadero discutía con el correo, una mujer se acercó al mostrador para hablar con el primero y Ola la miró con interés.

Era francesa, con un rostro en extremo atractivo y cubierto por cosméticos.

Tenía las pestañas con varias capas de máscara, la boca pintada de color escarlata y había rubor artificial en sus mejillas.

Sin embargo, la ropa que llevaba era fina y elegante. Estaba tan bonita que Ola encontró difícil comprender por qué, cuando pidió una habitación, la esposa del propietario, quien decidió atenderla porque su esposo estaba ocupado, dijo con voz desagradable:

—¿Viene usted sola, señora?

—Pedí sólo una habitación. Creo que eso contesta su pregunta —repuso la dama.

—No alquilamos habitaciones a mujeres que viajan solas —espetó la esposa del posadero con brusquedad—. ¡Encontrara el tipo de hotel que usted necesita más adelante, en esta misma calle!

Habló de una forma tan descortés, que Ola esperaba una reacción agresiva de la dama ante esa impertinencia.

Para su sorpresa, la mujer se limitó a encogerse de hombros y salir de la posada.

Ola se preguntó ahora si ella recibiría el mismo tipo de tratamiento por viajar sola.

Lanzó un leve suspiro al recordarlo. Entonces se dijo, con gran optimismo, que cuando menos había hoteles que aceptarían mujeres solas, y tal vez serían más tranquilos.

La perspectiva de llegar a París le empezó a parecer más difícil de lo que pensara al principio.

* * *

El marqués, después de dos agradables horas de ver cómo avanzaba el yate a través del océano, decidió bajar, una vez que el capitán le había informado que sería imposible acercarse a Le Havre.

—Continuaremos hacia Bordeaux, como había usted sugerido antes — dijo el marqués—. Estoy seguro de que a la señorita Milford, mi invitada, le será fácil trasladarse de ahí a París.

—Sin duda, la señorita no hará sola todo ese recorrido, ¿verdad, milord? —preguntó el capitán sorprendido.

El marqués se sintió irritado de haberlo mencionado y se alejó sin contestar al capitán.

«La traje a Francia como ella me pidió» se dijo. «¡No la voy a convertir en mi pupila!».

Recordó cómo Sarah había despertado primero sus simpatías porque parecía tan desamparada y patética sin un marido que la protegiera.

Vio ahora, con una amargura que pareció correr por sus venas como si fuera un veneno, que buena parte de esa actitud era una farsa para hacerlo sentir fuerte y protector.

Podía recordar las cosas que había dicho Sarah, a las que él había contestado con la respuesta inevitable. Podía vislumbrar ahora con toda claridad la expresión confiada de sus ojos, cuando le decía que estaba confusa, preocupada o ansiosa. ¡El siempre respondía que él cuidaría de ella y la protegería de todo cuanto la inquietaba!

«¡Tonto! ¡Tonto!» se dijo y sintió que el sonido del viento en los aparejos repetía las mismas palabras.

«Es algo que no volveré a ser en mi vida», se prometió.

Buscó las palabras con las cuáles diría a Ola que en cuanto llegara a Bordeaux su responsabilidad respecto a ella terminaría.

«El si llega a París, o a cualquiera otra parte, no tiene nada que ver conmigo. Sin duda encontrará muchos otros hombres dispuestos a ayudarla».

Se preguntó cuántos hombres más habría en la vida de Sarah, además de Anthony.

¡No había razón para suponer que él fuera el único! Y debían haber existido otros hombres en su vida aun antes que su esposo muriera.

Hombres que estuvieron siempre bien dispuestos a ayudar a una mujer que les imploraba con ojos tan azules como un cielo de verano, pero que eran en realidad tan falaces como los del propio Satanás.

Los ojos del marqués estaban impregnados de dureza y llevaba los labios apretados cuando entró en el salón.

Por un momento pensó que estaba vacío y que Ola se había retirado a su camarote. Pronto descubrió que estaba acurrucada en el sofá, dormida.

El marqués había decorado el salón en verde pálido, porque le pareció un color adecuado para el mar.

Eso había sido revolucionario también, ya que la mayoría de los yates eran decorados con muebles forrados de piel color café y estaba de moda cubrir con paneles de madera de roble los muros de los camarotes.

No podía haber escogido un color que sirviera de marco más efectivo para el cabello rojo intenso de Ola.

Cuando el marqués se acercó a ella vio que sus pestañas eran muy oscuras contra sus mejillas, aún pálidas de cansancio. Dormida, parecía muy joven y vulnerable.

Se sentó en una silla frente a ella considerando su cansancio, por lo dramático que había sido para ella el día anterior.

El huir al amanecer debió ser una experiencia abrumadora en sí misma. Darse cuenta después de cuáles eran las intenciones de su primo hacia ella debió causarle una impresión muy fuerte. Todo ello había sido suficiente para alterar a cualquiera, sin el susto adicional del accidente ocurrido al vehículo en el que viajaba.

El marqués había visto muchos accidentes. Comprendía que Ola tuvo

mucha suerte al salir ilesa.

Su primo, que conducía el carruaje, fue arrojado al camino y no era muy probable, pensó el marqués, que la herida que una piedra causara en su frente al caer fuera su única lesión.

Casi siempre en tales condiciones la gente salía con alguna fractura. En varios casos se fracturaban la base del cráneo al caer.

Se preguntó si los caballos habrían resultado lastimados; se dijo con firmeza que nada de eso era de su incumbencia.

El brandy fue el responsable de que se hubiera hecho cargo de Ola y cuanto más pronto se librara de ella, sería mejor.

Conseguir un carruaje alquilado en Calais no habría sido difícil, porque era la ruta usada por la mayor parte de los viajeros y los franceses, que eran muy hábiles para hacer dinero, tenían todo organizado para adaptarse a las posibilidades de cuanta persona visitara su país.

Pero Bordeaux estaba muy lejos de París y el Marqués empezó a pensar que tal vez resultara imposible para Ola encontrar un carruaje capaz de llevarla directamente hasta la capital de Francia, aun con frecuentes cambios de caballos.

«¡No voy a preocuparme por ella... no voy a hacerlo!» se dijo con firmeza.

Pero enseguida pensó que era muy joven todavía, era una dama y como tal, acostumbrada a tener sirvientes, familiares, maestros e institutrices que cuidaban de ella.

«Ella puede buscarse un buen correo», infirió una parte crítica de su cerebro. El se preguntó si un correo de prestigio aceptaría a una mujer que viajaba sola.

Más aún, había «correos» que eran una verdadera amenaza para los viajeros. Algunos les cobraban sumas exorbitantes; otros estaban en complicidad con salteadores de caminos que les quitaban su equipaje y cuanto objeto de valor llevaban encima, antes de abandonarlos sin un penique, en algún sitio aislado del país.

«¡Maldita sea! ¿Por qué tuve que conocerla?», se preguntó.

Como si hubiera dicho en voz alta las palabras, Ola abrió los ojos.

Por un momento lo miró desconcertada. Pareció recobrar la memoria y

esbozó una atractiva sonrisa en sus labios, cuando se sentó.

—Me quedé... dormida. Me abochorna mi indolencia, cuando debía estar cultivando mi mente con alguno de sus libros.

Lo que estaba haciendo era muy sensato —dijo el marqués—. El tiempo afuera está horrible. El viento es helado y caen ráfagas de lluvia que resultan muy desagradables.

—De cualquier modo, me parece que usted lo ha disfrutado, ¿no es verdad? Tal vez mañana me permita subir a la cubierta.

—Todo depende de que no haya ningún riesgo en ello.

Ola se echó a reír.

—Quizá teme que me rompa una pierna, así no se podría librar de mí, a menos que me arrojara por la borda.

Sus palabras eran tan cercanas a lo que el marqués estaba pensando que él se sintió casi turbado.

Nada dijo y Ola añadió:

—Le prometo que bajaré a tierra en el momento mismo en que usted lo indique; sin embargo, hay una cosa que deseo pedirle.

—¿Cuál es?

—Como vamos a Bordeaux y es una población desconocida para mí, ¿podría decirme si hay un buen joyero ahí?

—¿Un joyero? —preguntó el marqués perplejo—. ¿Para qué lo necesita?

Por la mente de él cruzó la idea de que ella esperaba que le diera un regalo. Recordó las muchas mujeres que de algún modo lo habían llevado a una joyería presionándolo a demostrar su afecto por ellas de una forma más práctica que con simples ternezas.

Ola bajó la mirada con timidez. Después habló con una voz apenas audible:

—Yo creo que... si hubiera bajado en Calais... habría tenido suficiente... dinero para llegar a París... pero como Bordeaux está mucho más... lejos... tendré que... vender alguna de mis joyas... y no quiero que me... defrauden.

—¿Cómo fue posible que haya salido de su casa sin suficiente dinero para llegar a París? —preguntó el marqués—. ¿Cuánto trae consigo? —Se hizo un profundo silencio y él tuvo la impresión de que no iba a decirle la verdad—. ¡No me mienta! —exclamó con voz aguda—. Sinceramente, sus finanzas no

me interesan, en ningún sentido. Pero si quiere mi ayuda, lo menos que puede hacer es ser franca conmigo.

—No... iba a... mentir. Sólo que no quería darle idea de... que soy una... tonta por traer tan poco... dinero conmigo.

—¿Cuánto trae usted?

—Cua... cuatro soberanos... y un poco de... plata. —Antes que el marqués pudiera hablar, Ola añadió con rapidez—: Como Giles venía conmigo... pensé que esa suma sería... suficiente.

—¡Así que usted intentaba que él absorbiera los gastos, aun antes de casarse! —exclamó el marqués con voz despectiva.

—¡Nada de eso! —interpuso Ola—. Sabía muy bien que mi madrastra maneja mi fortuna y ella le habría pagado cualquier cantidad que yo le debiera. Y si él no hubiera querido cobrarle... yo le habría dado en pago alguna de las... joyas de mamá. ¡Todas son muy valiosas!

—¿Esas joyas tan valiosas las guarda en esa valija que traía anoche con usted?

Ola asintió con la cabeza.

—Mi querida niña —dijo el marqués—, ¿se imaginó de verdad que era fácil llegar a París sin que se las robaran y, tal vez, la golpearan o la mataran en el proceso?

—No... puedo hacer... ninguna otra... cosa —repuso Ola a la defensiva—. Es muy fácil para usted decir ahora que debía haber calculado mejor la situación. Pero yo no tenía modo de adivinar que todo saldría mal. Deposité mi confianza en Giles cuando dijo que me llevaría al convento. Pero anoche pensé en... algo... más.

—¿En qué? —preguntó el marqués con visible enfado.

—Giles sabe que intentaba yo ir al convento. Cuando esté mejor, me buscará en ese lugar... así que por ahora no podré acudir ahí.

El marqués la miró.

—Entonces, ¿adónde intenta usted ir?

—No he decidido todavía.

—Pero, tiene que ir a algún lado.

—Sí, lo sé, pero no se preocupe por mis planes. Ha dicho con toda claridad que yo no soy su responsabilidad. Y eso es verdad.

—Exactamente —reconoció el marqués—. Al mismo tiempo... digamos que tengo curiosidad. Usted mencionó anoche una alternativa, creo.

—Sí, le comenté que mi madrastra decía que yo sólo estaba preparada para ser cocotte, pero no estoy segura de lo que significa esa palabra... —Miró al marqués como si él pudiera explicársela. Pero como él no dijera nada, continuó—: Busqué en un diccionario de francés. Decía: «mujer alegre». Pensé que tal vez era una especie de actriz. ¿No es así?

—No precisamente —contestó el marqués.

—Espero que me lo aclaren, cuando llegue a París. El problema es que no puedo ir por la calle preguntando dónde podría encontrar un instructor que me enseñara a ser una «mujer alegre». Tal vez me lo podrían informar en un teatro.

Sonrió maliciosamente antes de agregar:

—Las monjas se escandalizarían mucho si conocieran mis intenciones. Según ellas, los teatros son inventos de Satanás, y siempre nos advirtieron que no asistiéramos a ellos. De vez en cuando, sin embargo, nos permitían ir a la ópera.

El marqués empezaba a encontrar imposible el saber qué contestar a esta chiquilla ridícula e ignorante. Tomó una decisión.

—Lo mejor que puedo hacer —afirmó—, es dirigir el yate hacia Plymouth. Ahí contrataré a un correo responsable, que la llevará de regreso con su madrastra.

Aun antes que terminara de decir la última palabra, Ola lanzó un estrepitoso grito de horror.

—¿Cómo puede sugerir algo tan abominable, tan cruel, tan... traidor? —exclamó—. Sabe muy bien que no puedo volver al lado de esa mujer y usted no tiene autoridad para mandarme con ella —se detuvo para recobrar el aliento—. Lo consideré un buen samaritano, pero en realidad es un lobo con piel de oveja... es precisamente lo que usted llamó a su yate... ¡usted es un lobo de mar y lo odio!

El se levantó de la silla y, sin mirarla, se dirigió hacia la puerta. Habría sido una salida llena de dignidad, excepto que un repentino movimiento del barco lo hizo tambalearse y fue solo con la mayor dificultad que evitó caer.

Una vez que él sé fue, Ola miró con desaliento hacia la puerta, como si no

podiera creer que había oído correctamente. El marqués le pareció un hombre muy bondadoso y durante el almuerzo, le agradó mucho su conversación.

Y ahora, de pronto, sin razón alguna, se puso en contra de ella y se estaba comportando, a su modo, tan mal como Giles se había comportado.

«¿Cómo se atreve a tratarme como si fuera una chiquilla de la que se puede disponer sin consultarle?».

Hubiera querido desafiarlo a gritos. Al mismo tiempo su instinto le decía que, lobo de mar o no, lo mejor era suplicarle.

Comprendió, por el tono de su voz y la actitud firme de su barbilla, que pensaba hacer cuanto había dicho y sería imposible para ella convencerlo de lo contrario.

«Si me devuelve a casa», pensó, «tendré que escapar de nuevo y será más difícil intentarlo otra vez».

Tenía la impresión, además, de que el marqués se encargaría de que ella no escapara mientras se encontrara con él. Deseó no haberle confiado la custodia de sus joyas.

Pensó que ahora odiaba al marqués tanto como a Giles. «Todos los hombres son iguales», pensó. «No proceden con rectitud sino cuando conviene así a sus planes».

Se preguntó por qué las muchachas, en la escuela, se referían siempre a los hombres como si fueran algo maravilloso y más deseable que ninguna otra cosa sobre la tierra.

«¡Odio a los hombres!» se dijo Ola. «¡Los detesto tanto como a mi madrastra!». ¡Todo lo que quiero es vivir sola, tener amistades y hacer todo aquello que quiero hacer, sin necesidad de recibir órdenes siempre!"

Se le había ocurrido, tiempo atrás, que cuando se casara estaría bajo las órdenes de un hombre al cual considerara con autoridad sobre ella.

Eso sería soportable si estaba enamorada; mas, sin amor, sería intolerable. Había pensado que, debido a su fortuna, no tenía prisa alguna para casarse, sino esperaría hasta encontrar a alguien con el cual vivir porque fuera bondadoso, comprensivo y porque resultara grato hablar con él.

Las monjas daban órdenes y cuando estaba con su padre, éste hablaba con ella, pero como en un monólogo, sin establecer el diálogo. De hecho, ni él ni nadie más se había mostrado nunca interesado en las opiniones o las ideas de

Ola.

«Cuando hablé con el marqués durante el almuerzo, él me escuchó en tanto le describí los diferentes barcos en los que navegué en el pasado. Y, a su vez, me explicó las cosas que yo quería saber sobre su yate».

Por los libros existentes en el salón, ella dedujo que él estaba interesado en muy diversos temas, sobre los que Ola quería saber más.

«Hablaemos de ellos esta noche, durante la cena», pensó entonces, llena de excitación, pero ahora él había puesto en claro lo que pensaba respecto a ella.

Era para el marqués una mercancía indeseada, de la que se libraría como le conviniera, sin pedirle su opinión al respecto.

«¡Lo odio! Lo odio porque me engañó, cuando yo pensaba que era bueno y honesto».

No sintió impulsos de llorar al pensar en su futuro. Sólo sintió una profunda rabia.

De algún modo, se vengaría del marqués porque la había desilusionado cuando menos lo esperaba.

«Me alegro que algo lo haya alterado. Espero que una mujer lo haya lastimado en lo profundo». Ola suspiró. «¡Se lo tiene merecido!». Si él me contara alguna vez cuánto daño le hizo esa mujer, me reiría de él, porque me alegra que lo hayan hecho padecer.

Todo eso estaba muy bien, pero no resolvía su propio problema.

No parecía existir posibilidad de que hiciera nada por el momento, a menos que estuviera dispuesta a arrojarse al mar.

«Tal vez si hago eso», pensó, «moriré ahogada y él lo llevará en su conciencia por el resto de su vida».

Pronto se dijo, sensatamente, que él lo atribuiría a una mente desequilibrada y se iba a olvidar del asunto aun antes de llegar al Mediterráneo.

Ola decidió que no se daría por vencida.

Se apoyó en los cojines y empezó a planear cómo eludir al marqués y sus intenciones, de una u otra forma.

«Tal vez si me escondo en la bodega, él supondrá que he bajado a tierra y sólo me encontrarán cuando estemos otra vez en alta mar».

Le parecía una posibilidad, excepto que tenía, la impresión de que él se aseguraría de que el «correo» actuara también como carcelero y que la vigilara de modo que no pudiera escapar hasta que él ya estuviera muy distante de ahí para siquiera enterarse.

«¿Qué voy a hacer?» se preguntó Ola.

De pronto, al escuchar cómo el viento golpeaba los aparejos, comprendió que continuaba el mal tiempo. Así, las intenciones del marqués serían frustradas no por ella, sino por la naturaleza, y no podrían atracar en Plymouth.

Capítulo 4



la estaba sentada en la cama, con expresión de desaliento en el rostro. El camarero le comunicó que «El Lobo de Mar» atracaría en Plymouth esa noche, ya muy tarde, o a la madrugada, dependiendo del viento y las corrientes marinas.

En las últimas doce horas sólo había pensado en cómo escapar del marqués e impedirle que la regresara de forma ignominiosa al lado de su madrastra.

Se mostró lo bastante sensata como para no mostrarse agresiva con él a la hora del almuerzo. En cambio, charló sobre carreras de caballos en las que había participado.

Comprendió que el marqués se sintió desconcertado de que ella no hubiera hecho alusión a sus planes. Aunque pareció un poco rígido al principio, poco a poco se fue relajando y terminó por hablar del tema con ella, como si Ola supiera tanto de caballos y carreras como él mismo.

Cada hora transcurrida la iba acercando a su destino y ella pensó que hasta su optimismo empezaba a decaer y no le quedaría más remedio que dejar al marqués y partir, prisionera, de regreso a su casa.

Llamaron a la puerta y Ola se estremeció.

—¡Adelante! —exclamó ella y el camero que la atendía siempre abrió la puerta.

—Perdone, señorita —dijo—, ¿por casualidad tiene usted un poco de láudano? Al capitán le duele tanto una muela que no resiste estar siquiera

sobre cubierta.

—¡Oh, cuánto lo siento! —repuso la joven—. Me gustaría poder ayudarlo, pero yo nunca tomo láudano.

El camarero sonrió.

—Tiene poca edad para hacerlo, si me permite decirlo. Pero pensamos que tal vez por casualidad pudiera tenerlo. El capitán está gimiendo en su catre como alma en pena.

Ola no pudo menos que sonreír. Enseguida recomendó:

—Dígale que humedezca un poco de algodón en alguna bebida fuerte... el brandy es lo mejor, aunque tal vez el ron serviría también. Debe cubrir con él la pieza que le duele y dentro de ella si es posible. Recuerdo que mi padre hizo eso en una ocasión.

—Diré al capitán lo que usted me ha dicho, señorita —contestó el camarero—. Le va a quedar muy reconocido.

Cerró la puerta del camarote y Ola lanzó entonces una leve exclamación.

Recordó de pronto que era posible que trajera láudano, después de todo.

Cuando salió del convento, muchas de sus amigas le habían hecho regalos de despedida. Entre, ellos tenía un estuche tipo chino, de laca, para guardar frascos de perfumes, fabricado en la época de Luis XIV.

Era una cajita muy atractiva y cuando la abrió encontró que contenía tres frascos de forma triangular, que se amoldaban uno al otro hasta formar un todo. Cada uno tenía tapones de laca y su cristal estaba grabado con flores.

Ivonne, la muchacha que se lo había regalado, le dijo:

Puse en un frasco el perfume más exótico que pude encontrar; agua de colonia en el segundo, y dejé vacío el tercero para que tú lo llenes a tu gusto.

Ola nunca había usado los frascos, pero debido a que era tan bello el estuche permaneció sobre su tocador y cuando estaba empacando sus cosas, pensó que tal vez pudiera visitar a su amiga Ivonne cuando estuviera en Francia, así que lo guardó en el fondo de su baúl.

No lo recordó sino hasta ese momento, pero en realidad el tercer frasco contenía láudano.

Poca después de que volvió de París, sufrió un agudísimo dolor de muelas y resultó ser un absceso.

Habían llamado al doctor y éste prometió hacer arreglos para que la

visitara un dentista al día siguiente.

—Comprendo la intensidad de su dolor, señorita Milford —dijo él—, voy a darle un poco de láudano para, que tome esta noche y pueda dormir. Sólo utilice una dosis mínima.

Y le entregó un frasco al decir eso.

Eso le había ayudado a soportar el dolor. Cuando la muela dejó de dolerle, Ola, pensando que el frasco de láudano daba mal aspecto en su tocador, vació el contenido del mismo en la botella vacía de su estuche.

—¡Qué tonta soy! —exclamó en voz alta—. ¡Por supuesto que puedo ayudar al capitán!

Abrió su baúl, que ya tenía empacado, pensando que si no lo hacía, el marqués iba a ser informado al respecto y él lo consideraría un acto deliberado de desafío.

En un rincón del baúl encontró, como esperaba, el estuche de laca envuelto entre algodones para protegerlo.

Lo sacó y se puso de pie para llamar al camarero y que pudiera llevar el láudano al capitán.

Aun mientras su mano se dirigía a la puerta, se detuvo.

Se le ocurrió una idea... tan fantástica que por un momento la juzgó imposible de realizar.

Sin embargo, fascinada por ella, se sentó en la cama para meditarla.

Con un vestido muy atractivo y, debido a que hacía frío, una capa de piel sobre los hombros, Ola esperaba en el salón, cuando el marqués entró a cenar.

Todas las noches, sin importar las inclemencias del tiempo, el marqués se ponía su traje de etiqueta. A Ola le pareció tan elegante como si estuviera a punto de asistir a una fiesta en Londres y no fuera a cenar a solas con ella.

—Buenas noches, Ola —saludo cortés—, creo que el viento está disminuyendo un poco. «El Lobo de Mar» navega con más suavidad que el día de ayer.

—Ya me di cuenta de eso —sonrió Ola—, pero tengo los codos amoratados por estar me sosteniendo con ellos en los muros de mi camarote.

—¡Debía haberse quedado en la cama! —exclamó el marqués sin pensar.

—¡Eso habría sido declararme derrotada, y eso es algo inaceptable para

mí!

El le dirigió una mirada penetrante, como si pensara que ella se estaba refiriendo a otras cosas ajenas al movimiento del mar.

Ola desvió con rapidez la conversación hacia el tema que deseaba discutir con él.

—Encontré en su librero un volumen de Hansard —dijo—. Veo que pronunció un discurso en la Cámara de los Lores respecto al empleo de niños pequeños en fábricas y minas de carbón.

—¿Lo leyó usted? —preguntó sorprendido el marqués.

—Quisiera haber podido escucharlo. Es algo respecto a lo cual tengo sentimientos muy definidos, como creo que les sucede a todas las mujeres.

Se le ocurrió al Marqués que ninguna de sus conocidas había mostrado el menor grado de interés ni en los discursos de él ni en los niños de cuatro y cinco años a los que hicieran trabajar, algunas veces hasta doce horas diarias, y a los que apaleaban si se dormían.

Por un momento pensó que Ola sólo estaba tratando de adularlo para después rogarle que no la enviara de regreso con su madrastra.

Para sorpresa suya se dio cuenta de que no sólo hablaba con indiscutible sinceridad, sino también era evidente que había leído muchos de los informes publicados en los periódicos, además de los discursos pronunciados en el Parlamento.

Discutieron sobre lo bueno y lo malo de emplear la mano de obra infantil, y qué compensación podría darse a los patrones, si era prohibida.

El marqués se encontró hablando de forma muy elocuente de lo que intentaba decir en la Cámara de los Lores en el futuro. Observó que Ola estaba interesada también en las llamadas Leyes de Reforma.

—¿Es verdad que el Rey escribió en un papel: «Considero el rompimiento como equivalente a la Revolución»?

—¿Quién le dijo eso? —preguntó el marqués.

—Lo leí en alguna parte; pero no puedo creer que el Rey, por decrepita que sea, considere innecesarias algunas reformas.

—El problema es que tiene una arraigada antipatía hacia las elecciones. Con dificultad decidió disolver el Parlamento. Además, en realidad, es un simple marinero a quien se le hace imposible entender todas las

complejidades de las nuevas leyes.

—Yo siempre he pensado —opinó Ola—, que no tiene el cerebro brillante de su hermano, el difunto Rey Jorge IV.

—Es verdad —reconoció el marqués—, pero aunque siento profundo cariño por Su Majestad, no olvido lo que sobre él escribió Greville: «No es más que un caballero feo, vulgar y hospitalario, que abre sus puertas a todo el mundo, rodeado por una reina espantosa y una corte de bastardos».

Al decir eso comprendió con quién estaba hablando y se apresuró a añadir:

—Le ruego me disculpe.

—No, por favor, no me pida disculpas —respondió Ola—. Me gusta que dialoguen conmigo de igual a igual, y no me consideren una muchachita tonta, sin cerebro en la cabeza.

—Yo nunca diría tal cosa de usted —contestó el marqués. Un camarero despejó la mesa, pero dejó una botella de brandy y una de clarete frente al marqués.

Eran botellas especiales, que no se volteaban porque tenían bases muy anchas y eran de cristal cortado muy pesado. Ola las miró por un momento. Enseguida dijo:

—Como ésta es nuestra última cena juntos, milord, me gustaría mucho proponer un brindis.

El marqués enarcó las cejas. Y, sintiendo que ella intentaba ser agradable, él debía hacer un esfuerzo por mostrarse igual y contestó:

—Con gusto aceptaré cualquier brindis que sugiera, Ola. ¿Quiere beber clarete o brandy?

—Prefiero clarete —contestó ella—, pero poco, por favor. El marqués sirvió a la mitad la copa que había frente a ella y después llenó la suya.

La joven tomó su copa pero al moverse lanzó un leve grito:

—¡Mi, mi broche! Tal vez no lo aseguré bien y cayó debajo de la mesa.

Al decir eso dejó caer el broche de diamantes que tenía en la mano. La joya rodó por la falda de su vestido.

—¡Qué tonta soy! No debí habérmelo puesto, pero me pareció que se veía hermoso con este vestido.

—Yo se lo recogeré —ofreció el marqués.

Retiró su silla, miró abajo de la mesa y vio que el broche estaba fuera de su alcance, a menos que se pusiera de rodillas.

Mientras él hacía esto, Ola se inclinó hacia adelante, para vaciar el contenido del pequeño frasco de cristal cortado que llevaba escondido en su pecho, en la copa de clarete que iba a beber el marqués.

Lo vació y volvió a guardar el frasquito en su seno. Cuando el marqués recobró el broche, salió de abajo de la mesa y volvió a sentarse.

—Aquí tiene usted —dijo. Al extender el broche hacia Ola, agregó—. En verdad es una joya muy bonita.

Ola sonrió.

—Era uno de los broches más pequeños de mi madre. Papá la amaba tanto, que le regalaba joyas magníficas en toda ocasión y con cualquier pretexto.

—Entonces debe cuidarlas mucho —le advirtió el marqués—. Si vende alguna de ellas, evite que la defrauden.

—Eso haré —afirmó Ola, aceptando el broche de las manos de él. Lo puso sobre la mesa y levantó su copa—. ¡Por «El Lobo de Mar»! —brindó—. Porque encuentre nuevos horizontes, y la felicidad.

—¡Un brindis encantador, Ola! —exclamó el marqués.

Ella comprendió que no esperaba eso. El marqués estaba sorprendido no sólo de sus palabras, sino de la sinceridad con la cual las había dicho.

Ola sonrió y la sonrisa pareció iluminar su rostro.

—Bebamos hasta la última gota —dijo, llevándose la copa a los labios.

Debido a que él estaba dispuesto a seguirle la corriente, el marqués bebió todo el contenido de su propia copa.

Cuando terminó de sorberlo y puso la copa sobre la mesa, tenía fruncido el ceño.

—Me pareció que... ese vino sabía un... poco extraño... —empezó a decir.

Extendió la mano como si fuera a tomar la botella, pero no pudo hacerlo. Se reclinó en el respaldo de su silla, como si el esfuerzo representara demasiado para él y después, de un segundo cerró los ojos.

Ola lo observó con ansiedad.

Sabía que le administró una dosis considerable de láudano e ignoraba con

qué rapidez actuaría la droga, o si tendría tiempo de llamar a un camarero pidiéndole ayuda.

Pronto se hizo evidente que eso no iba a suceder. Sin embargo, transcurrió bastante tiempo durante el cual él permaneció sentado con los ojos cerrados, antes que su cabeza cayera a un lado y Ola se diera cuenta de que se había dormido.

Por fortuna, la silla en la que estaba sentado se encontraba clavada al suelo y tenía un alto respaldo curvo contra el cual se mantenía apoyada la cabeza del marqués. Ola comprendió que sería imposible para una persona que se encontrara en la puerta saber si estaba dormido o despierto.

Tal como planeaba, pues intuía que los camareros debían estar afuera escuchando, por si los necesitaban, ella continuó hablando.

Debido a que no se atrevía a imitar la voz del marqués, produjo sonidos roncocos con la garganta para hacer creer a los camareros que él estaba hablando en voz más baja que ella.

Después de diez minutos hizo sonar la campanita de oro que había sobre la mesa.

Tal como lo imaginó, el camarero esperaba afuera y cuando él empezó a abrir la puerta ella exclamó, en tono excitado como si estuviera hablando con el marqués:

—¡Oh, déjeme a mí enviar la orden! ¡Es maravilloso de parte suya haber decidido eso! ¡Me siento tan feliz!

Se volvió hacia el camarero que esperaba junto a la puerta.

—Tenga la bondad de informar al capitán o al primer oficial, quien esté a cargo del barco en estos momentos —indicó—, que su señoría dice que como el tiempo está mejorando mucho, no haremos alto en Plymouth, sino que continuaremos hacia el sur, con la mayor rapidez posible.

Parecía tan feliz con la orden y su placer era tan contagioso, que sonrió al terminar de hablar y el camarero no pudo evitar el sonreír también.

—Daré ahora mismo la orden al primer oficial, señorita —dijo, y salió del salón, cerrando la puerta tras él.

Ola continuó hablando como lo hiciera antes, bajando la voz para aparentar las respuestas del marqués.

Entonces levantó la botella de clarete, se alejó de la mesa y vació su

contenido detrás del sofá.

Como ese mueble estaba también clavado al suelo, el vino derramado no sería descubierto nunca, pues sin duda alguna la madera lo absorbería.

Enseguida puso la botella vacía sobre la mesa y continuó hablando.

Cerca de una hora más tarde hizo sonar la campana por segunda vez y cuando el camarero acudió al llamado, ella le dijo con voz nerviosa, un poco titubeante:

—Su señoría se ha quedado... dormido... creo que tal vez está... muy cansado.

El camarero se acercó con rapidez a la mesa y Ola observó que miraba hacia la botella vacía antes de decir:

—Llamaré a Gibson, señorita. Supongo que usted querrá retirarse a su camarote.

—Creo que ésa es una buena idea —reconoció Ola—. Y muchas gracias.

Un poco más tarde oyó que el marqués era conducido en brazos hacia el camarote principal ubicado unos metros delante del de ella.

¡Cuando se metió en la cama, comprendió, con un leve sobresalto, que le había ganado la partida al marqués!

«Cuando despierte, será ya demasiado tarde para volver a Plymouth», se dijo.

Cerró los ojos, decidida a no preocuparse por lo que sucedería cuando despertara el marqués. Por el momento, lo único importante era dormirse.

* * *

El marqués se movió y sintió como si su cabeza estuviera llena de niebla, y caminara a través de la oscuridad.

Abrió los ojos con un esfuerzo y alguien se levantó del otro extremo del camarote y se acercó a él.

—Si está despierto, milord, tal vez su señoría desee algo de beber —oyó decir a Gibson y sintió que le ponían un vaso contra los labios.

Tomó unos cuantos tragos. Entonces se dio la vuelta, para decir en voz

ronca y petulante:

—¡Déjame... en paz... estoy... cansado!

* * *

Cuando despertó nuevamente, se dio cuenta de que el sol entraba a raudales por las claraboyas. Tenía la cabeza más despejada, pero su boca estaba muy seca.

De nuevo Gibson acudió a su lado y esta vez preguntó:

—¿Qué hora es?... ¿En dónde estamos?

—Vamos navegando por la costa de Portugal, milord.

Le tomó al marqués un momento asimilar lo que le habían dicho. Entonces, con un esfuerzo, aferrándose a su memoria que parecía tratar de escapársele, dijo:

—¿Portugal? ¡Querrás decir... Plymouth!

—No, milord. ¡Portugal! Ya pasamos la Bahía de Vizcaya. El marqués obligó a su mente a digerir la información. Y, con una voz un poco más fuerte, preguntó:

—¿Qué diablos estamos haciendo aquí? ¡Di órdenes de atracar en Plymouth!

—Tengo entendido que usted dio contra orden, milord, y le indicó al capitán que navegara hacia el sur, con la mayor rapidez posible. Hemos tenido el viento a nuestro favor y cruzamos la bahía a una velocidad increíble. Fue una lástima que su señoría no haya estado despierto para verlo.

Reinó un profundo silencio por un momento. Después el marqués preguntó:

—¿Me quieres decir que he estado dormido desde antes de llegar a Plymouth?

—Sí, milord. Jamás había visto a su señoría dormir tanto tiempo y tan profundamente —contestó Gibson—. Y nunca había sabido que el clarete, ni siquiera una botella completa de él, tuviera ese efecto.

—¿Estaba yo borracho? —preguntó el marqués.

—Me temo que sí, milord. ¡Y es la primera vez que veo a su señoría beber así!

—¿Cuánto tiempo tengo en estas condiciones?

—Tres días, milord.

—¡No lo creo! —El marqués se obligó a sentarse en la cama—. ¡Tres días! —repitió como si estuviera hablando consigo mismo. ¿Y crees eso posible con una botella de clarete?

—Su señoría no tomó nada más —contestó Gibson en tono defensivo. — El camarero dice que el brandy estaba intacto.

—¿Dormí tres días con una botella de clarete?

—Tal vez fueron dos botellas —concedió Gibson—. La que bebió su señoría durante la cena y otra después.

Al marqués le pareció, debido a que estaba sentado, que todo giraba en torno suyo. Volvió a recostarse.

—Hay algo extraño aquí, Gibson. ¡Muy extraño! En cuanto esté mejor, intentaré esclarecerlo todo.

—Sí, milord. Desde luego. Pero su señoría debe descansar hasta que se sienta recuperado.

El marqués guardó silencio por un momento. En el momento en que su ayuda de cámara se alejaba de la cama, preguntó:

—¿La jovencita!... ¿Cómo se llama?

—La señorita Milford, milord.

—¿Está aún a bordo?

—Sí, milord. Y está disfrutando de cada minuto del viaje. Sube a la cubierta al amanecer y no vuelve a bajar hasta que se ha metido el sol. Todos hemos comentado que nunca habíamos visto a una chica más feliz que ella.

El marqués se quedó inmóvil.

Empezaba a recordar todo lo que había sucedido.

El tenía la firme decisión de bajarla a tierra en Plymouth, y enviarla de regreso con su madrastra, para librarse de la responsabilidad de tenerla consigo.

Recordó, también, cómo se había ella enfurecido al principio, y lo acusó de ser un traidor. Después, de manera sorprendente, se mostró muy agradable, sobre todo durante la cena.

Con lentitud, porque requería un gran esfuerzo, trató de recordar cuanto habían hablado y todo lo sucedido.

Recordó el brindis que Ola propusiera y cómo, después de que él sirvió un poco de clarete en la copa de ella y había llenado la suya propia, a la joven se le había caído un broche debajo de la mesa.

El lo recuperó, ella le agradeció el servicio y después lo había incitado a beber hasta la última gota.

El marqués lanzó una leve exclamación.

Fue después de beber su copa de clarete y de sentir que tenía un sabor extraño que la oscuridad había descendido sobre él y no recordaba más.

El marqués era un hombre en extremo inteligente y aunque no creía que este tipo de situaciones, que parecían sacadas de una novela de Walter Scott, pudieran suceder en la vida real, se sintió seguro de que mientras él recogía el broche, Ola había adulterado su vino de alguna forma.

Pero ¿era posible que llevara ella una droga entre sus cosas?, se preguntó con cierta incredulidad.

Pero al pensar cómo se sintiera al despertar, con la cabeza adolorida y la mente ofuscada, recordó que ya se había sentido así en otra ocasión.

Fue poco después de que se había fracturado la clavícula durante una cacería y el doctor fue llamado a Elvin para atenderlo. Le había dolido intensamente cuando trataron de acomodar el hueso en su lugar.

Había lanzado gritos y maldiciones y el doctor abrió su maletín de cuero y sacó una botellita de la que sirvió una cucharada.

—Beba esto, milord.

—¿Qué es? —preguntó el marqués.

—Sólo láudano, para aminorar el dolor.

—¡Ése es remedio de mujeres! —exclamó despectivo el marqués.

—Nadie espera que las mujeres sean tan valerosas como los hombres respecto al dolor —contestó el doctor. Pero yo siempre he creído que no tiene objeto sufrir de manera innecesaria.

—Tiene usted razón —contestó el marqués.

El había tomado el láudano y descubrió que le ayudó a resistir el dolor, aunque a la mañana siguiente despertó con la cabeza pesada y la boca seca, como se sentía actualmente.

Por supuesto que eso era lo que Ola le dio: láudano. Se dijo a sí mismo que había sido un tonto al no sospechar que ella planeaba algo cuando se mostró tan agradable con él.

El sabía que estaba resuelta a no volver con su madrastra, como él estaba decidido a que lo hiciera.

«¡Condenada muchacha... ella ganó!», pensó el marqués con enojo.

Durmió a intervalos durante el resto del día. Cada vez que despertaba se sentía más y más iracundo de que Ola lo hubiera engañado.

Pero nada podía hacer por el momento, más que llevarla con él hacia el Mediterráneo.

Suponía que ya habían pasado Lisboa.

El próximo puerto civilizado que tocarían sería Gibraltar. Como era posesión británica, se necesitarían muchos requisitos y explicaciones si el Marqués de Elvington dejaba a una mujer joven y atractiva abandonada ahí, mientras él seguía navegando solo.

«Supongo que puedo bajarla a tierra en Marsella o en Niza», pensó y se preguntó si, en caso de decirle cuáles eran sus intenciones, ella encontrarla la forma de eludir una vez más sus planes.

Después de una noche de buen sueño se sintió notablemente recuperado y de mejor humor. Sólo seguía furioso contra Ola.

Se vistió y subió a la cubierta. Ya no se necesitaba abrigo ni impermeable para hacerlo. El sol era muy tibio y el mar reflejaba el azul del cielo.

—¡Buenos días, milord! —saludó el capitán tan pronto como lo vio aparecer—. Espero que su señoría esté mejor de salud.

El marqués estuvo a punto de contestar furioso que su salud estaba muy bien, pero que había sido drogado sin darse cuenta de ello.

Pronto comprendió lo humillante que sería decir una cosa así. Por lo tanto se limitó a comentar:

—Siento haberme perdido parte de la travesía, capitán. Gibson me dijo ayer en la mañana que tuvimos tiempo favorable por la Bahía de Vizcaya.

—¡Fue fantástico, milord! —contestó el capitán—. El viento era exactamente el que necesitábamos. El mar estaba muy tranquilo, después de la tormenta, y yo siento como si el invierno hubiese terminado ya y nosotros encontráramos la primavera.

—Sí, así es —reconoció el marqués, aunque pensó que el capitán parecía estarse volviendo romántico.

Debido a que el marqués pareció sorprendido, el capitán explicó con una sonrisa de disculpa:

—Ésas no son mis palabras, milord, sino de la señorita Milford. Todos hemos estado pensando que ella parece la primavera misma, y de eso no hay la menor duda.

El marqués siguió la dirección de la mirada del capitán y vio a Ola, a quien no había percibido antes.

Estaba sentada en una parte de la cubierta, protegida por un pedazo de superestructura. Se veía, aunque detestó admitirlo, muy primaveral y hermosa.

No llevaba sombrero y las luces de su cabello rojo parecían danzar bajo el sol. Sus ojos eran verde oscuro, como las olas cuando se estrellaban contra la proa del barco. Su piel era tan blanca que casi deslumbraba los ojos.

Cuando ella se dio cuenta de que él la estaba observando, levantó la mano a modo de saludo y la sonrisa de sus labios pareció darle la bienvenida.

El se preguntó cómo se atrevía a mostrarse tan tranquila, después de lo que había hecho; sin embargo, se dijo que ése no era el momento oportuno para las recriminaciones.

No se acercó a ella, sino que continuó hablando con el capitán. Al ver la velocidad con que se movía su yate, se sintió invadido de emoción. Casi contra su voluntad, se puso de buen humor.

—Hay un leve daño del que me gustaría hablar con usted, milord —observó el capitán, después de que el marqués había guardado silencio por un rato.

—¿Un daño?

—No es nada grave, milord, pero durante la tormenta dos de los tanques de agua se soltaron y golpearon uno contra el otro, volcando su contenido.

—¿Dos? —preguntó el marqués con voz aguda.

—Ya han sido reparados, milord; y están como nuevos, pero quedaron vacíos y he estado pensando si milord aceptaría que nos detuviéramos en una bahía que conozco, no muy distante, donde hay un manantial de agua dulce y cristalina.

—¿Ha estado usted ahí antes? —preguntó el marqués.

—Dos veces, milord. Una vez durante la guerra, cuando servía yo en un bergantín y nos quedamos sin agua. No sabe lo que nos alegramos de descubrir ese lugar. La segunda ocasión fue cuando capitaneaba yo el yate de «Lord Lutworth», milord. Su señoría no prestaba mucha atención al barco. Cuando le dije que los tanques de agua ya no servían, no me hizo caso. Se hicieron pedazos durante una tormenta que encontramos en la costa sur de Portugal.

—Eso sí fue lamentable —comentó el marqués.

—Muy pronto, milord, no teníamos una sola gota de agua en todo el barco.

—Eso no debe pasarnos a nosotros —dijo el marqués—. Así que anclaremos en su bahía, capitán. ¿En qué tiempo llegaremos ahí?

—En unas cuarenta y ocho horas, milord. Y tal vez le guste estirar un poco las piernas en la playa.

—Es una buena idea —reconoció el marqués.

Todo el tiempo que estuvo hablando, se sintió muy consciente de que Ola lo estaba observando. Ahora, casi como si ella lo obligara a hacerlo, caminó por la cubierta hacia donde ella estaba.

—¡Quiero hablar con usted, Ola! —dijo cuando llegó a su lado.

Vio cómo se apagaba la luz en los ojos de ella, mientras preguntaba en voz baja:

—¿Aquí o en el salón, milord?

—En el salón —contestó él y se dirigió hacia la escalerilla sin ayudarla a levantarse.

Ella se reunió con él minutos más tarde. Cuando entró en el salón, él observó que la expresión de sus ojos era de temor, aunque su cabello brillaba como un estandarte de desafío.

No esperó a que él hablara, sino que cruzó el salón, para irse a sentar en el sofá que casi siempre ocupaba, diciendo al mismo tiempo:

—Lo siento... lo siento muchísimo... yo sé que está usted... enfadado conmigo.

—¿Y cómo esperaba usted que estuviera? —preguntó el marqués.

—Tenía yo que salvarme de mi madrastra... y era la única forma en que

podía... hacerlo.

—¿Qué me dio usted?

—Láudano.

—¿Cuánto?

—Me temo que fue casi... una botella... bueno, un frasco pequeñito... pero yo sabía que era una... dosis muy fuerte.

—¡Podía haberme matado! —reprochó el marqués con voz aguda.

—No había la menor posibilidad de ello. Sin embargo, durmió muchas horas. Y me dio mucho gusto cuando llegamos a la costa de Portugal.

—Supongo que admite que su conducta es tan censurable e increíble, que encuentro difícil expresar mis conceptos respecto a ella.

—Ya le he dicho que lo lamento, pero era la única forma en que podía yo evitar que me enviara a casa, a menos que me arrojara yo por la borda. Y pensé seriamente en hacerlo...

—Usted no me impresiona con sus actitudes dramáticas.

—Yo lo sé. Y como he abusado de su hospitalidad, estoy dispuesta a irme en cuanto lleguemos al sur de Francia.

—Eso es muy bondadoso de parte suya —dijo el marqués en tono sarcástico—. Y supongo que se enfrenta usted a las mismas dificultades de antes: no tiene dinero ni adónde ir.

—Ya se lo dije... voy a París.

—¡Oh, por Dios santo! —exclamó él en tono irritado—. No vamos a discutirlo otra vez. Por el momento será mejor que no hablemos de eso, porque si usted insiste, voy a sentirme inclinado a darle la azotaina que tiene bien merecida.

Ella lanzó una leve exclamación, pero no respondió y el marqués continuó diciendo:

—Es evidente que sería un castigo que nunca le dieron cuando era pequeña. El exceso de libertad a su fértil imaginación, sólo la ha perjudicado.

No habló ya enfadado, sino en ese tono amargo y sarcástico que Ola consideraba tan hiriente como si hubiera usado en realidad el látigo con que la estaba amenazando.

De pronto, mientras pensaba en la respuesta, Ola se echó a reír con suavidad.

—Fui muy astuta, ¿no le parece? —preguntó—. Estaba realmente desesperada... pensando en cómo evitar que usted me bajara en Plymouth. El camarero me preguntó si traía láudano conmigo porque al capitán le dolía una muela.

—Y usted se negó a ayudar al capitán, ¿no es cierto?

—Me negué porque me había olvidado que lo traía en mi baúl. Lo recordé y de pronto se me ocurrió una manera de evitar que usted me mandara a casa desde Plymouth y de conseguir que me trajera al sur con usted.

Vio la expresión acerada en los ojos de él y en un impulso puso la mano en su brazo.

—Por favor... perdóneme... sigamos conversando como lo hicimos antes. Fue tan emocionante para mí... tan diferente de... cualquier cosa que hubiera yo hecho antes... y aunque yo sé que no va a admitirlo... usted pareció... disfrutar también de nuestras charlas.

El marqués miró los ojos verdes, implorantes, y a pesar de su resolución de mantenerse firme y muy disgustado, sintió que empezaba a ceder.

—Estoy en extremo disgustado con usted —dijo—, pero quizá no puedo hacer otra cosa más sino aceptar esta absurda situación que, incidentalmente, es en extremo reprensible desde el punto de vista de su reputación.

—Yo dejé de preocuparme de mi reputación hace mucho tiempo —contestó Ola. ¿Quién va a saber y a quién le va a importar dónde estoy yo, excepto a mi madrastra, quien debe tener miedo de que me encuentren, porque eso le impedirá disfrutar sola de mi fortuna?

—Es su fortuna, como usted la llama, la que está en el fondo de todos sus problemas —opinó el marqués.

—Por supuesto que así es. Estuve pensando que si papá hubiera tenido un hijo, yo no sería tan rica, y así nadie se preocuparía por mí. ¡Que eso sea una lección para usted! Cuando tenga, familia, procure tener muchos hijos.

—Yo puedo simplificar aún más las cosas: no voy a casarme, ni voy a tener hijos.

Habló con amargura y sin pensar, simplemente porque la idea del matrimonio lo hizo recordar una vez más a Sarah.

Al hacerlo, se le ocurrió que cuando estuvo inconsciente y el día de hoy

desde que despertara, no había pensado una sola vez en ella.

—Yo he decidido, también, no casarme nunca —comentó Ola—. He sido demasiado dominada por los demás en mi vida. ¡Un marido podría, con facilidad, ser peor que mi madrastra, peor que Giles y peor que usted!

—¡No puede pasar sola el resto de su vida! —comentó el marqués.

—Tendré amigos —contestó Ola—. Los amigos son más soportables que los parientes y los maridos.

—¡No diga tonterías! —exclamó el marqués con brusquedad—. Por supuesto que necesitará casarse, y cuanto más pronto lo haga, mejor.

—¿Y que me ordene mi marido cuanto tenga yo que hacer?

—Sin duda alguna. Y usted tendrá que obedecerlo.

—¡Me niego de forma rotunda! —Entonces sonrió con cierta malicia y agregó—: Aunque me atrevo a decir que siempre me ingeniaré para salirme con la mía, de un modo o de otro.

—Puedo creer eso, y su futuro esposo cuenta con mi más profunda conmiseración.

El vio que los ojos de ella brillaban alegremente y tuvo la impresión de que no lo estaba tomando en serio y se sentía tan aliviada de que no estuviera realmente enfadado con ella, que se estaba riendo de su impotencia.

—¡Es usted una chiquilla malcriada hasta un extremo irritante! —dijo el marqués—. Sólo Dios sabe qué será de usted en el futuro, pero me niego a dejar que eso me preocupe —extendió la mano e hizo sonar la campanita—. Voy a tomar una copa de champaña. ¿Quiere acompañarme?

—Eso suena emocionante —repuso Ola—, especialmente para mí.

—Usted debe haber bebido champaña antes.

—Sí, pero no en el mar, ni en un yate magnífico, en compañía de un noble —contestó Ola—. ¿Cuál podría ser mejor inicio para una dramática historia de aventura y romance?

Por un momento la miró colérico. Después se echó a reír.

El tenía razón. Aquella muchacha era incorregible y nada podía hacer al respecto.

Pensó que nunca en su vida esperó encontrarse con una mujer que actuara de forma tan escandalosa y al mismo tiempo lo hiciera reír con su conducta.

—¡Una botella de champaña! —ordenó al camarero.

Cuando llegó la botella, el camarero la descorchó frente a él y sirvió una copa al marqués y otra a Ola.

Cuando se marchó el hombre, el marqués exclamó:

—No tengo intenciones de perder de vista esta copa ni un momento antes de beberla. Por lo tanto, si algo se le cayera al suelo, tendrá que recogerlo usted misma.

—Tenía mucho miedo —admitió Ola—, de que usted se considerara demasiado importante para inclinarse a buscar mi broche. Pensé que llamaría a un camarero para que lo hiciera y en ese caso todo habría sido mucho más difícil para mí.

—Es algo que recordaré hacer en el futuro —afirmó el marqués—, sobre todo si hay alguien como usted cerca.

—Está usted a salvo conmigo ahora. Nunca haría una cosa tan poco imaginativa como usar el mismo truco dos veces.

—Usted no empleará más patrañas conmigo —sostuvo el marqués—. Dejemos una cosa muy en claro: ¡la próxima vez la arrojaré por la borda!

—Le advierto yo otra: ¡Sé nadar! —replicó Ola—. Y llegaré a la playa o esperaré a que me rescate otro yate. Con mi buena suerte, viajará a bordo un apuesto y rico duque soltero. ¡Intento subir un peldaño en cada ocasión!

El marqués se echó a reír una vez más.

—Quizá debemos conformarnos con una vida más tranquila, menos agitada, cuando menos hasta que lleguemos al sur de Francia.

Se hizo el silencio, hasta que Ola preguntó con una vocecita apenas audible:

—Entonces... ¿qué hará... conmigo?

—No lo he decidido aún —contestó el marqués—, pero, desde luego, mucho dependerá de cuál sea su conducta.

—Procuraré comportarme de la mejor manera —contestó Ola—, y tal vez si soy... —Se detuvo antes de añadir con rapidez—: No, no voy a decirlo, porque es de mala suerte.

—Tiene razón, podría ser de muy mala suerte —reconoció el marqués—. Pero debe prometerme que no habrá más trucos y jurarme que no tiene drogas, venenos o armas letales de ningún tipo entre sus pertenencias.

—Muy bien, se lo prometo —asintió Ola—. ¿Y sabe qué he estado

haciendo mientras usted dormía?

—No.

—He estado leyendo sobre las proyectadas Leyes de Reforma. Encontré muchos documentos al respecto en un cajón de su escritorio —ella levantó la mirada hacia él con rapidez y preguntó—: No le importa que los haya leído, ¿verdad?

—Supongo que, como no se logra ningún tipo de intimidad en lo que a usted respecta, tendré que aceptar sus atrevidos métodos. Me doy cuenta de que no hay nada privado para su insaciable curiosidad.

—Si hubiera encontrado cartas de amor o cosas así —protestó Ola—, por supuesto que no habría pensado en leerlas, ni en abrirlas siquiera. Pero los folletos impresos son diferentes. Podía yo ver con toda claridad lo que eran.

El marqués renunció al intento de explicarle que ninguno de sus huéspedes, fueran quienes fuesen, se atrevería a hurgar en los cajones de su escritorio.

Se limitó a decir:

—Me interesaría conocer su opinión sobre lo que se ha propuesto hasta el momento de reformas a las leyes existentes. Sin duda habrá leído ya todas las proposiciones que se han hecho.

—Con toda franqueza, no me pareció que llegaran tan lejos como es necesario —expresó Ola.

De pronto, casi a pesar de sí mismo, el marqués se encontró defendiendo al gobierno y refutando la tesis de la joven, quien sostenía que se estaba haciendo «demasiado poco y demasiado tarde», como si estuviera hablando con un hombre de su propia edad.

Capítulo 5

El "Lobo de Mar" entró en una pequeña bahía rodeada por altos acantilados. Se elevaban tanto así, que parecían como una montaña que surgiera de una pequeña playa arenosa. Ola, atenta a cada movimiento del yate, lanzó una exclamación de deleite cuando el ancla fue arrojada hacia el fondo del mar.

—¡Qué lugar tan precioso! —comentó al marqués—. Quisiera que pudiéramos nadar en esta agua cristalina.

—Descubriría usted que es agua helada —contestó él—. Además, el mar puede ser muy traicionero en esta época del año.

—Siempre hay alguna excusa para no poder hacer lo que quiero —dijo Ola con un mohín y él se echó a reír.

—No intento compadecerme de usted. Ya se ha salido con la suya demasiadas veces.

Ella le dirigió una mirada traviesa por debajo de sus pestañas. El comprendió que se mostraba provocativa de una forma a la que él ya estaba acostumbrándose, aunque todavía le resultaba por momentos incomodísima y otras, intrigante.

Los marineros habían hecho descender un bote al agua. Mientras Ola y el marqués bajaban a él por una escalerilla de cuerdas, otros hombres subían los tanques de agua vacíos del fondo del barco.

—Quiero ver el manantial —dijo Ola, cuando remaban hacia la playa.

Fueron primero al manantial que resultó ser, en realidad, decepcionante.

Sólo una pequeña cantidad de agua fluía de la piedra oscura; sin embargo, cuando probaron el agua, el marqués comprendió que el capitán tenía razón al decir que era pura y cristalina.

—Si fuéramos un tanto osados —comentó Ola—, estableceríamos aquí un centro de veraneo y venderíamos el agua a gente con toda clase de padecimientos, la mayoría de los cuales son imaginarios.

—Creo que los españoles no estarían muy de acuerdo con la idea —contestó el marqués con una sonrisa.

Se alejaron del manantial y caminaron por la arena suave y dorada. Ola levantó la vista hacia los acantilados y murmuró:

—Imagínese cuán maravilloso panorama debe tenerse desde lo alto. Podrá dominarse no sólo el mar, sino también la tierra. Yo siempre he querido conocer España.

—¿Sugiere usted que subamos a ellos? —preguntó el marqués.

—¿Por qué no? —preguntó Ola—. Sería muy buen ejercicio después de haber permanecido encerrados en el yate por tanto tiempo.

—Confieso que añoro mis cabalgatas diarias —reconoció el marqués—, pero ¿no considera que sería un ascenso difícil para usted?

Ola no contestó por un momento. Estaba mirando pequeños senderos que subían por un lado del acantilado y que ella pensó que debían haber sido hechos por cabras montaraces.

Entonces, con una sonrisa, exclamó:

—¡Ése es un desafío! Y como yo siempre acepto cuantos me hacen, estoy dispuesta a apostar una carrera con usted hasta la cumbre.

—¡No diga tonterías! Eso sería demasiado para usted. Si gusta, puede sentarse en la arena, para verme subir un tramo. Yo le diré lo que se ve desde el lugar al cual llegue.

—No voy a decirle lo que pienso de esa sugerencia —contestó Ola—, porque sería descortés de parte mía. Tengo todas las intenciones del mundo de subir por el acantilado. Yo traigo zapatillas bastante cómodas. Creo que a usted le resultará más difícil el ascenso con sus botas altas.

—Es posible que resulten incómodas, pero le aseguro que tengo pies muy firmes y si usted se desmaya en el camino, estoy dispuesto a bajarla en brazos.

—¡Usted me insulta! —exclamó Ola.

Bajó su sombrilla al decir eso y miró hacia el acantilado, para buscar con la vista el mejor lugar para iniciar el ascenso.

No había usado sombrero durante el viaje por la simple razón de que tenía sólo el que usó para viajar. Cuando se sentaba en la cubierta, se cubría el cabello con una estola de gasa o, si hacía mucho sol, se protegía con una pequeña sombrilla.

No tenía que preocuparse mucho por su cutis; sin embargo, como el marqués observara, tenía una cierta cualidad de magnolia, que era la rara prerrogativa de algunas pelirrojas.

No se oscurecía con el sol y aunque ella estuvo en la cubierta con viento, lluvia y sol, aún tenía esa deslumbrante blancura que hacía tan fuerte contraste con el tono intenso de su cabello.

El marqués supo muy bien por qué las mujeres debían no sólo envidiarla, sino detestarla, porque debía ser imposible que un hombre no se fijara en ella, dondequiera que estuviera.

Habría sido muy simple descartarla diciendo que tenía un aspecto demasiado teatral, pero ésa habría sido una crítica muy superficial de su apariencia, que era mucho más sutil que eso.

Tenía, pensó el marqués, el mismo colorido y la belleza casi espiritual que él había visto en un cuadro.

De pronto comprendió dónde había visto ese color de cabello anteriormente. Era un cuadro de su propiedad pintado por Rubens y representaba el retrato de la Marquesa Brígida Spinola Doria. El siempre pensó que no sólo era preciosa, sino que sus rizos rojizos debían ser suaves y sedosos al tacto, y al mismo tiempo llenos de vitalidad.

Estaba cierto de que el cabello de Ola debía sentirse así. Súbitamente se reprochó que él nunca había admirado sino a mujeres rubias, con ojos azules, como Sarah.

De manera extraña, ahora, cuando pensaba en ella, ya no sentía ese dolor lacerante en el corazón, ni aparecía la cortina roja frente a sus ojos. Sus manos ya no se cerraban en puños apretados como si deseara golpear a alguien.

Sentía que Sarah, como Inglaterra, habían quedado muy distantes.

Cuando Ola hablaba con él de cosas interesantes, lo hacía explayarse en sus temas favoritos y como lo escuchaba con una expresión arrobadora en los ojos que le revelaba que estaba genuinamente fascinada por lo que él estaba diciendo, Sarah dejaba de tener importancia.

Al mismo tiempo, cuando el sol brillaba con tanta intensidad y el yate que él mismo había diseñado mostraba lo asombrosamente fácil que era conducirlo, sentía que era inútil recordar lo ya terminado.

Ahora se sintió divertido por la insistencia de Ola de que debían subir al acantilado. Estaba seguro de que ella no tardaría en encontrar el ascenso demasiado pesado para sus fuerzas.

Los dos empezaron a subir al mismo tiempo, uno a poca distancia del otro. Saltando por entre las piedras y siguiendo el pequeño sendero serpenteante.

El marqués era un hombre de extraordinarias condiciones. Esto se debía no sólo a que siempre que estaba en Londres, o en el campo, montaba uno de sus briosos caballos todas las mañanas.

No se había molestado en mencionarlo a Ola, pero era un experimentado púgil y practicaba con frecuencia en el gimnasio al que acudía con regularidad, con varios amigos.

Era también un buen espadachín y aunque los duelos con pistola estaban más de moda, la esgrima era todavía un pasatiempo que el marqués practicaba con gran habilidad.

En general, se sentía muy orgulloso de ser tan fuerte y no tenía intenciones de volverse obeso y débil, por un exceso de bebida y una vida disipada, como había sucedido a tantos de los nobles que rodearon al anterior monarca.

El actual Rey había cambiado hasta el estilo de comer y eliminó esos largos banquetes, con un número interminable de platillos, que pusiera de moda Jorge IV.

Había ahorrado 14 mil libras al año despidiendo a la Banda Alemana de su hermano y sustituyéndola con una banda británica, un sustituto patriótico, aunque con menor habilidad artística.

Había despedido, también, al escuadrón de cocineros franceses que seguían al monarca anterior de una residencia a otra.

Ésta era una economía que era deplorada por muchos de los comensales de la mesa real.

—Lo encuentro detestable y deprimente —comentó un estadista al marqués, mientras que Lord Dudley, quien era célebre por gruñir a pleno pulmón y causaba momentos embarazosos al hacerlo, exclamó:

—¡Qué cambio, señores, qué cambio! ¡Patés fríos y champaña caliente!

Pero aunque los compañeros habituales del Rey sufrían, el público se sentía feliz de que Guillermo IV hubiera renunciado a todos los lujos, despilfarros y extravagancias característicos de la forma de vida de su hermano.

Vitorearon al enterarse de que los yates reales habían sido reducidos de cinco a dos, las caballerizas eran ahora de la mitad de su tamaño y que un centenar de aves exóticas y animales salvajes que fueran la delicia de Jorge IV, fueron entregados a la Sociedad Zoológica.

El Rey era aclamado por doquier y en realidad había muy pocas personas que no Admitieran que era un cambio necesario desde mucho tiempo atrás.

Mientras el marqués ascendía con paso firme por la orilla del acantilado, se dijo que por el momento era un alivio estar lejos de Londres, libre de todas las quejas y críticas que de manera inevitable surgían entre quienes encontraban al Rey muy diferente, en todos sentidos, del anterior monarca.

Por una parte, el marqués, en extremo diplomático, cuando estaba en misión oficial, consideraba peligrosas las indiscreciones cometidas por el Rey Guillermo.

Se sobresaltó, junto con los ministros, cuando Guillermo se había referido al Rey de Francia como «un pillo infame».

El Duque de Wellington había dirigido al Rey una rígida reprimenda que lo mantuvo callado por algunas semanas, pero era incontrolable por mucho tiempo. En otra ocasión, en que estaba enfadado por la forma en que los francés estaban manejando la situación, inició un banquete militar en el Castillo de Windsor, expresando las esperanzas de que si sus invitados tenían que desenvainar las espadas, lo hicieran contra los franceses, enemigos naturales de Inglaterra.

«Merezco unas vacaciones», se dijo el marqués. Recordó cómo había sido tarea suya calmar los sentimientos ofendidos del embajador de Francia.

De pronto, se dio cuenta de que estaba tan hundido en sus pensamientos que no se percató de que Ola lo había rebasado.

Se dijo que no tardaría mucho en cansarse. Al mismo tiempo, apresuró un poco el paso para darle alcance.

—Tenga cuidado —le advirtió—. Si resbala, rodará varios metros y sin duda terminará con la cabeza y una pierna rotas. Ella sonrió un poco.

—Deje de estar gruñendo —dijo—. Tengo los pies tan seguros como un antílope. Por cierto, ése es un animal que me gustaría ver.

—Se encuentran más tierra adentro —contestó el marqués.

—¿Usted conoce España?

—He estado en Madrid y en Sevilla.

—¡Qué afortunado es usted! Yo estaba pensando, mientras subía, que si hubiera sido hombre, habría sido explorador. ¿Qué objeto tiene permanecer estático, cuando uno puede viajar por todo el mundo, descubriendo lugares fascinantes donde el hombre blanco no ha estado jamás?

—¡Ésa no sería una vida apropiada para una mujer! —comentó el marqués con disgusto.

Ella lo miró; avanzó hacia la cumbre del acantilado con pasos tan presurosos que él tuvo que hacer un gran esfuerzo para darle alcance.

De pronto, apareció ante su vista una roca plana y cuando llegaron a ella, casi al mismo tiempo, Ola lanzó una pequeña exclamación:

—¡Mire! ¡Cavernas! ¡Qué emocionante!

El marqués dio un paso hacia la piedra plana y sintió que su respiración era agitada, a causa del ejercicio y que el ascenso había estimulado todos y cada uno de sus músculos.

Le asombró ver que en Ola el único signo exterior del esfuerzo que había realizado eran las manchas de musgo y líquenes que había en su vestido, y se produjeron al roce de éste con las piedras.

La joven miraba con ojos muy abiertos las cuevas que aparecían detrás de ellos, como grandes aberturas oscuras. Enseguida se volvió para mirar hacia el mar.

Abajo, podían ver el yate anclado y los hombres que llevaban un barril de agua, que habían llenado en el manantial, hacia el barco.

Más allá de ellos se extendía un hermoso panorama de un brillante mar

azul que, bajo los rayos del sol, parecía perderse hasta esa distancia indefinible donde el horizonte se encontraba con el cielo.

—¡Es precioso! ¡Definitivamente precioso! —suspiró Ola.

—Estoy de acuerdo con usted... —empezó a decir el marqués.

—Me gustaría saber... —dijo Ola, pero entonces lanzó un pequeño grito que fue ahogado cuando, repentinamente, una mano áspera le cubrió la boca y ella fue levantada en vilo.

Alguien la llevaba hacia la oscuridad de una cueva.

Por un momento no pudo pensar qué era lo que estaba sucediendo. Al forcejear, se dio cuenta de que las manos que la retenían eran fuertes, haciendo imposible cualquier resistencia de su parte. Sólo pudo preguntarse, con desesperación, hacia dónde la llevaban.

No tuvo que esperar demasiado para obtener respuesta, puesto que el pasaje oscuro, y en declive, por el que iba siendo conducida se abrió de pronto hacia lo que era una gran caverna iluminada por antorchas y con una buena fogata de leña ardiendo en uno de sus extremos.

Fue depositada en el suelo, pero no pudo hablar, porque la mano seguía cubriéndole la boca.

Podía ver, sin embargo, vio parado en el centro de la cueva a un hombre con la imagen popular de un bandido, y resultaba difícil creer que fuera real.

Tenía cabello largo, oscuro y grasoso, un mostacho que descendía a los lados de su boca, y llevaba un pañuelo de colores brillantes atado a la cabeza.

En una ancha banda roja que rodeaba su cintura había varios cuchillos de empuñadura decorada. En la mano sostenía una anticuada pistola.

Alrededor de la caverna se veían numerosos hombres vestidos de forma similar a él. La única diferencia era que la mayor parte de ellos sostenían cuchillos en las manos en lugar de pistolas.

Era evidente que el marqués se había resistido, porque Ola tenía varios segundos en la cueva antes que fuera llevado a rastras al interior de ella, por tres hombres.

Un cuarto hombre estaba ocupado sólo de tener cubierta la boca del marqués, para que éste no pudiera hablar. Ola comprendió que los bandoleros temían que si gritaba, a pesar de la altura en la que se encontraban, pudiera llamar la atención de los marineros del yate.

El marqués, al ver al jefe de los bandoleros con la pistola cargada en la mano, comprendió que era inútil resistirse y se mantuvo quieto, aunque sus captores lo siguieron reteniendo con firmeza y ahora el hombre que estaba detrás de él le cubrió la boca con ambas manos.

El jefe miró al marqués de arriba abajo y después volvió su atención hacia Ola.

—¿Qué estás esperando? —preguntó uno de los hombres—. ¡Mátalo y dame sus botas!

—A mí me hace falta la chaqueta que lleva puesta —intervino otro—, ¡y apuesto a que trae oro en los bolsillos!

El jefe levantó la pistola y le quitó el seguro. Ola vio una expresión de deleite en los ojos de sus secuaces, que parecían excitados ante la idea de ver morir a un hombre.

Ella no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Pero el jefe de los bandoleros estaba ya apuntando y ella comprendió que iba a matar al marqués, quien estaba indefenso.

Con desesperación, mordió con fuerza la mano que le cubría la boca y tomó por sorpresa a su captor. Éste había estado demasiado ocupado viendo lo que iba a hacer el jefe, para ocuparse de ella. Cuando él retiró la mano, ella empezó a decir, en español porque los hombres habían estado hablando en ese idioma:

—¡No, no, señor, espere un momento, escúcheme!

Su voz retumbó potente en la caverna y el jefe de los bandoleros la miró sorprendido.

—Tiene que escuchar lo que voy a decirle —continuó Ola—, porque, si usted mata a este noble sin escucharme primero, cometerá un grave error y perderá mucho dinero.

Habló con lentitud, aunque tenía que hacer un esfuerzo para no dirigirse a gritos a aquellos infames malhechores.

Sin embargo, se había dado cuenta al oírlos que su español no era el castellano puro que aprendiera en la escuela y que talvez les costara trabajo entenderla.

Pensó, y no se equivocó al hacerlo, que el jefe de los bandoleros era un hombre de mejores modales que sus seguidores.

—¡Ah, ya veo que habla usted nuestro idioma, señora! ¿Qué es de usted este hombre... su esposo?

—Eso no importa —contestó Ola—, lo que deben ustedes saber es que es muy rico. Sin duda no les interesan tanto sus botas, ni su chaqueta, como el oro que trae a bordo de su barco y que los haría ricos para el resto de su vida.

El jefe y el resto de los bandoleros la estaban escuchando, como si los tuviera hipnotizados. De pronto el jefe se echó a reír.

—Pinta usted un cuadro muy bonito, señora —comentó—, ¿y cómo sugiere usted que recojamos ese oro? ¿Debemos pedírselo a los marineros?

—¡Ellos estarían dispuestos a dárselo a cambio de la vida de su amo!

—Lo más probable es que nos dieran de balazos, señora —contestó el bandido—. No, su idea es poco práctica. He visto barcos anclar aquí, pero es la primera vez que alguien que viaja en ellos es lo bastante osado como para invadir mi propiedad.

—En ese caso, le pedimos disculpas, señor —expresó Ola—, y le aseguro que si este caballero les da su palabra de honor, los recompensará de forma generosa por permitirnos regresar a salvo.

Mientras ella hablaba, el malhechor la miraba con escepticismo. Ola se apresuró a añadir:

—Sin duda alguna yo no tengo que explicar a un español que un noble jamás faltaría a su palabra, como ustedes no faltarían a la suya.

—Es usted muy elocuente, señora —observó el jefe—, pero mis hombres no quieren dinero. No están hambrientos, porque la cala abunda por estos lugares. Y si queremos una oveja o un succulento cerdo para comer, los granjeros de la comarca nos tienen demasiado miedo para impedir que lo tornemos. No, señora, lo que mis hombres desean son botas elegantes, una chaqueta que los proteja de la lluvia, tal vez algunas joyas que un hombre pueda lucir en las orejas o en los dedos.

—Yo puedo prometerles hermosas joyas —intervino Ola con rapidez—. Tengo muchas de ellas en el yate: diamantes, zafiros, perlas. Si ustedes me llevan ahí, se las daré con gusto.

Se hizo el silencio y pensó que tal vez había impresionado al rufián, aunque no estaba segura de ello.

Cuando menos la escuchó y la miraba ahora, como si estuviera

considerando su proposición, indeciso de aceptarla o rechazarla.

Uno de sus seguidores se levantó de donde estaba sentado, se acercó a él y le murmuró algo al oído.

Ola hubiera querido escuchar sus palabras, pero era imposible.

El jefe movió la cabeza de arriba abajo, después de un lado a otro como si estuviera negando algo, y después otra vez de arriba abajo, en señal de asentimiento.

Ola miró al marqués y pensó que si se miraban entre ellos, ella sabría si él estaba aprobando o no lo que ella estaba tratando de hacer.

Pero él observaba a los dos hombres que hablaban en voz baja en el centro de la caverna. La joven sintió que el corazón le palpitaba de miedo y comprendió la angustiada situación en la que se encontraban.

Había varios hombres en la caverna y a ella le parecieron más feroces y, en cierta forma, más aterradores que cualquier criatura que hubiera imaginado en sus más espantosas fantasías.

Estaba segura de que sembraban el terror en toda la comarca y que para ellos el asesinato era una cosa tan común como matar a los animales salvajes que querían comerse.

Recordó que le habían contado muchas historias de las bandas de rufianes que asolaban a los viajeros en toda Europa. Jamás les había prestado mucha atención.

Las muchachas del convento relataban cómo sus familiares o amigos fueron asaltados por bandidos, aun en los caminos más importantes, y cómo para salvar la vida habían tenido que entregar cuanto de valor llevaban consigo.

Pero estos bandoleros parecían diferentes.

Ella comprendía que si habitaban en una caverna como aquélla en la que estaban ahora, el dinero no debía significar mucho para ellos.

Tal vez el llevar una vida salvaje y al margen de las leyes, les resultaba más atractivo que las posesiones materiales.

Con desesperación, Ola empezó a comprender que su ofrecimiento de lo que podrían obtener a cambio de la vida del marqués no era muy interesante para ellos y dijo con ansiedad:

—¡Señor, tengo otra idea!

El jefe estaba en el proceso de mover la cabeza de un lado a otro ante algo que había dicho su seguidor, y ahora se volvió hacia ella:

—¿Cuál es?

—¿Qué les parece si uno de nosotros, este noble o yo misma, volvemos al yate para reunir lo que a ustedes les interesa: ropa, comida, botas, oro, joyas? Pondremos todo en la playa, donde ustedes puedan verlo con toda claridad. Después, cuando el segundo prisionero sea liberado, el yate... puede irse... de aquí, y ustedes se quedarán con todo.

Su voz se hizo un poco titubeante al comprender que ella no había convencido al hombre. Añadió:

—¿Qué tienen que perder con probar la idea? No podrían ser identificados, nadie podría dispararles y tendrían todo cuanto desean.

Le pareció, aunque no podía estar segura, de que había un rumor de aprobación procedente de los hombres que escuchaban.

—Es, demasiado complicado —habló el jefe con voz aguda.

Y, de cualquier modo, ¿por qué vamos a confiar en ustedes? Los tenemos ya aquí. El hombre morirá y usted se quedará con nosotros.

Por un momento Ola no comprendió lo que él quería decir.

Entonces, con una sonrisa desagradable en los labios, él añadió:

—No tenemos mujeres entre nosotros en este momento y algunos de mis hombres la consideran atractiva, señora.

Ola lanzó un pequeño grito de horror.

—¡No! ¿Creen ustedes que yo... me quedaría, aquí?

—No tiene otra alternativa —repuso el bandolero.

Al decir eso levantó de nuevo la pistola y Ola, con una fuerza repentina que sorprendió a sus captores, se liberó de éstos y corrió hacia el marqués.

Se colocó frente a éste, entre él y el bandolero y dijo al hacerlo:

—¡Si usted dispara, tendrá que matarme primero a mí! ¡Son unos asesinos y la maldición de Dios caerá sobre ustedes, tarde o temprano!

Las palabras provocaron un grito de protesta de los seguidores del bandolero.

En ese momento el marqués forcejeó desesperadamente con sus captores y logró liberar su boca de las manos que la cubrían.

—¡Malditos sean! ¡Sí, malditos sean! —gritó en español, con gran

sorpresa de Ola.

El se dedicó a forcejear con los hombres que lo retenían, mientras Ola permanecía entre él y el jefe con su pistola cargada. Sabía que si se apartaba de ahí, él dispararía. Al mirar hacia el forcejeo que estaba teniendo lugar junto a ella, vio que uno de los bandoleros sacaba un cuchillo de su cinturón y lo había levantado para clavarlo en el pecho del marqués.

Sin pensar, o ponerse a considerar siquiera lo que estaba haciendo, Ola se arrojó hacia el brazo del hombre, empujando la larga y afilada hoja del cuchillo hacia arriba.

Asimismo, comprendió que no tendría las fuerzas suficientes para evitar que el marqués muriera. En el momento mismo en que se dio cuenta de eso hubo una repentina explosión, que la hizo pensar que le rompería los tímpanos.

Al mismo tiempo sintió que el cuchillo del hombre descendía sobre ella y rasgaba la carne de su hombro.

Al desplomarse al suelo hubo más explosiones y el ruido de ellas pareció producir una oscuridad que la cubrió de forma absoluta...

* * *

El marqués abrió la puerta del camarote con todo cuidado y avanzó hacia la cama. Gibson, que estaba sentado en una silla junto a ella, se puso de pie.

—¿Cómo está? —preguntó el marqués en voz baja.

—Tiene mucha fiebre, milord, y no ha recuperado el sentido, como era de esperarse.

—Me pareció que escuchaba yo su voz durante la noche —dijo el marqués.

—Estuvo delirando, milord, palabras incoherentes.

—Yo me quedaré con ella ahora. ¡Vete a descansar, Gibson, es una orden!

—Gracias, milord, pero me siento bien. Estoy acostumbrado a dormir poco.

—Tú cuidarás a la señorita Milford nuevamente esta noche, a menos que me permitas hacerlo a mí.

—Sí, yo me quedaré con ella, milord, como habíamos arreglado. Si se queda ahora usted, haré lo que dice y me iré a cerrar los ojos un rato.

—Me parece muy bien —repuso el marqués—. Si tiene sed, ¿hay algo para darle de beber aquí?

—Sí, milord. Hay limonada en una jarra y agua sola en otra.

—¡Esa agua que estuvo a punto de costarnos la vida! —murmuró el marqués, casi hablando para sí.

Gibson no contestó.

Sólo dio una última mirada a Ola, para ver si no había nada más que hacer y entonces salió del camarote.

El marqués contempló a Ola, quien había quedado a cargo de él, y pensó en que ambos habían sido muy afortunados por haber salido vivos de la experiencia. El había estado seguro, en varios momentos, de que no había esperanza para ninguno de los dos.

Comprendía ahora que se debió al valeroso esfuerzo de la joven por tratar de salvarle la vida, lo que permitió a los marineros subir por el acantilado y presentarse en la cueva en el momento oportuno para balacear al jefe de los bandoleros y a seis de sus hombres, antes que el resto de la pandilla lograra escapar.

—Yo me culpo de lo sucedido, milord —había dicho el capitán, cuando el marqués llegó sano y salvo al yate y habían logrado bajar a Ola, con extrema dificultad, porque estaba inconsciente, de la roca plana situada ante las cavernas.

De hecho, necesitaron bajarla con cuerdas y el marqués temía que cualquier movimiento brusco hiciera sangrar su hombro herido más de lo que estaba sangrando ya y que ella muriera por pérdida excesiva de sangre.

—¿Por qué se culpa usted? —preguntó el marqués.

—Nunca se me ocurrió que su señoría y la señorita subirían por el acantilado. Cuando ustedes iniciaron el ascenso yo estaba en la parte baja del yate, asegurándome de que colocaran bien los depósitos del agua al traerlos, para que no volvieran a soltarse, sin importar cuán fuertes tormentas encontráramos en nuestro recorrido.

El marqués hizo un movimiento de aprobación con la cabeza y el capitán continuó diciendo:

—Cuando los vi ya en la parte alta, recordé que la última vez que estuve aquí, en esta bahía, me advirtieron de la presencia de bandoleros españoles por aquí. «¡Son tipos perversos!» me dijo uno de los marineros del yate de Lord Lutworth. «Le cortan a uno primero la cabeza y después le preguntan su nombre. Y algunos de ellos están armados con pistolas y mosquetes».

—Y cuando recordó eso, ¿qué hizo? —preguntó el marqués.

—Envié a un hombre a una parte alta del barco con un catalejo, milord, para que siguiera el recorrido de ustedes. Cuando gritó que los estaban arrastrando hacia las cuevas, me hice cargo de lo demás.

—Fue un acto de la Providencia, que usted actuara con tal prontitud. Eso nos salvó la vida.

—Nunca me hubiera perdonado si no llegamos a tiempo afirmó el capitán.

—¡He estado cerca de la muerte muchas veces en mi vida —contestó el marqués—, pero esta vez fue tan cerca así, que no quisiera volver a encontrarme nunca en una situación similar!

—Yo sólo puedo dar gracias a Dios de que usted y la señorita Milford hayan vuelto sin graves daños —confesó el capitán con sinceridad.

El marqués también compartía estos sentimientos.

Ahora, al bajar la mirada hacia Ola, pensó que era casi imposible creer que una mujer pudiera ser tan valerosa e ingeniosa como ella.

Le había sorprendido descubrir, al llegar a la caverna, que no estuviera llorando o desmayada en las manos de sus captores.

Cuando ella logró liberar su boca, él se percató de que estaba hablando con lentitud deliberada en español, para que los bandoleros pudieran entender cuanto les estaba diciendo. Además, consideró asombroso que no estuviera temblando de miedo, ni se mostrara suplicante.

Después, cuando se puso de pie frente a él para salvarle la vida y empezó a forcejear con el hombre que quería apuñalarlo, pensó que era un acto de heroísmo inesperado en una mujer, sobre todo de una muchacha tan joven y frágil como Ola.

El suponía que el color rojo intenso de su cabello reflejaba su espíritu

indomable. Sólo una mujer de excepcional bravura podía haberse visto mezclada en tantas situaciones extrañas y desesperadas como las que Ola experimentara desde que entró en su vida.

Esta última era casi increíble y resultaba trágico que hubiera sido ella quien hubiera sufrido las consecuencias y no él.

El cuchillo del bandolero se había hundido implacable en el hombro de ella y cuando volvieron al yate, la sangre se había extendido por su vestido dejando una enorme mancha escarlata. Su rostro estaba tan pálido que el marqués tuvo miedo de que estuviera muerta.

Gibson, tan hábil como cualquier cirujano y mucho mejor que muchos de los médicos que el marqués había conocido en el ejército, se hizo cargo de ella con su característica eficiencia.

Entre él y el marqués cortaron el vestido de Ola para poder quitárselo sin moverla más de lo necesario. Después, habían limpiado la herida con brandy, por temor a que el cuchillo estuviera sucio.

Ola permanecía inconsciente, por fortuna, cuando Gibson cosió su carne con la misma habilidad, pensó el marqués, con que lo hubiera hecho un verdadero cirujano.

El ayuda de cámara la había vendado con destreza y ambos sabían que las siguientes veinticuatro horas serían cruciales, por si la inflamación era tan grave que la atacara la gangrena.

Gibson insistió en quedarse a cuidar a Ola esa noche.

—Déjela en mis manos, milord, y descanse usted un poco. Su señoría puede cuidarla mañana. Van a pasar varios días antes que la señorita pueda incorporarse a su vida normal.

El marqués comprendió que su ayuda de cámara hablaba con sensatez, pero aunque se había ido a la cama, le resultó difícil conciliar el sueño. A su mente acudían escenas de lo ocurrido, y sus pensamientos volvían constantemente hacia la muchacha herida, postrada en el camarote cercano.

Al mirarla ahora, pensó que sería muy difícil encontrar un rostro tan hermoso, y poco común, como el suyo, en todo el mundo.

Por primera vez notó que sus largas pestañas eran oscuras en las puntas y se iban aclarando hasta volverse doradas donde tocaban su piel. De igual manera, las cejas aladas que adornaban sus ojos eran oscuras, mientras que su

cabello, esparcido sobre la funda de lino blanco de la almohada, parecía una llamarada.

Le hizo recordar las antorchas que ardían en la cueva de los bandoleros. Se preguntó si alguno de los hombres que habían huido aterrorizados al ver que los marineros mataron a sus camaradas, volvería alguna vez.

Tenía la impresión de que como su jefe había muerto, esta banda de rufianes en particular se disolvería y numerosos viajeros escaparían de ser atacados, robados y asesinados, gracias a ello.

Al mismo tiempo, el marqués pensó que era una lección saludable, que no olvidaría con facilidad. No volvería a correr riesgos en países extranjeros.

Había aún muchas regiones en Europa agrestes e incivilizadas. Comprendió que aunque Ola hubiera viajado por la carretera principal para ir a París, hubiese corrido serios peligros.

Hubiera sido atacada por bandoleros y salteadores que le habrían arrebatado las joyas que llevaba, y por hombres que encontrarían su belleza irresistible y que se mostrarían igualmente dispuestos a usar la violencia para satisfacer sus deseos.

«¿Cómo puede una mujer correr tales peligros con su persona?», se preguntó el marqués enfadado.

Se dijo que había olvidado lo joven, inocente e inexperta que Ola era.

Como hablaban en términos de igualdad tantas veces, a él le resultaba difícil recordar su edad o que era, en algunos sentidos, poco más que una niña.

Recordó lo desconcertada que se mostró ante la palabra *cocotte* y cómo suponía que se refería a algún tipo de actriz.

«Algún hombre se va a encargar de aclarar sus ideas al respecto uno de estos días», pensó el marqués con realismo. «Entonces, ella será como todas las demás mujeres... perseguirá a los hombres y en cuanto capture a uno, lo manipulará para satisfacer sus propios fines».

Una vez más estaba pensando en Sarah. Recordó que Ola le había dicho en cierta ocasión que no quería casarse, pues no deseaba recibir órdenes de su marido.

«Tendrá que ser un hombre excepcional para imponerse a ella», pensó el marqués con una sonrisa.

De pronto, Ola estaba moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras murmuraba incoherencias.

El marqués se levantó y puso la mano en su frente. Estaba febril y comprendió que debía tener una temperatura muy alta.

Se movía con inquietud y aunque Gibson había asegurado bien su brazo, vendándolo contra su cuerpo, el marqués abrigó el temor de que se le fuera a abrir la herida.

Se dirigió al lavabo donde Gibson dejara un pañuelo limpio y junto a él una botella con agua de colonia.

El marqués empapó el pañuelo en el agua limpia, le puso un poco de colonia y lo exprimió. Colocó el pañuelo, húmedo y fresco, en la frente de Ola, mientras ésta murmuraba:

—Hay... mucha neblina... ¡ten cuidado!... ¡Cuidado!

El comprendió que estaba reviviendo el accidente del carruaje de su primo, así como todas las dificultades y el drama para huir de su madrastra.

—¡Tranquilícese, Ola! —murmuró el marqués en tono comedido—. Está a salvo, intente dormir.

Ella pareció recobrar la serenidad unos minutos, como si la aplicación del pañuelo le hubiera causado alivio.

Después, con un leve grito, dijo llena de agitación:

—¡No... puede volver... tengo que escapar... de nuevo... lo odio! ¡Lo... detesto! ¿Cómo... podré... salvarme?...

Había algo patético en sus últimas palabras y el marqués habló con suavidad:

—Se ha salvado ya. Escúcheme, Ola, está a salvo. No tendrá que volver con su madrastra... ¿comprende? El no estaba seguro de que ella hubiera escuchado o comprendido sus palabras, pero le pareció que desaparecía de su cuerpo tanta tensión.

Una vez más ella pareció quedarse dormida.

«Supongo que he adquirido un compromiso», aceptó el marqués con tristeza. «Sin importar si ella me escuchó o no, le he ofrecido que no volverá con su madrastra, y ésta es una promesa que me propongo cumplir».

Capítulo 6

La felicito, señorita, porque tuvo la suerte de que su herida fuera tratada por manos expertas —dijo el doctor.

Era un hombre entusiasta, que fue conducido a bordo del yate, en Gibraltar, para que examinara la herida de Ola.

—Supongo que debe sentirse exhausta, después de la fiebre —continuó él—, pero con descanso y buena alimentación, pronto estará de nuevo de pie.

—¿No necesitará un reconfortante? —preguntó el marqués, que entró en el camarote cuando el doctor terminó de examinar a Ola.

El doctor miró a su alrededor y advirtió el lujoso ambiente del barco. Con ojos de expresión maliciosa dijo:

—El mejor tónico que puedo recetar proviene de Francia.

El marqués sonrió.

—Supongo que se refiere a la champaña.

—Es lo que receto siempre a mis pacientes adinerados —dijo el doctor—, pero mis enfermos pobres insisten en que yo les dé un frasco de tónico, que solamente es agua pintada con algún colorante.

El marqués sonrió.

—Cuando menos es sincero.

—Considero que es la fuerza de voluntad del paciente la que cuenta —observó el doctor—. Si quiere aliviarse, el paciente se aliviará; si quiere morir, ¡morirá!

El marqués notó que Ola, aunque estaba aún muy débil, sonreía al

escuchar al doctor. Ahora esbozó una sonrisa con suavidad.

—Yo pertenezco a la primera categoría —dijo—. Quiero vivir.

—Como ya he dicho, muy pronto la tendremos de pie, bailando otra vez —contestó el doctor.

Miró el cabello de Ola antes de salir del camarote y ella lo escuchó comentar afuera:

—¡Muy pocas veces he tenido el privilegio de atender a una joven tan bella como ésta!

Ola intentó escuchar la respuesta del marqués, pero se habían alejado demasiado para poder hacerlo. Supuso que había contestado al halago del doctor quejándose de las molestias que ella le causaba.

Cuando recobró el sentido se enteró de todos los problemas que ocasionara.

Fue Gibson quien le comentó que el marqués cuidó de ella todos los días, cuando estaba delirante y sufría una fiebre demasiado alta para que pudiera permanecer sola.

«Debe haberse aburrido terriblemente», pensó.

Y se dijo que lo había alterado ya de tantas formas diferentes que una más haría muy poca diferencia.

Sin embargo, cuando estaba ya en vías de recuperación, se percató de que el marqués se sentaba a acompañarla, cuando no era preciso que así lo hiciera.

Le leía y no se molestaba si ella se quedaba dormida escuchándolo. Tan pronto como Ola pudo sentarse en la cama, jugaron ajedrez y cartas. Además, hicieron lo que a la joven le gustaba más que todo: charlar...

Fue después de que salieron de Gibraltar y se deslizaron por las azules aguas del Mediterráneo, que Ola empezó a sentirse mejor.

Gibson estaba seguro de que eso no se debía a la champaña, sino a las naranjas y a los limones frescos que pudo comprar en Gibraltar.

—He visto sufrir a muchos marineros, señorita, por la falta de fruta fresca cuando han pasado mucho tiempo en el mar —dijo él, para no comprender lo importante que es eso, sobre todo cuando hay una herida que necesita cicatrizar.

Debido a que Ola parecía dispuesta a creer cuanto Gibson decía, bebió

vaso tras vaso de los jugos que él le preparaba, y tuvo que reconocer que parecían, en verdad, acelerar su restablecimiento.

—¿Me quedará cicatriz? —preguntó a Gibson mientras él le curaba la herida.

—No puedo mentirle, señorita —contestó él—. Va a tener una pequeña marca ahí hasta el fin de sus días, pero por fortuna no está en un lugar visible, a menos que use trajes de noche muy escotados, pero siempre habrá forma de disimularla.

Ola se echó a reír.

—Debo recordar que hagan mis vestidos discretamente decorosos.

Cuando contó al marqués lo que había dicho Gibson, él rió también.

—Nadie esperará, ciertamente, cuando vaya usted a la corte, que lleve vestidos descotados —comentó él—, con los ojos de la austera Reina Adelaida clavados en usted.

Habló sin pensar y sólo cuando vio que Ola se ruborizaba, recordó que si la conducta de ella en esos momentos fuera conocida por la sociedad inglesa, no recibiría ninguna invitación para acudir al Palacio de Buckingham y todas las anfitrionas importantes del mundo social se negarían a invitarla a sus reuniones.

El calculó, frunciendo el ceño, que esto no debía suceder y decidió que antes que llegaran a Niza, él encontraría alguna forma de solucionar los problemas de Ola. Por sobre todas las cosas, ella necesitaba una dama de compañía.

Como si la bella joven tradujera sus pensamientos, pero se sintiera cansada para discutir con él en esos momentos, Ola cerró los ojos.

El marqués supuso que se había quedado dormida y después de unos minutos, salió de su camarote. Ola se quedó mirando hacia el techo, preguntándose una vez más, con profunda tristeza, cuál sería su futuro.

Después de cuatro días de navegar por el Mediterráneo, la muchacha se recupero lo suficiente como para que pudieran subirla a la cubierta.

—Lo que usted necesita, señorita, es un poco de aire fresco, para ponerle de nuevo el color en las mejillas —opinó Gibson.

Ola pensó que hablaba como su vieja niñera, quien siempre creyó que el aire fresco era remedio para todos los males, incluyendo el mal carácter.

Cuando subió a la cubierta, comprendió por qué el marqués se veía tan bien y no parecía importarle mucho que estuviera navegando hacia Niza con más lentitud de lo que pudieran hacerlo si ella no hubiera estado a bordo.

Aunque el sol era muy tibio, el mar era frío. Sin embargo, él nadaba en sus aguas dos veces al día: una vez por la mañana y otra por la tarde.

Le gustaba verlo nadar, hasta que su cabeza se convertía en un pequeño punto a la distancia; entonces se sentía llena de ansiedad, al pensar que pudiera sucederle algo que le impidiera volver a salvo al yate.

Recordaba historias de hombres que sufrían calambres en el mar y se hundían antes que nadie pudiera rescatarlos.

Cuando preguntó si no había tiburones, le dijeron que tales animales no existían en esa área, y que el único peligro que corría el marqués era el de pescar un resfriado.

—No es factible que eso suceda —comentó Gibson y agregó, con evidente orgullo en la voz—: Hay pocos hombres tan fuertes como su señoría. Lo mismo si está cabalgando que cazando, el caballo se cansa siempre antes que milord.

Cuando no estaba nadando, Ola descubrió que al marqués le gustaba tomar el timón del yate y conducir él mismo «El Lobo de Mar», con manos realmente expertas.

Ola pensó que conducir su yate debía proporcionarle similar emoción que guiar su faetón para romper una marca, o tomar las riendas de su propio caballo para alcanzar la meta de una carrera antes que ningún otro competidor.

Recostada con gran comodidad en el suave diván que Gibson había subido a la cubierta para ella, y apoyada contra los cojines de seda, Ola encontró que las actividades efectuadas a su alrededor resultaban fascinantes y que ahí estaba mucho más entretenida que encerrada sola en su camarote.

La bajaban a éste cuando el sol empezaba a declinar y, como sucedía casi todos los días, empezaba a sentirse un viento helado. El marqués casi siempre bajaba con ella.

Entonces se dedicaban a dialogar y para deleite de Ola discutían temas tan diversos como las religiones orientales y la abolición del comercio de esclavos.

El marqués se sintió asombrado no sólo de los temas que interesaban a su interlocutora, sino de los conocimientos que ésta tenía sobre ellos.

—¿Cómo puede haber leído tanto si es tan joven? —le preguntó una noche después de que habían tenido una larga y animada discusión sobre las condiciones que prevalecían en las minas de carbón.

—No sólo he leído mucho —contestó Ola—. Papá era un hombre culto e inteligente. El único problema era que deseaba exponer sus propias teorías y nunca escuchaba las opiniones de los demás.

El marqués sonrió.

—Así que por eso ahora se desquita usted hablando de más —dijo.

—Es una forma poco bondadosa de explicar la situación —protestó Ola—, pero la respuesta es afirmativa. He tenido embotadas mis propias ideas por tanto tiempo que ahora que es usted lo bastante gentil como para escucharme, estallan como si fueran un volcán en erupción.

El marqués sonreía y pensó que aunque él era el primer hombre con quien Ola había tenido oportunidad de cambiar impresiones, ella era la primera mujer que él hubiera conocido y que se mostrara interesada en todos los temas imaginables, menos en él mismo.

Nunca en su vida, pensó el marqués, había hablado por horas con una mujer, y muy atractiva por cierto, sin que hubiera nada personal en lo que se decían.

Con Ola no existían miradas de coquetería, ni la búsqueda de cumplidos. Sobre todo, no había las frases sutiles y de doble significado que las mujeres mundanas que él tratara en Londres, usaban con ingenio como un medio de llamar su atención y atraerlo.

Al recordar su pasado no pudo traer a su memoria una conversación con Sarah que no se refiriera a los sentimientos de ella o de él, o que no terminaran haciéndose mutuamente apasionados juramentos de amor.

El comprendió ahora con qué claridad ella lo llevó hacia donde quería, cómo lo incitó y después lo había frustrado, negándose a «arriesgar su reputación» al entregarse a él, como él lo deseaba.

No obstante, a la vez se estaba divirtiendo con otro hombre.

Para su propia sorpresa, el marqués descubrió que su orgullo herido, al igual que su furia se redujeron a tal punto, que ahora podía preguntarse con

toda calma qué habría pensado Sarah cuando él no llegó a la noche siguiente como ella esperaba.

Se imaginó que debió esperarlo y tal vez supuso que no había recibido su carta.

Por lo tanto, debió esperarlo al otro día, y quizá varios días más, hasta que por fin haría investigaciones. O tal vez alguien le comentó que él había estado una noche en Elvin para marcharse al amanecer del día siguiente.

Debió ser entonces, infirió, a menos que fuera más tonta de lo que suponía, que ella se hizo cargo de lo sucedido y comprendió que lo había perdido para siempre.

«Espero que eso la haya alterado», se dijo, y descubrió que ya ni siquiera tenía impulsos para ejercer venganza.

Ella apostó y había perdido, como tantos hombres y mujeres lo hicieron en el pasado y lo harían en el futuro.

Por primera vez el marqués se dijo:

«¡Gracias a Dios tuve la suerte de averiguar la verdad antes que fuera demasiado tarde!».

Escapó por un verdadero milagro y debía sentirse agradecido por ello, como daba gracias de que Ola le hubiera salvado la vida, pues si ella no hubiera estado presente, sin duda alguna habría muerto a manos de los bandoleros.

Varios días antes de llegar a Niza, Ola pudo subir a la cubierta por su propio pie y se sintió lo bastante bien no sólo para almorzar con el marqués en el salón, sino para cenar con él también ahí.

—He recibido instrucciones estrictas de Gibson de irme a la cama antes que beba usted su primera copa de Oporto —comentó—, así que, por favor, no se dé mucha prisa para hacerlo.

—Usted sabe que tiene que obedecer a Gibson cuando se trata de su salud —observó el marqués con fingida seriedad.

—Me doy perfecta cuenta de ello —contestó Ola—. Cada vez se parece más a mi niñera. A tal punto que a veces estoy a punto de decir: «¡Sí, nana!» o «¡No, nana!» a todo cuanto me dice.

El marqués se rió y ella se apresuró a añadir:

—¡Pero no me quejo de él! Comprendo que si Gibson no hubiera estado a

bordo, no estaría con vida ahora.

—Gibson es un hombrecito maravilloso.

—El piensa que el sol y la luna salen y se meten para usted —dijo Ola—. Lo halaga de tal modo que ha terminado por convencerme de su importancia.

—Está tratando de confundirme —se quejó el marqués—. Y sospecho que hay un poco de sarcasmo en sus palabras.

—Nada de eso —le aseguró Ola—. Usted es omnipotente y yo siento que cuando termine este viaje, estaré ofreciendo mis plegarias para usted.

Habló sin pensar en lo que decía.

El marqués percibió una repentina expresión de desconfianza en los ojos de Ola y el color subió por sus mejillas. Comprendió que el objetivo de sus plegarias sería que no la enviara con su madrastra, como ella imaginaba que lo haría al llegar a Niza.

El titubeó un momento, como si intentara decir algo, pero cuando estaba a punto de hacerlo, los camareros entraron en el salón y la oportunidad no volvió a presentarse después.

* * *

El "Lobo de Mar" entró en la bahía de Niza muy temprano por la mañana y Ola pudo admirar las blancas villas y los hoteles construidos a la orilla del mar; arriba de ellos, las colinas circundantes y, recortada contra el cielo de la lejana distancia, la punta irregular, cubierta de nieve del Monte Chauve.

Todo parecía resplandecer de tal modo que Ola sintió que Niza le estaba dando una cordial bienvenida. Antes que pudiera anclar, pudo ver las palmeras, los tamarindos de graciosas hojas emplumadas, las adelfas y, lo que sus ojos anhelaban: las mimosas amarillas.

—¡Quiero bajar a tierra inmediatamente! —exclamó llena de excitación, dirigiéndose al marqués.

Como él no contestara, se volvió para mirarlo y observó que tenía fruncido el ceño.

—¿Usted cree que no sería... conveniente? —preguntó ella.

—Lo que me gustaría hacer —contestó él— es dar una vuelta rápida por la ciudad para ver si encuentro aquí a algún conocido. Como usted sabe muy bien, ésta es una época del año en que vienen muchos miembros de la aristocracia inglesa. No me gustaría que se sintiera usted turbada, antes que hayamos hecho planes.

—Sí... desde luego —contestó Ola con rapidez.

Comprendió ahora que debían haber discutido qué iba a hacer, antes de llegar.

Pero Ola había optado por dejar pasar los días sin forzar la situación. Tenía la impresión de que el marqués se mostraba bondadoso con ella porque estaba aún convaleciente de su herida.

—Estoy segura de que tiene usted razón —dijo ella—. Debe bajar sólo a tierra. Esperaré su regreso.

El sonrió como si pensara que estaba siendo no sólo sensata, sino conciliatoria en grado extremo.

—No tardaré mucho —dijo—. Sé dónde puedo informarme de cuanto necesito saber, y volveré tan pronto sea posible.

—Yo me quedaré sentada a contemplar el panorama —respondió Ola—. Es tan hermoso... como un cuadro pintado por un genio, del cual uno no se cansa nunca.

El marqués bajó del yate y a Ola le pareció que estaba muy elegante con su sombrero de copa un poco ladeado sobre la cabeza oscura.

Se preguntó si habría muchas de sus antiguas amantes en Niza, que lo recibirían con los brazos abiertos.

Esperaba que, de ser así, no lo entretendrían demasiado, porque sin él, el yate parecía vacío y ella se sentía muy sola, recordando los maravillosos momentos que pasaban juntos.

Después de un rato, bajó al salón, seleccionó un libro y se dispuso a leer.

Contenía cosas interesantes que le gustaría discutir con el marqués. Sin embargo, no pudo dejar de preguntarse si, ahora que habían llegado a Niza, sería el final del viaje por lo que a ella se refería.

No podía creer que él fuera tan insensible, y después de todo lo que pasaran juntos, la enviara de regreso con su madrastra como amenazó hacerlo antes que ella lo drogara.

Pero ¿qué otra alternativa había? A menos que ella se fuera, siguiendo su primer impulso, al convento y se arriesgara a encontrarse ahí con su primo Giles.

Se le ocurrió que casi no había vuelto a pensar en Giles desde que saliera de Dover con el marqués. Suponía que debía haber sido bien atendido en la posada donde lo había dejado.

Y si no era así, no era culpa suya. Él no tenía ningún derecho de comportarse como lo había hecho, ni de amenazarla con obligarla a casarse con él, para apoderarse de su fortuna.

«¡Es un hombre repugnante y no quiero pensar en él!», pensó.

Estaba segura de que el marqués nunca habría actuado de esa manera tan poco caballerosa, sin importar la necesidad económica que hubiera tenido de dinero.

A diferencia de Giles, estaba convencida de que en circunstancias apremiantes, el marqués sería lo bastante hábil como para encontrar el modo de ganar dinero, sin tener que extorsionar a sus amigos y familiares.

«El es demasiado honorable para hacer una cosa así», pensó.

Había vuelto a tomar su libro para seguir leyendo, cuando oyó pisadas afuera del salón y pensó, con un vuelco del corazón, que el marqués había vuelto.

Ella miró con ansiedad hacia la puerta. Ésta se abrió y apareció un camarero diciendo:

—¡Un caballero quiere ver al señor marqués!

Un hombre entró en el salón y Ola vio, con asombro e incredulidad, que era Giles.

Después de la sorpresa inicial que él también se llevó al verla, exclamó con brusquedad:

—¡Así que aquí es donde estás! Debí haberlo sospechado cuando me dijeron que el Marqués de Elvington te había llevado en su yate a Calais.

—¿Qué... haces... aquí?

—Estaba buscándote, aunque no esperaba encontrarte en Niza —contestó Giles.

Ella guardó silencio y como si él pensara que debía explicarse añadió:

—Cuando me recuperé lo suficiente para viajar, me dirigí al convento,

con la esperanza de encontrarte ahí.

Eso era lo que Ola había supuesto. Ella contuvo el aliento mientras él continuaba diciendo:

—No estaba seguro de dónde ir después y vine a Niza a recuperarme de mi accidente. No has preguntado por mi salud. Tal vez te interese saber que me fracturé dos costillas y que aún sufro dolores de cabeza.

—Te sucedió lo que te merecías —repuso Ola con voz aguda—. ¡Tuve mucha suerte para escapar de ti!

—¡Para caer en las manos del Marqués de Elvington!

No había duda alguna del tono de menosprecio con que Giles espetó esas palabras.

—Su señoría fue lo bastante bondadoso para ayudarme, cuando tú pretendías obligarme a casarme contigo para poder apoderarte de mi fortuna.

—Cuando menos yo estaba dispuesto a casarme contigo rugió Giles. — ¡Pero siempre pensé que, con ese cabello tuyo, terminarías siendo una suripanta tarde o temprano!

Habló con tanta agresividad que no se dio cuenta, de que el marqués había entrado en el salón y estaba detrás de él.

Al terminar de hablar volvió la cabeza y vio quién estaba ahí.

—¡Tenga la bondad de disculparse por hablar de esa manera a su prima! —dijo el marqués con voz baja.

—No haré tal cosa —replicó Giles—. La llamé así, porque es evidente que lo es. Sin embargo, debido a que estamos emparentados estoy dispuesto a convertirla en una mujer honrada, que es más de lo que usted está dispuesto a hacer.

Casi escupió las palabras. El marqués dirigió el puño cerrado contra Giles y éste rodó al suelo. Ola lanzó una exclamación ahogada. Le había golpeado la mandíbula y Giles permaneció tirado, mientras el marqués decía:

—¡Salga ahora mismo de mi yate! ¡Si lo encuentro de nuevo por aquí o lo escucho hablar de ese modo insultante a una dama, le daré su merecido!

Por un momento Giles no se movió y Ola observó que la expresión de su rostro era tan desagradable, que resultaba casi diabólica.

Giles se levantó del suelo, diciendo:

—Si usted se imagina que no va a pagar caro esto, Elvington, ¡se

equivoca! Cuando vuelva yo a Londres me encargaré de que todos en el mundo social sepan que secuestró a una muchacha joven e indefensa. No creo que Sus Majestades acepten tal inmoralidad en un miembro de su privilegiado cortejo.

Al terminar de hablar, Ola lanzó un leve grito de horror. Cuando Giles abandonó el salón, acariciándose la barbilla que el marqués había golpeado, seguido por el propio marqués, Ola corrió a su propio camarote.

Sabía que Giles no habló de forma ociosa al decir que el marqués caería en desgracia si el Rey y la Reina escuchaban la versión distorsionada de su presencia, sola, sin dama de compañía, en el yate del marqués.

La Reina había sido lo bastante generosa como para aceptar la carga de los hijos ilegítimos del Rey, y hasta se encariñó con ellos, pero, por lo demás, había demostrado siempre ser muy conservadora y en extremo opuesta a cualquier cosa que ofendiera sus ideas particulares de moralidad y respetabilidad.

Había crecido en una corte reducida, de ambiente provinciano, y tenía una idea muy definida de cómo debía ser la vida convencional. No mostraba la menor intención de modificar sus creencias para adaptarse a su nuevo país.

Ola era lo bastante inteligente para comprender que el marqués no sólo se sentía orgulloso de la confianza que le tenía el Rey sino que consideraba su deber evitar que el monarca cometiera los muchos errores que provocaba su impetuosidad.

Había aprendido, también, casualmente durante sus conversaciones con el marqués, que cuando alguien en la corte, incluyendo al Primer Ministro, deseaba que se hiciera algo, pedía al marqués que expusiera su punto de vista al Rey, por la sencilla razón de que Su Majestad le tenía gran cariño y confianza.

«¿Cómo puedo quitarle eso? ¿Cómo puedo arruinar esa parte de su vida?», se preguntó Ola con desesperación.

Debido a que no se le ocurría nada más que hacer, empezó a meter sus cosas en su baúl. Bajó los vestidos que tenía colgados en el guardarropa y sacó los objetos que guardaba en los cajones de un mueble diseñado con tanta habilidad que estaba empotrado en uno de los muros del camarote.

Estaba tan agitada, que le tomó más tiempo del que hubiera requerido en

circunstancias normales. Además, como estaba usando su brazo herido, empezó a dolerle.

Por fin tuvo todo empacado. Tomó su sombrero de la mesa, se lo puso y ató las cintas a su barbilla.

Se acercó a la puerta y llamó a un camarero.

Había siempre uno atento a lo que se necesitara, cuando ella o el marqués estaban en sus camarotes; pero no fue él quien acudió a su llamado, sino Gibson.

—Necesito al camarero —dijo Ola.

—Yo haré lo que usted necesite, señorita.

—Por favor, haga que aten bien mi baúl y sea bajado al muelle. Voy a necesitar un coche de alquiler.

Gibson no contestó y después de un momento, Ola añadió:

—¡Lo quiero ahora mismo!

—Me temo que eso es imposible, señorita.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que es... imposible?

—Antes que el señor marqués bajara a tierra, señorita, me ordenó: «Cuida de la señorita Milford, Gibson, hasta que yo vuelva».

—Lo que su señoría haya dicho, no es de mi incumbencia —dijo Ola con gran dignidad—. Tengo que marcharme de aquí, Gibson, y le agradecería mucho que obedeciera mis órdenes.

—¡Lo siento, señorita, pero eso es algo que no puedo hacer!

—¿Me quiere decir que se niega a que mi baúl sea bajado a tierra?

—En realidad, señorita, me niego a dejarla partir —contestó Gibson—. Además, aún no está usted lo bastante fuerte para andar danzando por ahí, y usted lo sabe tan bien como yo.

—Tengo... que... irme... Gibson.

El movió la cabeza de un lado a otro. En lugar de mostrarse furiosa contra él, como estaba segura de que lo habría hecho en el pasado, Ola se dejó caer en la cama, sintiéndose muy desventurada.

—Lo que voy a hacer ahora, señorita —dijo Gibson en un tono diferente de voz—, es traerle una taza de té. No hay nada mejor para tranquilizar a una persona cuando está alterada.

Gibson salió del camarote, después de decir eso, y cerró la puerta tras él.

Ola se cubrió los ojos con las manos, en un esfuerzo por pensar.

«Si me quedó aquí, voy a perjudicar al marqués», se dijo. «Y eso es algo que no debo hacer».

Decidió que si Gibson se negaba a mover el equipaje, tendría que irse sin éste.

Estaba segura de que él debía haber ido a la cocina a prepararle el té. Si se daba prisa, podría subir a la cubierta y desembarcar antes que él se diera cuenta de nada.

Por lo tanto, tomó la valija de sus joyas y se dirigió a la puerta. Lo hizo caminando con mucho cuidado, por si alguien estaba escuchando. Al llegar a la puerta, hizo girar el picaporte.

Le pareció muy duro y, al intentarlo de nuevo, se dio cuenta con indignación, de que Gibson la había dejado encerrada bajo llave.

Era una conducta intolerable de parte del ayuda de cámara.

Ola se acercó a la claraboya, deseando fuera lo bastante grande para meterse por ella, arrojarse al mar y nadar hasta la playa, sólo para demostrar su independencia.

Comprendió que eso era imposible. Una vez más se sentó en la cama, se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo, en un arranque de ira que, sin embargo, sólo logró aumentar su fatiga.

Poco después oyó que Gibson volvía y decidió que le diría en términos muy firmes lo que pensaba de su impertinencia, al tratarla como si fuera una niña.

Había sido muy hábil y bondadoso durante su enfermedad, pero ahora se estaba excediendo en su autoridad.

Oyó que la llave daba vuelta en la cerradura y la puerta se abrió, pero no fue Gibson quien apareció ahí, sino el marqués.

Entró en el camarote y ella vio que miraba hacia su baúl empacado. El había comprendido su intento.

Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, Ola descubrió que las palabras de protesta que estaba a punto de decir morían en sus labios. Se limitó a mirarlo, a pensar en lo apuesto que estaba y en lo fuerte que le había parecido cuando arrojó a Giles al suelo.

—Siento haberme tardado tanto —dijo el marqués—. Debes haber estado

preguntándote adónde pude ir.

—Yo... quería... marcharme... pero Gibson no me lo permitió.

—¿Adónde pensabas ir?

—Lejos de aquí, para que... Giles no pueda perjudicarlo... ¡mal informando en contra de usted ante los reyes!

—Creo que tu partida tan precipitada no alteraría la historia, si hubiéramos permitido que la contara.

Ola abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Va usted a impedir que la cuente?

El marqués asintió con la cabeza.

—Pero... ¿cómo?... ¿Qué hizo... usted?

Se le ocurrió que quizá el marqués hirió a Giles, o tal vez lo había matado. Ella imaginó que se vería implicado en mayores problemas. Además, no le parecía un hombre capaz de hacer cosas semejantes.

Ola seguía sentada en la cama. Ahora el marqués caminó hacia ella y apoyó los brazos en la piesera, de latón decorado. La miró con fijeza y Ola empezó a disculparse a toda prisa:

—Lo siento tanto... no pensé que al... obligarlo a sacarme de Inglaterra... lo perjudicaría así y ahora... después de las amenazas de Giles... comprendo lo que he... hecho y sólo puedo decirle cuánto... pero cuánto en verdad lo lamento.

—Porque has dicho eso —contestó el marqués—, me será más fácil decirte cómo he logrado evitar que Giles nos cause perjuicios con los embustes que pensaba relatar en Londres. Y estoy seguro de que lo hubiera hecho, si no actúo firmemente para evitarlo.

—¿Qué hizo usted? ¡Dígamelo, por favor! —suplicó Ola.

—¡Le dije a tu primo que estábamos casados! —contestó el marqués.

Por un momento Ola pensó que no había oído bien. Lo miró con ojos tan grandes que parecían llenar todo su rostro pálido, vio la confirmación de sus palabras en la expresión de su mirada.

—¿Cómo pudo decir tal cosa? Cuando él descubra que no es verdad, eso empeorará las cosas.

—Es la verdad —contestó el marqués en voz baja—. Estamos casados legalmente, aunque estoy seguro de que tú desearás hacerlo también ante la

iglesia. Así que he hecho arreglos para que esa boda se celebre esta misma noche.

Vio que Ola estaba tan atónita que se había quedado sin habla. Entonces explicó:

—En Francia tiene uno que casarse primero por la vía civil, frente al alcalde, en el ayuntamiento. Está permitido que uno de los cónyuges esté representado por otra persona.

Sonrió antes de continuar:

—El representante tiene que ser una persona responsable, así que como el capitán respondía a tal exigencia, lo llevé conmigo.

—¿Me está diciendo... que ahora soy su... esposa? —preguntó Ola titubeante.

—Tengo un documento para demostrarlo —repuso el marqués—, pero como creo que toda mujer tiene derecho a estar presente en su propia boda, nos casaremos con mucha discreción esta noche, después del crepúsculo, en la iglesia Protestante. El vicario no sólo está bien dispuesto para realizar la ceremonia, sino que ha prometido mantenerla en secreto.

Por un momento reinó un completo silencio en el camarote, hasta que Ola dijo con una vocecita asustada:

—Pe... pero usted... comentó que... odiaba a las mujeres y no quería casarse... nunca.

—¡Y tú dijiste que odiabas a los hombres y no tenías, tampoco, intenciones de hacerlo!

Se hizo un prolongado silencio. Después el marqués dijo:

—Estoy seguro, Ola, de que eres lo bastante sensata e inteligente para comprender que ambos tenemos que sacar el mejor partido a una situación difícil en la que fuimos colocados por tu primo. Es algo que yo debí haber anticipado, en realidad, pero mientras estabas convaleciente, no quise mortificarte hablando de planes futuros.

—Eso fue muy... bondadoso de parte suya. Pero... todo lo sucedido fue por culpa mía... y me siento muy... avergonzada.

—Creo que cualquier grado de culpa que pudieras atribuirte por haberte impuesto a mí en un principio fue ciertamente recompensado con creces y borrado por completo, por la forma en que me salvaste la vida.

—Yo lo... salvé... pero usted no hubiera subido al acantilado... ni se hubiera expuesto al... peligro si no lo hubiera yo... desafiado a hacerlo.

—Tal vez pienses eso ahora —contestó el marqués—, pero si hubiera ido solo, tal vez habría tratado de subir también, para hacer ejercicio. Habría sucedido lo mismo, pero con un desenlace muy diferente.

El vio que Ola no estaba del todo convencida y agregó:

—Lo que pasó, pasó, no tiene objeto recordarlo y decir: «Si hubiera hecho esto, o lo otro, las cosas habrían sido diferentes». Sonriendo agregó:

—Ninguno de los dos podemos reescribir la historia, pero seremos lo bastante sabios como para no luchar contra lo inevitable ni, como eres tú tan aficionada a hacerlo, escapar de la situación, lo cual no resolvería nada.

—Yo pensé que si... lo dejaba... usted podía convencer a Giles de... no decir a nadie que yo había estado en... «El Lobo de Mar». Estoy segura de que, como él anda siempre escaso de dinero, no le habría costado mucho trabajo sobornarlo para hacerlo callar.

—¿Y exponerme a que me extorsionara el resto de mi vida? —preguntó el marqués—. No, gracias, Ola. Prefiero mi propia solución y tal vez no encuentres tan desagradable el estar casada conmigo.

—Yo creí... —susurró Ola en voz muy baja—, cuando lo vi tirado en el suelo... que tenía una expresión... malvada. Estoy segura de que tratará de hacerle... daño de alguna forma.

—Y yo creo que podemos estar seguros de que él no podrá hacer nada —agregó el marqués—. Como intento enviar hoy mismo a la Gazette el aviso de nuestra boda, va a encontrarse, cuando llegue a Inglaterra, con la gran noticia de primera plana en el mundo social y todos harán caso omiso de sus palabras.

Ola se quedó pensando en esto por un momento. Enseguida musitó:

—Me llamó... suripanta. ¿Es eso lo mismo que... mujer alegre?

El marqués titubeó un momento antes de contestar:

—Sí.

—¿Y... cocotte... significa... lo mismo?

El marqués asintió con la cabeza.

—Ahora... comprendo..., lo agresiva que fue... mi madrastra conmigo... y tal vez... —Se detuvo un momento antes de añadir—: Tal vez... los amigos

de usted piensen que es... un gran error de parte suya haberse... casado con alguien que tiene... mi... aspecto.

El marqués sonrió.

—Cuando te vean, mis amigos pensarán que soy muy afortunado por haberme casado con una mujer que es, sin lugar a dudas, en extremo hermosa.

El supo por la expresión de su rostro, que Ola no lo creía y exclamó:

—¡Por Dios, niña! ¿No te das cuenta de que, debido a lo bella que eres, tu madrastra y, me imagino, muchas otras mujeres que has conocido, se sentían celosas y envidiaban tu belleza?

—¿Lo cree así? —preguntó Ola—. Yo siempre he pensado que... hay algo... malo en mí... porque la gente se muestra muy... sorprendida del color de mi cabello.

—Se sorprende porque es muy raro que una mujer tenga ese color de cabello y sea hermosa al mismo tiempo.

Le estaba diciendo un cumplido y, no obstante, a ella le pareció que su voz sonaba indiferente, como si estuviera hablando de un objeto inanimado y no de un ser humano.

—Me alegra... mucho que usted no necesite sentirse... avergonzado de mí —dijo ella después de un momento.

—Te aseguro que nunca me sentiré avergonzado —repuso el marqués—. Y ahora, como ya no son necesarias restricciones en que aparezcas en Niza conmigo, ni en ninguna otra parte, sugiero que después del almuerzo vayamos a dar un paseo en coche. La vista desde Villefranche, que está en el camino costero, es preciosa.

—¡Eso me encantaría!

—Ordenaré que nos sirvan el almuerzo ahora mismo —contestó el marqués.

Salió del camarote y Ola se sentó frente al tocador, para arreglarse el cabello.

«Yo quiero que él me considere hermosa», pensó.

Súbitamente recordó que ella era ahora su esposa y se estremeció al pensar, no exenta de temor, que tal vez él la odiaba, después de todo, porque podía considerar que había sido víctima de un engaño y que se había visto

obligado a casarse a pesar de su intención de permanecer siempre soltero.

«¿Cómo pude adivinar que esto ocurriría?», se preguntó.

De pronto se sintió avergonzada por haber actuado de forma tan escandalosa que llevaría a cualquier hombre a detestarla.

Lo había drogado, de modo que por tres días permaneció inconsciente. Y, cuando podía haberse librado de ella en Gibraltar o Marsella, él se mostró demasiado bondadoso para hacerlo, porque ella tenía una cuchillada en el hombro.

Y ahora, para salvar la reputación de ambos, se había visto presionado a casarse con ella. Ella comprendió que era una forma efectiva de mantener cerrada la boca de Giles, pero a un precio muy alto.

«El nunca me perdonará... ¡nunca!» se dijo y sintió algo muy parecido a un dolor físico en el corazón, al suponerlo.

De manera extraña, se encontró orando fervientemente para poder convencerlo, de algún modo, de que no la odiara.

Oró para que la considerara, aunque era muy improbable, como el tipo de esposa que deseaba en realidad... alguien con quien poder hablar de sus ambiciones, del trabajo que estaba realizando en la Cámara de los Lores, y que tratara de manejar sus casas como a él le gustaba.

«No le exigiré nada», resolvió.

Se preguntó si eso era todo lo que un hombre quería del matrimonio. Sin duda alguna debía desear más que eso.

Ella supo la respuesta, como si alguien se la hubiera dado en voz alta.

Un hombre querría amor. ¿Eso era algo que ella podría dar al marqués?

Se hizo la pregunta y vio sus propios ojos que la veían desde el espejo, muy abiertos y un poco asustados.

Comprendió la respuesta, pero tuvo miedo de expresarla con palabras.

Capítulo 7

Dado que Boydon y Ola han consentido unirse en Santo Matrimonio, han declarado tal deseo ante Dios, se han jurado fidelidad; han dado y recibido el anillo simbólico, y han unido las manos, los declaro marido y mujer, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Era verdad, pensó Ola. ¡Se había casado... y con el marqués! Desde que saliera del yate tenía la impresión de deslizarse entre un mundo de fantasía.

De hecho, nada le había parecido real desde que él le comunicó que ya estaban casados legalmente y que había hecho arreglos para la boda religiosa, que se celebraría esa misma noche.

Inmediatamente después del almuerzo, durante el cual la conversación resultó un poco difícil, el marqués la llevó, tal como le prometiera, a dar un paseo en coche por Niza y sus alrededores.

Había sido un paseo corto, pues en cuanto vieron el panorama desde Villefranche, él había ordenado al conductor del carruaje volver al yate.

—Quiero que descanses —dijo—. Has pasado hoy por otra experiencia dramática, y no hay nada más agotador que eso.

Aunque la emocionó ver el sol, el mar y las flores, Ola comprendió que la conducta de Giles y la tarea de empacar su baúl la habían dejado exhausta.

Cuando volvieron al yate, obedeció al marqués, fue a su camarote y se metió en la cama.

Supuso que se quedaría despierta pensando en su matrimonio, pero tan pronto como su cabeza tocó las almohadas, se quedó dormida.

Había sido un sueño profundo y tranquilo, del que sólo pudo despertar cuando entró Gibson en su camarote, para revisarle el hombro.

—Mi hombro está bien —comentó con rapidez.

—Le advertí, señorita, que no se esforzara demasiado —dijo Gibson con severidad. Adoptó de nuevo la actitud de niñera que usaba siempre que curaba su herida.

Como Ola se dio cuenta de que era inútil discutir con él, dejó que le quitara la curación ligera que tenía sobre el hombro y le pusiera otra.

Ella sospechaba que como la herida había cicatrizado tan bien, tal curación era ya innecesaria, pero tenía la impresión de que Gibson disfrutaba con atenderla y estaba decidido a no renunciar a su autoridad hasta el último momento.

—Ahora creo que debe vestirse, señorita —indicó Gibson—. Hay un vestido especial para usted.

—¡Un vestido! —exclamó sorprendida Ola.

—Sí, señorita. Su señoría lo compró esta tarde y como yo le di sus medidas exactas, me sorprendería mucho que no le quedara bien.

Ola se sintió asombrada, no sólo de recibir un regalo de un vestido nuevo, sino de que el marqués se hubiera tomado tantas molestias por ella.

Sabía, ahora que estaba despierta de nuevo, que era imposible para ella evitar que sus pensamientos volvieran hacia él. Recordó que él no tenía deseos de casarse, pero que había sido presionado por las circunstancias.

Se alegraba de que las malévolas intenciones de Giles en contra de los dos hubieran sido frustradas por su matrimonio y que el marqués no hubiera perdido su especial relación con el Rey.

Al mismo tiempo, no era su vida pública la que le preocupaba ahora. Cuando pensaba cómo se había impuesto a él por la fuerza, cuando él sólo deseaba librarse de ella, se sentía más y más avergonzada.

Se había convertido en una pesadilla no sólo durante el viaje, sino para toda la vida.

Cuando Gibson volvió al camarote con un vestido en las manos, Ola descubrió que el marqués no sólo estaba sacando el mejor partido posible a la situación, como había comentado, sino que la estaba embelleciendo de una forma que ella no hubiera esperado.

El vestido era precioso y cuando se lo puso, advirtió que la hacía verse exactamente como una novia: espiritual, etérea, como una princesa de cuento de hadas.

La amplia falda llegaba al suelo al frente y tenía una larga cauda atrás. El talle era ceñido, haciendo resaltar la pequeñez de su cintura. La gasa blanca de que estaba hecho el vestido iba adornada con cintas plateadas y azahares blancos.

Parecía parte de los dorados árboles de mimosas que había admirado con el marqués, de los arbustos cargados de flores de brillantes colores y la intensa luz del sol que irradiaba un resplandor intenso que parecía venir del cielo mismo.

—¡Le queda como un guante, señorita! —exclamó Gibson.

Ola se percató de que estaba encantado no sólo con ella, sino con él mismo por haber tomado correctamente sus medidas.

Salió del camarote y volvió con una guirnalda de azahares iguales a los del vestido, y con un delicado velo de encaje.

Ola permitió que él se lo acomodara sobre su cabello rojo. Ella notó que nada podía haberla favorecido más y que le daba el aspecto de pureza e inocencia que toda novia debe tener.

—Es una lástima, señorita, que no pueda usted usar ninguna de las tiaras que tiene su señoría en la caja fuerte de Elvin —comentó Gibson—. Son magníficas en verdad. Y hay también esmeraldas que le quedarán a usted muy bien cuando asista a un baile.

—Me siento muy contenta con los azahares —repuso Ola en voz baja.

Pensó que sería presuntuoso de parte suya pensar que podría usar alguna vez las joyas familiares del marqués. Y comprendió que ese día no deseaba usar sus propias joyas.

De algún modo, en el fondo de su mente existía la idea de que, debido a que su boda era tan insólita, tan fuera de lo común, todo en ella debía ser muy simple.

El que se viera como una novia había sido decisión del marqués. Ella dejaría en sus manos todo lo que a ella misma se refería.

En cierta forma, sería una manera de ofrecerle su arrepentimiento. Se preguntó si él comprendería eso.

Cuando estuvo lista, se sintió de pronto temerosa de salir del camarote y se imaginó que tal vez cuando entrara en el salón, vería el ceño fruncido en el rostro del marqués. Eso le revelaría cuánto le disgustaba la ceremonia que los esperaba.

«Tal vez a él le gustaría huir, como lo he hecho yo siempre, cuando las cosas se complican» se dijo.

Entonces recordó que ya estaban, de hecho, casados legalmente, aunque estaba segura de que nadie en el yate lo sabía, con excepción del capitán.

Sólo porque Gibson insistió, y ella no encontró razón para negarse a hacerlo, se dirigió hacia el salón. Caminó orgullosa, con la barbilla en alto.

Tal como lo esperaba, el marqués estaba ahí. Cuando lo vio, se sorprendió de que estuviera vestido de etiqueta. Recordó que las muchachas del convento le habían dicho que en Francia el novio siempre vestía así, sin importar la hora en que tuviera lugar la ceremonia.

Sin embargo, como su boda se iba a celebrar por la noche, resultaba del todo apropiado.

Se le veía muy apuesto y al mirarlo, se olvidó de su propia apariencia.

Observó también, que él no estaba frunciendo el ceño, ni se veía malhumorado. La miró con una sonrisa en los labios.

—Gracias —se apresuró a decir Ola—, muchas gracias... por este... vestido. Yo no esperaba que usted pensara en... todo esto... pero le estoy muy... muy agradecida.

—Si estás lista, sugiero que salgamos hacia la iglesia inmediatamente —dijo el marqués—. Hay un carruaje esperando en el muelle. De hecho, hay dos, porque el capitán viene con nosotros, como testigo, y él viajará en el segundo.

Ola no contestó. Se limitó a seguir al marqués hacia la cubierta. Se alegró tanto de la oscuridad como del velo que le cubría el rostro y que era una protección de los ojos curiosos que pudieran estarla observando.

Sin embargo, no parecía haber nadie por ahí y cuando ella entró en el carruaje cerrado que esperaba al pie de la rampa, el marqués subió tras ella y el carruaje partió en el acto.

Ola pensó decir algo, pero como él guardó silencio, no se atrevió a hacerlo. Avanzaron en silencio. Sólo se veían las luces de las villas y hoteles

que bordeaban el camino. Ella sintió que iniciaba un viaje con destino desconocido.

La iglesia, sin embargo, no estaba muy retirada y cuando llegaron, el marqués fue el primero en bajar, para ayudarla después a hacerlo y ofrecerle su brazo.

Caminaron sólo unos cuantos pasos para llegar al atrio. Se encontraron después dentro de la iglesia. A la luz de las velas que había en el altar, Ola pudo ver que era una iglesia pequeña, con vidrios emplomados y columnas de piedra de estructura medieval.

Lo que la hacía diferente era la gran cantidad de azucenas que había alrededor del altar y la profusión de claveles blancos que decoraban la base de las columnas y el coro desierto.

Conferían a la iglesia una belleza que ella no había esperado. La fragancia de las flores llenaba el aire, casi como si fuera incienso.

El marqués la llevó por el pasillo central hacia donde los estaba esperando el vicario. En cuanto se colocaron frente a él, inició el servicio.

El marqués dio sus respuestas con voz firme, pero para Ola su voz sonó tan extraña que casi no pudo reconocerla.

Sintió que estaba emocionada. Parecía como si estuviera dando un paso hacia lo desconocido, que no podría ya rectificar. Pero no había nada que pudiera hacer. Le pareció como si estuviera siendo arrastrada por una corriente que la llevaba hacia un mar desconocido.

Cuando el vicario bendijo el anillo, Ola sintió que los dedos del marqués sostenían su mano y su fuerza pareció infundirle valor.

Se arrodillaron y ella se encontró orando porque, de algún modo, su matrimonio fuera feliz y que el marqués no la repudiara porque había sido culpa de ella que tuvieran que desposarse.

El vicario los bendijo y cuando se pusieron de pie añadió con tono afable:
—Oraré por su felicidad.

Se volvió hacia el marqués y dijo:
—Puede usted besar a la novia.

Ola sintió que se ponía rígida. Pensó que tal vez el marqués se negaría a hacer tal cosa. Sin embargo, levantó el velo de su rostro y lo echó hacia la parte de atrás de su cabeza.

Los ojos de ella se fijaron en los suyos y los agrandó el temor. El la miró, antes que sus labios descendieran sobre los de ella.

Fue un beso breve, más un gesto simbólico que un beso, y sin embargo, produjo en Ola una sensación jamás sentida al roce de su boca, ahora cautiva del marqués...

El le ofreció su brazo y salieron con lentitud por el pasillo, hacia la puerta.

Por encima de ella, donde la luz de las velas no aclaraba las sombras del techo, Ola sintió, al mirar hacia arriba, que no estaban solos, sino que estaban siendo observados por seres celestiales que deseaban su dicha.

Cuando llegaron al atrio, ella lanzó una leve exclamación de sorpresa. Afuera, formando una valla hasta su carruaje, había una Guardia de Honor constituida por los marineros del yate.

Ella pensó que el marqués estaba sorprendido, también, pero sonrió cuando condujo a Ola a través de las filas de sus hombres, vestidos con sus galas domingueras.

La capota del carruaje fue bajada, de modo que ya no iba cerrado, y el carruaje mismo había sido decorado con claveles blancos, como los de la iglesia. Los caballos desaparecieron. En cambio, había dos hileras de marineros para tirar del carruaje. Tan pronto como Ola y el marqués se sentaron en él, se pusieron en marcha, seguidos por la Guardia de Honor.

—¿Usted sabía que esto iba a suceder? —preguntó ella.

—No tenía la menor idea —contestó el marqués—. De hecho, pensé que las únicas personas que conocían nuestro secreto eran el capitán y Gibson.

Ola se echó a reír.

—Estoy segura de que fue a Gibson a quien se le ocurrió algo tan espectacular. El es así.

—¿Y no te gusta a ti, también?

La voz del marqués era profunda e hizo que Ola se sintiera un poco tímida. No pudo mirarlo a los ojos cuando contestó:

—Por supuesto... es muy... emocionante para mí. ¿Podríamos tener un... ambiente más... maravilloso para nuestra... boda?

Ella levantó la mirada al cielo. Las estrellas brillaban ahora con intensidad por encima de su cabeza. Al acercarse un poco más a la bahía,

vieron la luz de la luna rielando sobre el mar.

Los ojos del marqués se clavaron en la redonda suavidad de su cuello cuando ella levantó la cabeza, pero no dijo nada. Ola le dirigió una sonrisita llena de timidez.

—¡Gracias, gracias! —dijo a los marineros, cuando detuvieron el carruaje ante la rampa.

Les sonrió y ellos lanzaron vítores para los nuevos esposos. Lanzaron las gorras por los aires, hasta que la pareja llegó a la cubierta y desapareció en el interior del yate.

—¿Cómo se les pudo ocurrir una idea tan maravillosa? —preguntó Ola al entrar en el salón. Ahí encontró que las sorpresas no habían terminado.

Había azucenas blancas por doquier. Y una gran profusión de flores blancas decoraba la mesa en la que iban a cenar. Ola unió las manos, con evidente regocijo.

—¿Quién puede haber pensado en tantos hermosos detalles? —preguntó.

—Veré que la tripulación reciba nuestro agradecimiento de una forma práctica —sonrió el marqués.

Lo oyó ordenar a los camareros que repartieran ron entre la tripulación y sirvieran champaña al capitán y a sus oficiales.

Era la hora de cenar. El cocinero se había esmerado y les sirvió la mejor cena que Ola probara desde que subió a bordo de «El Lobo de Mar».

Por fin, cuando el postre fue llevado a la mesa, los camareros aparecieron con un gran pastel de bodas.

—Estoy dispuesto a aceptar el crédito de eso —declaró el marqués—. Lo compré hoy, mientras buscaba tu vestido.

Era un pastel muy impresionante, de tres capas, decorado en la forma tradicional, con herraduras y azahares artificiales estaba rematado por una pequeña pareja de novios, de aspecto muy francés, bajo un dosel plateado adornado con corazones.

—Debemos cortarlo juntos —dijo Ola.

Se preguntó si el marqués pensaría que tal demostración de identidad era inadecuada en el caso de ellos.

El aceptó, sin embargo, y comentó al incorporarse.

—Debí haber traído mi espada conmigo, pero no pensé que fuera

necesaria en este viaje.

Ola lo miró con rapidez para ver si hablaba con amargura, pero el marqués estaba muy sonriente cuando le entregó un cuchillo largo y filoso.

—Estoy seguro —señaló—, de que esto será mucho más efectivo.

Ola puso su mano en el cuchillo y el marqués la cubrió con la suya. Ella sintió una vez más la fuerza de sus dedos que le trasmitían una cálida ternura.

Le produjeron la misma extraña sensación que había sentido cuando él la besó, pero se dijo que eso se debía a su turbación.

El pastel fue cortado y los camareros, después de servir dos rebanadas que dejaron sobre la mesa, se llevaron el resto para distribuirlo entre la tripulación y los oficiales de «El Lobo de Mar».

Colocaron una botella de brandy frente al marqués y eso hizo a Ola recordar la noche en que lo había drogado. Como si él estuviera pensando lo mismo, observó después de un momento:

—Hemos compartido algunas raras experiencias, Ola, y tal vez la más extraña de todas fue la de hoy.

Ella pensó que se lo estaba reprochando y después de un momento dijo con vocecita tímida:

—Lo... siento... mucho.

El enarcó las cejas. —¿Por qué?

—Yo fui la que... provoqué todo esto. Interpreto su sentir.

—Lo dudo mucho.

—¡Claro que lo sé! —insistió ella—. Usted había jurado no casarse nunca. Me dijo que odiaba a las mujeres tanto como yo a los hombres y, pese a ello, debido a que... impuse mi presencia sobre usted, me he convertido en su... esposa.

Le resultó difícil decir la última palabra. Se atropelló un poco al decirla, porque sonaba muy íntima.

Ola sintió que el rubor le subía por las mejillas.

—Creo que tenemos mucho que aprender uno del otro —comentó el marqués—. Como ambos somos personas inteligentes, sabemos que lo que dijimos ayer no necesariamente aplica a hoy.

Ola le sonrió.

—Usted está siendo bondadoso conmigo —dijo ella—, pero yo quiero

decirle algo.

—¿Qué es? —preguntó el marqués.

El no se había servido brandy. Estaba sentado con la espalda apoyada en el respaldo de la silla. Tenía los ojos clavados en el rostro de ella. Parecía muy relajado y era como si la estuviera viendo por primera vez.

—Estamos... casados... —dijo Ola con voz muy tímida, apenas por encima de un susurro—. Yo sé que fue... necesario y que, como usted dijo, no podíamos hacer otra cosa en las circunstancias. Pero yo quiero que sea feliz. Y haré... cualquier cosa que decida, cuando llegemos a Inglaterra.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el marqués.

Por un momento Ola no pudo contestar. Estaba tratando de encontrar las palabras que expresaran su idea, pero no lograba formularlas con la debida claridad.

Después de una larga pausa, murmuró:

—Si usted quiere que yo viva... separada de usted, o si debemos estar juntos, a veces, porque la gente consideraría extraño que no lo estuviéramos, yo trataré de... complacerlo y de comportarme como lo haría la esposa que usted hubiera... elegido.

El marqués no habló y Ola, a la luz de lo que había dicho, pensó que él tal vez estaba considerando que la sugerencia hecha por ella de que vivieran separados era acertada.

Ella lo miró y pensó en cuán apuesto se veía.

«Es muy distinguido», se dijo. «En cierta forma es un hombre... magnífico».

De pronto se le ocurrió que era su esposo, que ella llevaba ahora su nombre y le pertenecía.

Y casi como si una voz de las alturas se lo hubiera dicho, comprendió que no quería dejarlo. Deseaba estar con él, hablar con él... escucharlo.

Ella anhelaba... y casi no podía expresarlo ni siquiera para sí misma... que él... ¡la besara otra vez!

Aquella idea era tan revolucionaria, tan diferente a cuanto había pensado nunca sobre el marqués, que sintió que su corazón palpitaba tempestuosamente en su pecho.

Sintió un pánico terrible y el deseo de salir huyendo de ahí, temerosa de

que él se diera cuenta de lo que estaba pensando.

Como si hubiera tomado de pronto una decisión, el marqués dijo:

—Dame tu mano, Ola.

El extendió la suya al decir eso y, obediente, Ola puso su propia mano encima y sintió cómo los dedos de él se cerraban.

—Creo que no debe haber temores ni malos entendidos entre nosotros — dijo—. Debo decirte ahora, con exactitud, lo que quiero del futuro y lo que siento por ti en estos momentos.

El sintió que los dedos de ella se estremecían, pero continuó diciendo:

—Tal vez te resulte difícil admitirlo, pero cuando nos estábamos casando comprendí que eso era lo que yo quería hacer y que tú eras, en realidad, la esposa que yo habría seleccionado, si nos hubiéramos conocido en circunstancias diferentes.

Ola se sintió tan sorprendida que se limitó a mirarlo por unos momentos. Sus ojos se veían muy grandes a la luz de las velas.

—¿Lo dice... en... serio? —murmuró.

—Muy, en serio. Tal vez debía yo explicarte, aunque ahora ya no parece importante por qué dije que odiaba a las mujeres y por qué, de hecho, vine en este viaje.

—¡No! —intervino Ola con rapidez—. No, por favor, no me lo diga. Yo he sospechado... vaya, estoy segura de que lo lastimaron y fue una mujer quien lo hizo. ¡Pero prefiero ignorarlo!

El marqués la miró sorprendido y ella continuó diciendo:

—Lo que ha sucedido en el pasado no tiene nada que ver conmigo, excepto que usted estaba ahí, cuando más lo necesitaba. Así que si es posible... me gustaría que iniciáramos nuestra vida juntos... partiendo de cero... sin ninguna de las desventuras, los problemas y las... dificultades que tuvieron lugar antes que... nos... conociéramos.

Hizo un pequeño sonido que era casi un sollozo al añadir:

—Le he llamado mi buen samaritano y eso fue usted para mí. Si no me hubiera traído en su yate cuando estaba yo tan... desesperada, mi vida habría sido muy... diferente. ¡Habría sido un... —Horror que no quiero siquiera... imaginar!

—Entiendo lo que estás diciendo —contestó el marqués—, y creo que

ninguna otra mujer sería tan sensata como lo eres tú.

El marqués sonrió y su rostro pareció iluminarse al añadir:

—Pero, tú siempre has sido muy original, Ola, y desde que nos conocemos nunca he podido adivinar qué vas a hacer en el momento siguiente.

—Ya lo sé pero yo trataré, con desesperación... de no hacer ya nada... escandaloso otra vez. Trataré de ser tranquila... y de portarme bien para que usted se sienta... orgulloso de mí.

—Tengo la impresión de que si te esfuerzas demasiado por cambiar, te volverás un tanto aburrida. Después de todo, creo que ya me estoy acostumbrando a las situaciones dramáticas y tengo la impresión de que las echaría de menos si desaparecieron por completo.

El estaba bromeando, pero su mano retenía la de ella.

—Usted... sabe que yo quiero complacerlo —replicó Ola.

—¿Por qué? —preguntó el marqués.

A ella la sorprendió la pregunta y como sintió que él esperaba una respuesta, ella repuso:

—Usted ha sido tan... bondadoso, que es apenas... justo que yo... quiera complacer... al hombre que es mi... esposo.

—¿Eso es todo?

Ella lo miró interrogante. Entonces, debido a la expresión que había en los ojos de él, sintió que su corazón latía con más violencia que nunca.

Le era imposible volver la mirada hacia otro lado. Y aunque el marqués no se movió, ella sintió como si su mano la estuviera atrayendo más y más hacia él.

Ola no habló y después de un momento, él dijo:

—Creo, Ola, que con ese cabello tuyo sería imposible para ti no sentir emociones profundas, en un sentido o en otro. Por lo tanto, te pido que me digas qué sientes respecto a mí. No como buen samaritano, ni como lobo, que fue lo que me llamaste, sino como hombre y como esposo.

Ahora había una profundidad en su voz que hizo a Ola sentir que estaba escuchando música. Sentía, también, que vibraciones vitales pasaban de la mano de él a la suya.

—¿Qué puedo... decir? —preguntó ella con desesperación.

—La verdad —contestó el marqués—. Eso es cuanto quiero de ti, Ola, la verdad, ahora y siempre. No soporto la mentira.

Por la forma de expresarlo, Ola comprendió que una mujer le había mentido en el pasado, dejándole una herida que aún no cicatrizaba.

—Nunca le mentaré. Pero lo que siento es difícil de ponerlo en... palabras.

¿Cómo podría describirle, se preguntó a sí misma, la sensación que tenía ahora en el pecho que parecía subir hasta su garganta y moverse hacia sus labios?

¿Cómo podía confesarle su ansiedad porque la besara una vez más?

Tal vez lo escandalizaría con su afán.

Debido a que se sintió súbitamente muy agitada, de una forma que no alcanzaba a comprender, apartó su mano de la del marqués y se levantó de la mesa.

—Creo que... se está... haciendo... tarde —dijo de forma un tanto incoherente. Ha sido un... largo día y... debo irme a la... cama.

El marqués no se movió. La miró de pie, en el centro del salón, con su cabello rojo brillando bajo el velo, la exquisita línea de su figura revelada por la gasa blanca de su vestido, que se adhería a ella, y con sus manos, luciendo sólo el anillo de oro que él colocara en su dedo, moviéndose con evidente inquietud.

—Estoy esperando respuesta a mi pregunta, Ola —dijo él.

—Yo no... sé cómo... contestar. No encuentro las... palabras... adecuadas.

El marqués se levantó de la mesa.

—Las palabras, con frecuencia, suelen ser innecesarias.

Se acercó hacia ella al decir eso y cuando Ola levantó la mirada, muy consciente de su anhelada proximidad, los brazos de él la rodearon. La atrajo hacia su pecho diciendo:

—¡Expresemos nuestros sentimientos más fácilmente! Sus labios se encontraron con los de ella.

Mientras él la besaba, Ola comprendió que esto era lo que había deseado por largo tiempo.

Pero en tanto los labios viriles la mantuvieron cautiva, le fue imposible

pensar en otra cosa que no fuera la maravilla de su beso.

Sintió como si la plata que producía la luz de la luna sobre el mar corriera por su cuerpo. Las desconocidas sensaciones latentes en su corazón parecieron subir de su pecho a su garganta y a sus labios.

No estaba segura si ella proporcionaba la maravilla y de ellas al marqués, o viceversa. Sólo sabía que estaban unidos en un éxtasis perfecto y sublime.

Lo que ella estaba sintiendo era amor. El amor que creyó no encontrar nunca.

Los brazos del marqués la oprimieron con mayor fuerza; sus labios se volvieron más exigentes, más posesivos y ella sintió deseos de estar más cerca de él, tan cerca así como para fundirse en él. Era suya completamente.

El levantó la cabeza.

—¡Te... amo! ¡Te... amo! —Las palabras parecieron estallar de los labios vírgenes de Ola.

—Eso es lo que quería que me dijeras, querida mía —murmuró él.

Entonces empezó a besarla una vez más. La besó con vehemencia, y con una insistencia que hizo a Ola comprender que él la dominaba por completo y, sin embargo, no tenía miedo.

Sentía como si todo su cuerpo cobrara vida de pronto y ya no fuera humana, sino que volaba rumbo a las estrellas. ¡Era parte del Universo, de la vida misma y, por supuesto, parte absoluta del marqués!

—¿Por qué nadie me dijo —preguntó ella, asombrada—, que el amor era tan majestuoso... e... irresistible?

* * *

El sonido del ancla despertó a Ola.

Cuando comprendió dónde estaba, lanzó un leve grito de alegría.

Estaba en los brazos del marqués. Tenía la cabeza apoyada en su hombro y podía sentir los latidos de su corazón contra los de ella.

—Te... amo —murmuró.

Y, al levantar la mirada para verlo a la pálida luz del sol que penetraba

entre los lados de las cortinas que cubrían las claraboyas, vio que estaba sonriendo.

—¿Es... cierto, entonces? ¿Realmente... cierto? —preguntó—. ¿Estoy aquí... en tus brazos... y tú... me amas?

—¿Todavía lo dudas, mi amor? —preguntó él.

—Pensé que debía estar soñando.

—Estás despierta. Y si hemos soñado juntos, ¿es una realidad!

Ella se echó a reír, de simple felicidad, y se acercó aún más a él.

—¿Nos casamos... de verdad... anoche?

—¡Eso espero! De otra manera sólo puedo pensar, preciosa mía, que tu conducta en estos momentos es del todo censurable.

Ella besó el hombro de él con un pequeño gesto apasionado que encendió el fuego en los ojos del marqués.

—Nadie podía ser más adorable —musitó él—, pero ¿por qué no reconocí desde el momento en que te vi que tú eras lo que yo había buscado, en vano, toda mi vida?

—Yo también... me siento avergonzada de haber sido tan... poco perceptiva —dijo Ola—. Pero aunque tú odiabas a las mujeres, fuiste bondadoso conmigo. Y como en realidad los hombres como tú son muy escasos en este mundo, yo fui muy... afortunada al encontrarte...

El marqués le besó la frente. Sus labios se mantuvieron largos momentos contra la suavidad de su piel, antes de preguntar:

—¿Soy todavía un lobo con piel de oveja?

—¡Eres un lobo magnífico, excitante y... al que yo... amo mucho!

El marqués se echó a reír.

—¡Debí haber adivinado que ibas a darme una respuesta diferente a la que yo esperaba! ¡Déjame decirte que voy a ser un lobo muy feroz y celoso! ¡Si veo que un hombre admira tu cabello o desea tocar la suavidad de tu piel, lo mataré!

—¡No habrá necesidad de ello! —afirmó Ola con voz muy suave—. Yo todavía odio a los hombres, excepto a ti. Y tanto que no hay lugar para nadie más en lo más recóndito de mi ser.

—¿Yo estoy ahí?

—Sabes muy bien que sí.

—También poseo tu cuerpo —dijo el marqués— y es la posesión más atractiva y perfecta que he tenido nunca.

—Tal vez cuando te acostumbres a ella... la harás a un lado y te olvidarás...

Las manos del marqués la estaban tocando cuando contestó:

—Creo que eso es muy improbable... y si tratara yo de hacerte a un lado mi hermosa rebelde, no puedo creer que te mostraras imperturbable.

Se detuvo antes de continuar diciendo:

—En realidad, creo que estoy bastante temeroso de las sorpresas que me darás en el futuro. Ya me has dicho que nunca repites tus trucos, así que no necesito temer que me drogues con láudano o me llesves con bandidos que intenten matarme. ¡Pero hay muchas otras atrocidades en otras partes del mundo!

Ola lanzó una exclamación indignada.

¿Cómo puedes ser tan injusto? —preguntó—. Los bandidos no tenían nada que ver conmigo y yo te salvé de ellos. ¡Oh, mi amor... me alegro tanto de haberlo hecho!

El marqués la acercó un poco más a él.

—Estoy con vida —dijo— y en este momento resuelto a sacar el máximo provecho de ello.

Sus labios encontraron los de Ola al decirlo.

La besó hasta que ella sintió que el fuego ardiente del marqués encendía una llama en ella, que motivaba su ser de forma avasalladora.

Ola le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó más a ella. —Eres tan... maravilloso— murmuró. —Por favor... enséñame a amarte como quieres... ser amado.

—No creo que necesites muchas lecciones, preciosa mía —contestó el marqués—. Así que sólo quiero enseñarte a amante tanto como yo te amo a ti.

—¿Cómo puedes amarme después de mi absurdo comportamiento?

—Yo supe que te amaba cuando te arrojaste frente a mí para salvar mi vida —contestó él—. Pero antes ya me había sentido fascinado por tu belleza, por tu clara inteligencia y, sobre todo, por esa magia que te hace diferente de todas las otras mujeres que he conocido.

Ola lanzó un suspiro de felicidad.

—¿Cómo puedes decir cosas tan maravillosas? —murmuró ella.

—Cuando permanecía junto a tu lecho durante el tiempo que estuviste inconsciente —continuó diciendo el marqués—, comprendí que quería cuidar de ti y protegerte con un impulso jamás sentido. Lo que es más, quería que estimularas mi mente y me inspiraras, como nunca lo hiciera antes ninguna mujer.

¿Y si yo... te fallara? —preguntó Ola con una vocecita asustada.

—Nunca harás eso —afirmó el marqués—, porque yo creo que el destino nos tenía reservados el uno para el otro, mucho antes que nos conociéramos.

Pensó, al decir eso, que había sido el destino el que había impedido que se casara con Sarah, apenas a tiempo; el destino lo ayudó, también, a descubrir su deslealtad; el destino lo hizo huir como solución a sus problemas y el destino lo había hecho ir a «Las Tres Campanas», durante la niebla, donde habría de conocer a Ola.

Desde ese momento, todo cuanto había sucedido parecía, visto en retrospectiva, increíble. Y, sin embargo, el destino había querido que culminara en este momento, en que el marqués comprendía que era más feliz de lo que lo había sido nunca, o de lo que esperara ser en toda su vida.

Esto era el amor. Y, sin embargo, tuvo la impresión de que él y Ola rozaron apenas la orilla de él... que aún había mucho más por descubrir y saborear.

El comprendió, al hacerla suya la noche anterior, que Ola era diferente de cuanta mujer había conocido. Las sensaciones que provocó en él no eran sólo el éxtasis del deseo, sino algo más sublime todavía.

Debido a que él la amaba y a que recordó su juventud y su inocencia, había sido muy comedido con ella, de modo que ambos habían tocado lo Divino.

Sintió una oleada de gratitud porque, cuando menos lo esperaba, la vida le había dado la recompensa más grande que un ser humano podía recibir: ¡un amor verdadero y absoluto!

Entonces, debido a que la suavidad y la belleza de Ola lo excitaban, y a que su cuerpo palpitaba y ardía en deseos por ella, sus labios buscaron los de su amada.

Al besarla comprendió que ella lo deseaba también. A pesar de su inocencia, tenía un instinto que la llevaba a responder a todo lo que él pedía de ella y a darle no sólo lo que él buscaba, sino mucho más.

—Te amo, mi cielo —dijo él—, y pasaremos la vida buscando una felicidad que es más grande que cualquier cosa que hayamos pensado o imaginado.

—Ésa es la... felicidad que anhelo... darte —murmuró ella.

Cuando el marqués absorbió las palabras de sus labios, ella sintió que se fundían en una sola persona.

Ola comprendió que el viaje que se presentaba ante ellos, hacia un horizonte indefinible, los llevaría sobre un mar ignoto que sería a veces muy suave y a veces difícil y tempestuoso.

Pero el destino los rescató, para reunirlos. Era también el destino quien los llevaría a puerto seguro, porque su barco era guiado por el amor.

FIN



BARBARA CARTLAND nació el 9 de julio de 1901 en Kings Norton, Lancaster, Inglaterra y se crió en Edgbaston, Birmingham, como única hija, e hija mayor de un oficial de la armada británica, el mayor Bertram Cartland y de su esposa Mary (Polly), Hamilton Scobell. Su familia era de clase media. Su abuelo, James Cartland, se suicidó.

Su padre murió en una batalla en Flandes, Bélgica, durante la Primera Guerra Mundial. Su enérgica madre abrió una tienda de ropa para mantener a Barbara y sus dos hermanos, Anthony y Ronald, ambos muertos en batalla en 1940, durante la Segunda Guerra Mundial.

Barbara fue educada en Malvern Girl's College y en Abbey House, una institución educativa de Hampshire. Después fue periodista de sociedad y

escritora de ficción romántica. Cartland admitió que la inspiró mucho Elinor Glyn, una autora eduardiana, a la que idolatró y llegó a conocer.

Fue una de las escritoras anglosajonas con más éxito de novela romántica. Era toda una celebridad que aparecía con frecuencia en televisión, vestida de color rosa de la cabeza a los pies y con sombreros de plumas, hablando del amor, el matrimonio, la política, la religión, la salud y la moda. Criticaba la infidelidad y el divorcio, e iba en contra del sexo antes del matrimonio.

Trabajó como columnista para London Daily Express y publicó su primera novela Jigsaw en 1923, que fue superventas. Comenzó a escribir piezas picantes, como Blood Money (1926).

Barbara Cartland entró en el Libro Guinness de los récords como autora más vendida del mundo en el año 1983. Sus 723 obras han sido traducidas a más de 36 idiomas, y según la propia autora, escribía a razón de dos novelas por mes. En 1991, la reina Isabel II la condecoró como Dame Commander de Orden del Imperio Británico en honor a los 70 años de contribución literaria, política y social de la autora.

Falleció el 21 de mayo de 2000 y fue enterrada en Camfield Place, su mansión del norte de Londres, vestida con su color favorito, en un féretro de cartón y al pie de un roble que plantó la reina Isabel I en 1550.